











RAÚL ROA
Y LA
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Samuel Flores Longoria





Jesús Ancer Rodríguez
Rector

Rogelio Garza Rivera
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones



Abraham Nuncio Limón
Director

Casa Universitaria del Libro
Padre Mier 909 Pte. Colonia Centro
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
Página web: www.uanl.mx/publicacionesnes

© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Samuel Flores Longoria

ISBN: 978-607-433-948-2

Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico



RAÚL ROA Y LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Samuel Flores Longoria

MONTERREY, MÉXICO, 2012





PÓRTICO

***E**N EL AÑO DE 1952 visitó por primera ocasión la ciudad de Monterrey, Nuevo León, México, el distinguido intelectual y revolucionario cubano, doctor Raúl Roa García. Le había invitado el profesor Francisco M. Zertuche, director de la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León, para que en esta augusta institución de educación superior, como maestro huésped, dictara un ciclo de conferencias. Le acompañaba el doctor Felipe Martínez Arango, de la Universidad de Oriente, Cuba, quien gentilmente aceptó participar en las jornadas culturales que con mucho éxito, durante la temporada veraniega, se realizaban.*

Raúl Roa se convertiría en una figura legendaria de la diplomacia internacional al final de la década de los cincuenta cuando, a partir del triunfo de la Revolución Cubana y por sus lances parlamentarios en defensa de la libertad y la soberanía de su pueblo —y las del resto del planeta, pero particularmente los latinoamericanos—, se hiciera acreedor al justo calificativo de Canciller de la Dignidad.

Hoy, cuando México, nuestra querida patria, se encuentra en la encrucijada de su libertad, de su independencia y de su soberanía, deseamos dedicar un modesto homenaje al maestro universitario, quien dignamente ha pasado a engrosar la lista de libertadores de nuestro expoliado planeta. / S.F. L.

Monterrey/ México
Primavera de 2012



A MANERA DE PRÓLOGO

MONTERREY ha mostrado, sobre todo en ciertas épocas, un rostro subrayadamente hospitalario. Los efectos de varias de las dictaduras que se produjeron a lo largo del siglo XX han hecho abrir los brazos a quienes se han visto en riesgo de perder su libertad e incluso la vida. Así fue durante la dictadura de Francisco Franco, como consecuencia de la derrota de la república en la Guerra Civil española durante la segunda mitad de los años treinta. Más tarde también, a raíz de diversas dictaduras en América Latina, hombres y mujeres valiosos hicieron de Monterrey bien su refugio transitorio, bien su segundo terruño.

Entre las figuras que destacó por ese motivo nefasto —persecución y, en términos generales, represión—, una muy señalada fue la del dictador Fulgencio Batista en Cuba. Ello provocó que algunos de los hombres más sensibles y lúcidos de este país fueran expulsados o salieran por su propio pie en busca de asilo.

Así fue como llegó a tierras regiomontanas Raúl Roa, llamado *El Canciller de la Dignidad*, cuyo talento y dotes diplomáticas le permitieron defender en los máximos foros internacionales los derechos legítimos de su patria ante el imperialismo norteamericano. La razón de su exilio en un país del cual había

sido erradicado todo signo de libertad y democracia institucionales era “Mi posición militante contra el régimen”, según escribe a uno de sus principales interlocutores en Monterrey.

Al lado del político de convicciones revolucionarias y del diplomático de singulares vuelos estaba el intelectual y el promotor de la cultura. Por esas razones, los universitarios que le dieron sentido y dirección a nuestra Universidad a partir de su segunda etapa —se inicia a principios de los años cuarenta— abrieron las puertas de su *Alma Mater* para que en su seno pudiera escucharse la voz de Raúl Roa. En esa segunda etapa, la universidad pública de Nuevo León se significa por la creación de instituciones que la habrían de consolidar en el tiempo y en el espacio.

Una de esas instituciones fue la Escuela de Verano, cuyo memorable director era el profesor Francisco M. Zertuche —conocida es la huella humanista que dejó impresa en el trayecto cultural de la Universidad. Enterado de las circunstancias difíciles por las que atravesaba Roa, el maestro Zertuche le extendió una invitación para que viniera a impartir un ciclo de conferencias en la Escuela de Verano. Esas conferencias después serían publicadas por el Departamento de Acción Social de la Universidad en un volumen titulado *Variaciones sobre el espíritu de nuestro tiempo*. Ese fue el principio de la relación intensa y afectiva que se produjo entre el intelectual cubano y sus pares de Monterrey con quienes habrá de mantener una amistad estrecha y significativa a lo largo de varios años. Esa amistad se torna en un breve pero significativo epistolario que cobra rasgos de franca amistad. En la correspondencia que sostiene con el profesor Alfonso Reyes Aurrecoechea se percibe un tono cálido y confidencial. La identificación de Roa con la ciudad llega al punto de sentirla como una segunda patria chica: “Ya Monterrey es para nosotros —dice Roa— cosa del corazón.”

Samuel Flores Longoria, maestro universitario, investigador y editor destacado nos entrega en su texto titulado *Raúl Roa y la Universidad de Nuevo León*, un mapa biográfico de uno de los hombres ilustres en la cultura cubana, en la historia de la diplomacia en América Latina y en las luchas que los pueblos de esta región han venido librando contra los obstáculos y sujeciones impuestos por las potencias de Europa y Norteamérica. Distinguido universitario en

las aulas y en el ámbito de la organización estudiantil (Roa pronto se vinculó al Movimiento Revolucionario Estudiantil que dirigía Julio Antonio Mella). Como académico, su magisterio concitó el reconocimiento y el respeto de sus colegas. Llegó a ser Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de la Habana. Agudo periodista y cronista de su tiempo; escritor y poeta y, en fin, un líder que abraza en una praxis ejemplar la causa revolucionaria del pueblo cubano, Roa supo defender con vigor y talento en todos los foros diplomáticos los derechos y el destino de su patria, pero muy principalmente en la Organización de las Naciones Unidas.

En este trabajo biográfico, el autor pone el acento en las relaciones amistosas y de orden cultural que mantuvo el intelectual cubano con Monterrey y algunos de sus más destacados líderes culturales de mediados del siglo XX.

En el acercamiento a Raúl Roa, el autor analiza el contexto en que se mueven él y los protagonistas que le dieron significado a su relación con nosotros: en Cuba, el clima opresivo de la dictadura; en Monterrey, el florecimiento cultural de la universidad pública.

El trabajo se ve enriquecido con varios materiales valiosos que hablan de la manera natural en que los hombres de América Latina, hermanados por una cultura y causas comunes, pueden establecer lazos de entendimiento y amistad, como se puede ver en los que cultivaron Raúl Roa y los líderes culturales de Monterrey. En los artículos correspondientes al libro *En pie*, publicado por la Universidad Central de las Villas de Cuba, Roa se refiere a sus impresiones sobre Monterrey, el renacimiento de la entonces UNL y el movimiento que de ella irradia hacia la sociedad nuevoleonese. La correspondencia entre Raúl Roa y Alfonso Reyes Aurrecoechea profundiza en los lazos mencionados. Se trata de una decena de cartas en las que Roa le confía al maestro universitario originario de San Luis Potosí, las condiciones difíciles por las que atraviesan los universitarios y, en general, los intelectuales cubanos que se ven limitados, o bien forzados, en su ejercicio de la libertad de expresión, por el régimen de Batista. Le habla sobre el avance de sus propios trabajos —uno de ellos un libro sobre José Martí y otro sobre México—, las conferencias que ha impartido, los artículos que ha escrito, su participación en *Vida Universitaria*, la publicación que desde hace casi 70 años ha venido acompañando a nuestra

Casa de Estudios, y el nexo que establece con la publicación homónima de la Universidad de la Habana. Le hace saber, igualmente, de sus vicisitudes en México con motivo de su exilio forzado. Un interesante artículo escrito por Raúl Roa sobre Alfonso Reyes culmina el acervo documental compilado por el maestro Flores Longoria.

Son varias las figuras que destacan en la relación de amistad que cultivaba Raúl Roa en Monterrey. Dos de ellas tienen un carácter universal: José Martí y Alfonso Reyes. Estudioso de la biografía y de la obra del libertador, Roa coincide con la iniciativa del profesor Francisco M. Zertuche de erigir un monumento con motivo del 100 aniversario del natalicio de José Martí. Esta obra, un obelisco, se mantiene en la Calzada Madero y el bajorrelieve que puede verse en uno de sus costados es obra del profesor Alfonso Reyes Aurrecoechea.

Hacia mediados del siglo XX, la figura de Alfonso Reyes ya había adquirido la dimensión suficiente en el mundo de habla hispana como para ser un candidato con posibilidades al Premio Nobel de Literatura. En Cuba, gracias en buena medida a la promoción de Raúl Roa, se creó una corriente decidida a favor de la candidatura de nuestro escritor para ser el beneficiario de la presea. “El Consejo Universitario, a propuesta mía, acordó sumarse a la iniciativa de la Universidad de Nuevo León, auspiciando la candidatura de don Alfonso para el Premio Nobel de Literatura”, le hace saber Roa al profesor Reyes Aurrecoechea. La influencia cultural de Reyes, hay que decirlo, no ha cesado en la isla. La Casa del Benemérito de las Américas Benito Juárez —conocida también como *Casa México*— cuenta entre sus dependencias con una bien nutrida biblioteca que lleva el nombre de Alfonso Reyes.

Una de las iniciativas importantes de Roa, en relación con nuestra Universidad, fue la que hace ver Flores Longoria: la de promover el intercambio entre intelectuales de Monterrey en Cuba y de los de éste y otros países en Monterrey —entre ellos, algunos de los que cobrarían una gran dimensión en las letras hispanoamericanas, como el novelista venezolano Rómulo Gallegos y el poeta cubano Nicolás Guillén— para participar en las actividades de la Escuela de Verano de nuestra Casa de Estudios.

A pesar de las condiciones adversas en Cuba, y a riesgo de su vida, Raúl

Roa decide regresar a su patria para luchar contra la dictadura. En la última carta de la correspondencia con el profesor Alfonso Reyes Aurrecoechea, que incluye el maestro Flores Longoria (está fechada el 24 de septiembre de 1955), el futuro *Canciller de la Dignidad* le hace saber de esa determinación: “Es probable que regrese a Cuba a mediados de mayo. Acaba de dictarse una amnistía que me incluye. (Pura *filfa* en definitiva). Pero no hay más remedio que correr los riesgos del caso: allá está mi puesto y lo demás son gajes del oficio. Te avisaré oportunamente mi salida.”

El Centro de Estudios Parlamentarios tiene por misión el fortalecimiento de la vida pública a través de la cultura democrática de la asamblea. Los foros internacionales donde se juega el destino de los países en el contexto planetario son los escenarios donde la diplomacia, que es el arte de generar consensos y resolver los conflictos entre países distintos de manera pacífica y negociada, apela justamente a la cultura democrática de la asamblea para alcanzar sus altos fines. Personaje de indudable valía en la diplomacia fue Raúl Roa García. Y es por ello que traer al presente sus acciones y pensamiento en el trigésimo aniversario de su muerte, en una edición documentada como es en la que trabajó el maestro Flores Longoria, permite a nuestro Centro ofrecer a la comunidad universitaria y al público en general aspectos significativos en la trayectoria política y diplomática del reconocido intelectual cubano y la relación que tuvo con la Universidad Autónoma de Nuevo León y con la ciudad de Monterrey, en torno a circunstancias que propiciaron el acercamiento, tanto por afinidades culturales como de praxis específica, entre hombres que supieron traducir las preocupaciones y latidos fundamentales de su tiempo a expresiones y conductas dignas de apropiación y elogio.

Abraham Nuncio



INTRODUCCIÓN

JUAN MARRERO GONZÁLEZ, Premio Nacional de Periodismo “José Martí” y vicepresidente de la UPEC, invitaba “a todo aquel que tenga algo que contar sobre Roa, a hacerlo”.

Y como nosotros tenemos todavía muchas cosas que contar sobre el desaparecido Canciller de la Dignidad, Raúl Roa, especialmente sobre su participación como profesor huésped de la Universidad de Nuevo León en aquel Monterrey de mediados del siglo XX, nos disponemos a retomar la invitación del distinguido periodista cubano, para continuar con uno de nuestros trabajos anteriores.

En *El Colegio Civil: Un sueño compartido*, trazamos, entre otras cosas, una visión sobre uno de los proyectos culturales más trascendentes que a mediados del pasado siglo llevara a efecto nuestra máxima Casa de Estudios nuevoleonense: La Escuela de Verano, la que durante un decenio ininterrumpido de actividades fuera dirigida por el inolvidable profesor Francisco Mier Zertuche.

Allí hablamos algo sobre Raúl Roa, el aguerrido polemista, escritor, académico, revolucionario y diplomático cubano. Hoy, en referencia exclusiva a su personalidad, a su estancia en la ciudad de Monterrey y a su significativa

correspondencia con el profesor Alfonso Reyes Aurrecoechea, continuamos aquel interrumpido diálogo.

Al celebrarse el primer centenario del natalicio de Raúl Roa y quedar integrada en Cuba la Comisión Nacional para celebrar dicha efemérides, el periodista Marrero dirigió la señalada invitación en su artículo “Centenario del natalicio de Raúl Roa”. De esta forma se rendía un justo homenaje al doctor Roa García, figura cubana que había dejado “una huella imborrable en la diplomacia revolucionaria y también en la vida cultural cubana del siglo XX” (Marrero, J. 2007).

Debemos recordar que allá por la década de los cincuenta, la generación de los entonces jóvenes universitarios que tuvimos la oportunidad de asistir a los Cursos de Verano organizados por la Universidad de Nuevo León, disfrutamos y fuimos beneficiarios de los aportes y las disertaciones que ofrecieron en ese tiempo, los más ilustres intelectuales de la época, tanto locales, nacionales como internacionales. En esos días tuvimos la fortuna de conocer a una de las figuras más destacadas y polémicas de la Cuba revolucionaria: el doctor Raúl Roa García.

Personalidad carismática y revolucionario auténtico y congruente, Raúl Roa llegó a Monterrey perseguido por la cruenta dictadura de Fulgencio Batista quien, apoyado por el gobierno de los Estados Unidos, había convertido a Cuba en una isla de opresión y en un centro de placer de los magnates norteamericanos, que se habían apoderado de los bienes, hacienda y hasta de las vidas y la honra de sus habitantes.

Fue entonces cuando conocimos a Raúl Roa y a otros ilustres cubanos como el poeta Nicolás Guillén, quienes no solamente se habían asilado voluntaria o forzosamente, en nuestra patria, sino que la habían adoptado como suya.

Correspondieron a nuestro apoyo con su amistad, su sapiencia y sus inquietudes. Los lazos fraternales que allí se forjaron fueron recíprocos.

Más de cinco décadas después podemos decir al maestro Marrero que todavía tenemos mucho que contar sobre Raúl Roa. Lo hicimos en su tiempo. Lo continuamos haciendo. Y todavía nos quedan más cosas a que referirnos sobre él y sobre otros muchos destacados intelectuales latinoamericanos, como los que dejamos plasmados en el señalado libro.

Ahora y gracias al apoyo que nos ha brindado Alfonso Reyes Martínez, tenemos la oportunidad de dar a conocer la interesante correspondencia (inédita) que el maestro Raúl Roa dirigiera en los años cincuenta del pasado siglo al profesor Alfonso Reyes Aurrecoechea, quien en ese tiempo fuera uno de los forjadores de la Universidad de Nuevo León y que en aquella época dirigiera uno de los semanarios más importantes que ha tenido nuestra Casa de Estudios nuevoleonese: *Vida Universitaria*.

El presente texto lo hemos titulado: *Raúl Roa y la Universidad de Nuevo León*.

Lo integran, aparte de la Presentación y la Introducción, cinco grandes apartados: I. Raúl Roa en el corazón de América, II. Roa y la Universidad de Nuevo León, III. En Monterrey. IV. Una figura ejemplar, V. Cartas de Raúl Roa a Alfonso Reyes Aurrecoechea, [1953-1955], adjuntándose copia de su edición facsimilar. En la misma el distinguido intelectual y revolucionario antillano narra las peripecias por las que entonces estaba atravesando Cuba en su lucha no solamente por la liberación de la patria, sino en defensa de la autodeterminación de los pueblos de América. Finalmente, se insertan en los Apéndices, de su libro *En pie, 1953-1958, 1959*, el texto Fragmentos, que incluye dos ensayos muy interesantes sobre su visita a la capital regiomontana y su profunda percepción sobre el “regiomontano universal”: “Mi cuate de Monterrey”; “Actitud y altitud de Alfonso Reyes”; “Tributo a don Alfonso Reyes” y, *Las Obras completas de Alfonso Reyes*. Así como un significativo documento reciente de la OEA sobre Cuba, listado bibliográfico y un breve pasaje del suscrito inherente al presente trabajo.

En la parte final se incluyen las fuentes utilizadas para el presente ensayo, lo mismo documentales, bibliográficas y electrónicas.

De una manera muy especial deseo expresar en este espacio mi más profundo agradecimiento a Alfonso Reyes Martínez, amigo fraterno, distinguido intelectual y poeta de gran valía, a su esposa Lucy que transcribió la correspondencia de Roa, así como a la familia Reyes Martínez y en particular a la maestra Oralia Martínez de Reyes Aurrecoechea, por su generosidad al habernos permitido la copia facsimilar de tan invaluable correspondencia que, a decir verdad, debe trasponer los linderos del ámbito familiar, para quedar integrada en los documentos que son fuente para conocer el desarrollo de

la lucha libertaria de los pueblos de América y del mundo. Su contenido es un valioso legado ejemplar para las generaciones de nuestro tiempo que se desenvuelven en una sociedad en crisis, de hambruna y de opresión, pero que sueñan con un mundo mejor.

Mi reconocimiento y gratitud al doctor Jesús Ancer Rodríguez, rector de la Universidad Autónoma de Nuevo León, bajo cuya égida nuestra máxima Casa de Estudios nuevoleonense permanece a la vanguardia en su delicada y trascendente misión de fomentar la ciencia, la educación y la cultura en nuestro Estado y en el país; por el espíritu humanístico y de solidaridad con que lleva a cabo esta trascendente tarea y, en forma particular, por la brillante labor editorial que se ha destacado a nivel nacional e internacional.

A mi dilecto amigo, maestro, sociólogo y escritor Abraham Nuncio Limón, director del Centro de Estudios Parlamentarios de nuestra institución, por la labor destacada y significativa que realiza dicho instituto en el estudio y difusión del pensamiento legislativo de México y del mundo y por persistir en la noble causa martiana y bolivariana para el logro de la anfictionía americana y de la solidaridad con el resto de los pueblos del planeta.

Al noble pueblo de Cuba y a sus dignos y valientes dirigentes que han convertido a la patria de José Martí, no sólo en un territorio libre de América, sino en paradigma y esperanza para los pueblos del orbe que luchan por su libertad, por su independencia, por el desarrollo con justicia social y por la prevalencia del estado de derecho en cada uno de sus territorios. ¡Ejemplar misión que lleva a cabo –como en el caso del maestro Raúl Roa García–, con dignidad!



I./ RAÚL ROA

EN EL CORAZÓN DE AMÉRICA

EN LA LUCHA por la independencia y la liberación de los pueblos latinoamericanos y del Caribe descuellan grandes figuras que la historia ha consagrado.

Sus nombres han quedado grabados en forma indeleble en el alma de los pueblos y se extienden por todo el territorio de nuestra irredenta América.

Y si en pleno siglo XXI la crisis global que nos asola pudiera hacernos pensar que quizás su lucha fue infructuosa, hoy es más urgente que nunca el estudio de su trayectoria histórica y libertaria porque seguramente en la base de su pensamiento, en el esforzado desempeño de su devenir histórico y muchas veces hasta en el sacrificio de sus vidas en aras de sus ideales, encontraremos no solamente la respuesta a muchos de nuestros problemas, sino la fuerza y la motivación para continuar adelante en la tarea por la prevalencia de la libertad, de la dignidad humana y por la defensa de los auténticos valores de la sociedad, que son intemporales. Y que no pueden fenecer porque se ocupan, precisamente, de la esencia misma del ser humano.

Es cierto que en muchas ocasiones la opresión, la dictadura y los imperialismos parecen prevalecer. ¡Pero ni el Imperio Romano fue eterno, ni las

huestes hitlerianas lograron imponer su proyectada tiranía de mil años!

Para eso nos sirven precisamente el estudio de la historia y el ejemplo de nuestros adalides.

En México lo tenemos claro. Desde Hidalgo, Morelos y los demás caudillos de la Independencia, pasando por la ilustre e ilustrada Generación de la Reforma presidida por el presidente Benito Juárez e integrada por todos aquellos hombres que al decir de don Alfonso Caso “parecían gigantes”, para luego enfilarnos a nuestra inconclusa Revolución Mexicana con figuras como los Flores Magón, Emiliano Zapata, Francisco I. Madero, Francisco Villa, Venustiano Carranza y muchos caudillos más, así como por una pléyade anónima de defensores de la Patria, hasta llegar a nuestros días en que los nuevos imperialismos —bajo el disfraz de un neoliberalismo obtuso, feroz y sanguinario— que con pretexto globalizador, están ejerciendo su predominio planetario.

Similar situación acontece en muchos pueblos del resto del mundo. Latinoamérica y el Caribe, en el caso que nos ocupa.

Lo mismo en Argentina desde las épicas luchas de José de San Martín, hasta los movimientos guerrilleros del asesinado Ernesto (Che) Guevara; o en las llanuras venezolanas con Antonio José de Sucre o el libertador Simón Bolívar, hasta el derrocado gobierno progresista de Rómulo Gallegos, quien más tarde reemprendería la batalla en el campo de las letras, particularmente en la novelística. Pero también lo que acaeció en la República de Chile con figuras como Bernardo O’Higgins, hasta llegar al sacrificio del presidente Salvador Allende en el Palacio de La Moneda, bajo el bombardeo de las huestes pinochetianas.

Asimismo podríamos mencionar a todos y cada uno de los pueblos latinoamericanos y del Caribe, los que a través de su historia han visto, han sentido y han sufrido los embates de los más diversos imperialismos. Especialmente los del Coloso del Norte.

Ocupa ahora nuestra atención Cuba, donde los anhelos libertarios del poeta José Martí se vieron coronados por el triunfo de la Revolución Cubana encabezada por el Comandante Fidel Castro y que tuviera su culminación el 1 de enero de 1959. Y al lado de estos guerrilleros en su lucha por la libertad

sobresale todo un pueblo, del que formaban parte destacados y congruentes intelectuales como el doctor Raúl Roa García, conocido en todas partes y específicamente en el mundo de la diplomacia, como El Canciller de la Dignidad.

Al igual que el Comandante Fidel Castro, el doctor Raúl Roa estuvo también en la ciudad de Monterrey. En esta metrópoli cultivó lazos estrechos y fraternos con muchos regiomontanos y, al mediar el siglo XX, fue profesor huésped de la Universidad de Nuevo León.

Y ese es precisamente parte del tema que ocupará nuestra atención.

El Canciller Cubano de la Dignidad

Hemos titulado a nuestro trabajo: *Raúl Roa y la Universidad de Nuevo León*.

Y lo iniciamos con el presente episodio de su vida ya que el mismo nos parece altamente significativo, puesto que a partir de entonces el distinguido intelectual cubano fue conocido, mundialmente y con toda justicia, como el Canciller de la Dignidad.

Roa supo portar este calificativo no sólo con prestancia y con honor, sino y aunque resulte redundante, con dignidad. Además, la manera peculiar de conducirse en el campo de las relaciones internacionales marcó un estilo nuevo y vigoroso en el acartonado y muy formal mundo de la diplomacia.

Sin embargo, más allá del estilo vigoroso y muchas veces poco protocolario de conducirse en los foros de los organismos internacionales, se encuentra la motivación de esta conducta: defender el derecho y los principios de los pueblos débiles como Cuba o los del resto de los latinoamericanos, ante el poderío de las grandes potencias que más que liderar, buscan sojuzgar; más que promover el estado de derecho, buscan imponer sus propias reglas con el disfraz de la justicia, tan sólo para salvaguardar sus propios intereses. Y de paso, seguir explotando a los países más débiles o como ellos suelen denominarlos: subdesarrollados o todavía más despectivamente, bananeros.

Pero, retornemos a nuestro tema para preguntarnos:

¿Quién bautizó a Raúl Roa García como el Canciller de la Dignidad?

Y encontraremos que no fue ciertamente un cubano, sino un costarricense.

Eran los días en que en los principales foros internacionales, especialmente en la Organización de los Estados Americanos (OEA) y la Organización de las Naciones Unidas (ONU), se debatía el triunfo de la Revolución Cubana y la llegada al poder del Comandante Fidel Castro.

Más tarde habremos de referirnos en detalle a la participación de Roa en cada uno de estos organismos. Por ahora nos concentraremos en el episodio de referencia.

Y aunque tenemos dudas acerca de la fecha en que se sitúa el anterior episodio tomaremos como base para el mismo el relato del escritor Pedro Antonio García, del 20 de marzo de 2007, que fuera publicado en la revista cubana *Bohemia*, del martes 3 de febrero de de 2007.

Comenta el ensayista Pedro Antonio, que el calificativo de Canciller de la Dignidad le fue impuesto a Roa a finales de agosto de 1960, por el periodista costarricense Mario Ramírez.

Resulta que frente a las reiteradas agresiones que venía sufriendo el gobierno cubano de parte de los Estados Unidos y de las confabulaciones de la CIA, en una sesión de la OEA el canciller Roa solicitó la palabra para una cuestión de orden y anunció la retirada de la delegación, expresando: “Me voy con mi pueblo y con mi pueblo se van también los pueblos de nuestra América” (García, P. 2007, p.1).

Al salir de este recinto, la delegación cubana se topó con una multitud que coreaba: “Cuba sí, yanquis no”.

Posteriormente, los miembros de la delegación se dirigieron a la Casa de Italia. En este sitio se le comunicó a Roa que el periodista costarricense Mario Ramírez, insistía en entrevistarle.

El canciller accede. Ramírez entra al establecimiento con una serie de equipos radiofónicos. Y sin más, micrófono en mano, inicia su transmisión (García, P. 2007):

Estamos en la Casa de Italia con el Canciller de la Dignidad que acaba de retirarse de la reunión de la OEA. Canciller, diga algunas palabras para el pueblo de Costa Rica.

El escritor Pedro Antonio García (2007) epiloga su artículo de la siguiente manera:

A partir de entonces, en Montevideo y Santiago de Chile; en El Cairo y Argel; en los barrios negros y latinos de Nueva York; en su Habana, cuando retornaba triunfal a la patria; muchedumbres lo vitorearon como el Canciller de la Dignidad.

La duda que tenemos es en la fecha en que tuvo lugar este suceso, pero esto no altera para nada el simbolismo de este semántico episodio. Y es que Cuba fue expulsada de la OEA durante la realización de la Octava Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, celebrada por este organismo panamericano en Punta del Este, Uruguay, en los últimos días del mes de enero de 1962.

Por cierto, a pesar de la extrema presión a que se vieron sometidos todos los países latinoamericanos por parte del gobierno de Washington, México fue el único país integrante de la OEA, que se opuso a esta medida.

En esta ocasión la posición de México frente a esta ilegal y arbitraria medida fue brillantemente expuesta por el ministro, doctor Manuel Tello, en la sesión de la Comisión General de la OEA celebrada el 24 de enero de 1961.

Para una mayor información sobre este tema puede consultarse el libro del suscrito: *La tesis latinoamericana de No Intervención*, particularmente en el punto “Octava Reunión de Consulta”, (Flores, S. 1963, págs. 110-114).

Pero, bueno... eran otros tiempos. Era la época en que nuestra política exterior gozaba de prestigio y reconocimiento internacional, especialmente en nuestro Continente. Y nuestros diplomáticos (hoy, con sus honrosas excepciones), no eran simples marionetas o representantes áulicos del gobierno de Washington.

Antes de continuar con nuestro trabajo consideramos pertinente trazar a grandes rasgos lo que hemos denominado como el perfil de un líder latinoamericano.

Perfil de un líder latinoamericano

En este apartado habremos de referirnos a la trayectoria de Raúl Roa García desde sus orígenes; su paso por la Universidad desde sus días de estudiante, hasta la consecución de sus grados académicos para llegar a la obtención del doctorado en derecho; el desempeño de la cátedra; la elaboración de sus libros; pero también su trayectoria política desde la vida estudiantil hasta la profesional, principalmente como docente y autor de importantes libros. Igualmente su intervención en el terreno de la política lo mismo como analista de la problemática social de su época, su labor en el área del periodismo y su decidida participación en el campo del activismo político y social. Lugar preponderante de su existencia lo ocupa el sobresaliente desarrollo de su vida profesional como canciller y como representante diplomático de su país en organismos internacionales como la OEA y la ONU. En forma paralela se traza un perfil de la Revolución Cubana, por su trascendencia mundial; así como el desempeño que en la misma tuviera el doctor Roa García.

Roa: sus orígenes

Raúl Roa García nació el 18 de abril de 1907 en el barrio de La Víbora, en la ciudad de La Habana, Cuba.

Casi una década antes, el 10 de diciembre de 1898, Cuba había logrado su independencia política después de haberse firmado el Tratado de París. Pero se trataba de una independencia relativa, condicionada, que prácticamente constituía una anulación de la misma, a pesar de las protestas de los cubanos que durante treinta años de enfrentamiento habían luchado y casi triunfado en la causa de su libertad.

Y es que al final de la guerra, cuando ésta se consideraba ganada, los Estados Unidos, que habían apoyado a Cuba realizando bloqueos navales, terminaron por imponer al gobierno antillano una ominosa ley que había aprobado el congreso norteamericano: la Enmienda Platt, la cual, de no ser aceptada, hubiera traído por consecuencia una ocupación militar permanente por parte de las tropas yanquis.



Entre otras cosas, esta ley le daba derecho a los Estados Unidos de ocupar militarmente la isla en caso de que, a su juicio, “sus intereses estuvieran en peligro” (Artículo III del citado ordenamiento). Además, Cuba se obligaba a ceder a los norteamericanos parte de su territorio para que pudieran establecer bases militares e inclusive empresas carboneras. Así es como se instaló la base naval de Guantánamo.

Es en medio de este panorama sombrío cuando en el año de 1907 ve la luz primera Raúl Roa García en el seno de una familia de terratenientes “venidos a menos”. Su padre, Raúl, era un modesto empleado público, hijo a su vez del teniente coronel mambí Ramón Roa. Su madre: la señora María Luisa García.

El escritor Pedro Antonio García (2007), comenta que en una entrevista que se le hiciera a Roa en 1968, él mismo pintó su autorretrato: “...largirrucho (sic), flaco, intranquilo, boquigrande, orejudo, ojillos soñadores con relumbres de ardilla, a veces melancólico, jocundo casi siempre, lenguaraz a toda hora y más peludo que un hippie aunque ya antihippie por naturaleza”.

Como buen cubano, era un apasionado jugador de béisbol y experto en atrapar *short-bounds* (tiros cortos) en primera base.

Pero no sólo practicaba el deporte, era un apasionado lector de escritores como Salgari, Julio Verne, Fenimore Cooper o Daniel de Foe. Su romanticismo lo llevaba a soñarse como un mosquetero del rey y protector de huérfanas.

Sin embargo, era también un apasionado lector del poeta y luchador de su patria, José Martí. De aquí que su primer artículo, a los 18 años, se titulara precisamente, “Ensayo sobre José Martí”.

García (2007), incluye también otra pincelada de la amiga de Roa en tiempos de la universidad: la escritora Loló de la Torriente, quien así lo describe:

Era –dice-: ...más hueso que carne y por eso le decían El Flaco. Nunca lo vi solo, siempre en muchedumbre... Era un formidable asambleísta y dominaba (a la audiencia) con la dialéctica de la verdad en sus razonamientos... Era el más greñudo de todos los greñudos, el más malhablado de todos los insolentes y el más ingenioso de todos los hidalgos.



Inquieto, juguetón y siempre con un singular sentido del humor, que jamás le abandonó, Raulito —que así le llamaban al principio—, fue simplemente Roa al llegar al colegio. Quienes lo conocieron desde sus días escolares coinciden en que fue en todo tiempo un buen estudiante.

Siempre inquieto, ya desde 1923 se había vinculado al Movimiento Revolucionario Estudiantil, que había organizado y dirigía en este tiempo Julio Antonio Mella.

Mella, por su parte (de padre dominicano y madre inglesa), fue un destacado revolucionario, cofundador del Partido Comunista Cubano. Por cierto, fue asesinado en la ciudad de México la noche del 10 de enero de 1929, mientras caminaba junto a la fotógrafa Tina Modotti. Se asegura que fue ultimado por asesinos a sueldo de la dictadura de Gerardo Machado. Sus restos, incinerados, fueron sepultados en el panteón francés de la capital azteca y más tarde, el 29 de septiembre de 1933, sus cenizas se trasladaron a Cuba.

El universitario

Roa ingresó a la Escuela de Derecho de la Universidad de la Habana el año de 1925, según se señala en la enciclopedia cubana *EcuRed*.

Pedro Antonio García (2007), señala que en 1926 ingresó en la Universidad. Fue alumno de las carreras de derecho y filosofía y letras. Este mismo año fue a prisión por haber participado en un acto de protesta en contra de la intervención de los Estados Unidos en Nicaragua.

De una o de otra manera la universidad fue a su vez un escenario más para desplegar sus inquietudes tanto políticas como intelectuales, así como un reencuentro con la literatura y la poesía y, desde luego, con el periodismo de combate.

En esta época “El Flaco”, como le llamaban, conocería a dos de sus más grandes amigos: Rubén Martínez Villena y Pablo de la Torriente Brau. Ambos fueron escritores, poetas y revolucionarios, que lucharon en contra de la dictadura de Gerardo Machado.

Estudiante diligente, dedicado y preocupado por la problemática social

de su tiempo, ya para los años de 1928 y 1929, Roa se desempeñaba como alumno asistente de la cátedra de sociología.

El académico

En 1929 encontramos a Raúl Roa como profesor de Doctrinas sociales en la Escuela Privada de Derecho.

Al año siguiente aparece como Miembro Fundador del Directorio Estudiantil Universitario (DEU), del que a pesar de haber escrito el manifiesto que fuera distribuido durante la jornada revolucionaria del 30 de septiembre de 1930, por cuestiones ideológicas se separó de este movimiento para fundar, con otros de sus compañeros, el Ala Izquierda Estudiantil (AIE).

Sobre este cambio de posiciones y en la entrevista que Ambrosio Fonet (2005) hiciera a Roa en la ciudad de La Habana, en octubre de 1968, el destacado investigador, editor y guionista de cine, le preguntó (Fonet, A. 2005, p. 6):

¿Por qué abandonó usted el Directorio por el Ala Izquierda Estudiantil? ¿No era el Directorio suficientemente revolucionario?

El doctor Roa contestó (Fonet, A. 2005, p. 6):

Fui fundador del Directorio Estudiantil Universitario en las vísperas del 30 de septiembre y lo abandoné para constituir el Ala Izquierda en diciembre de ese propio año, con Pablo de la Torriente Brau y otros compañeros, por ya extravasar nuestra concepción de los problemas cubanos la órbita política e ideológica en que se movía ese organismo. Aunque en el manifiesto distribuido en la manifestación del 30 de septiembre —redactado por mí— se alude a la situación de dependencia política y económica de Cuba al imperialismo yanqui, en la práctica el Directorio se contraía a enmarcar sus objetivos dentro de la concepción democrático-burguesa, propugnando un “cambio de régimen” que sólo afectaba a sus formas y no a su contenido. En su firme y denodado empeño de derrocar por la violencia el machadato, el Directorio, que aglutinó hasta la aparición del ABC, la mayoría del pueblo cubano, cumplió un papel revolucionario, que radicalizándose a medida que se profundizaba la contienda y la participación cada vez

más decisiva de la clase obrera y del campesinado, vertebrados en la Confederación Nacional Obrera de Cuba y en el Sindicato Nacional de Obreros de la Industria Azucarera y bajo la directa influencia de la dirección comunista de entonces, alcanza su máximo nivel en su actitud antimediacionista y en el manifiesto —programa que lanza a la caída de Machado, de moderado matiz nacional—revolucionario. Pero ahí se congeló su aliento transformador. Y yo era ya un antimperialista marxista y el Directorio se quedaba más acá de nuestra “filiación y fe”. Eso explica la escisión y, casi simultáneamente, la constitución del Ala Izquierda, que aspiraba a ser la vanguardia revolucionaria de los estudiantes medios y pobres. Su importante aporte al desarrollo y extensión de la conciencia antimperialista en el estudiantado no puede desconocerse. Ni tampoco su generosa contribución de sangre a la causa revolucionaria.

Al concluir la dictadura de Gerardo Machado, en agosto de 1933, forma parte de la Comisión Mixta Depuradora Universitaria y es designado como delegado estudiantil de la Comisión de Estatutos de la Universidad de La Habana.

En 1934 obtiene el grado de doctor en derecho civil y derecho público.

Al año siguiente, después de haber participado en el movimiento de huelga, es aprehendido y se le exilia a los Estados Unidos. Sin embargo, aquí continuó sus estudios de posgrado en la Universidad de Columbia y en la New School for Social Research de Nueva York.

En los Estados Unidos cursó estudios de posgrado en la Universidad de Columbia y en los años de 1945 y 1946 fue becado para realizar un estudio sobre los Fundamentos y proyecciones económico-político-sociales del New Deal roosevelteano, en la John Simon Guggenheim Foundation.

Fue, por otra parte, en 1939, profesor de sociología en la Escuela Libre de La Habana. Igualmente, profesor titular de Historia de las doctrinas sociales y de filosofía social de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana, institución de educación superior de la que fue vicedecano y posteriormente decano.

Raúl Roa recibió los siguientes premios:

- 1947: Premio *Manuel Sanguily*.
- 1957: Premio *Justo de Lara*, 1956-1957.
- 1956: Premio Nacional *Periodístico Juan Gualberto Gómez*.

El periodista y cronista de su tiempo

Preocupado profundamente por la problemática de su tiempo y en forma particular por la difícil situación que confrontó la República de Cuba desde los orígenes de su vida independiente, primero bajo el estigma norteamericano de la llamada Enmienda Platt y posteriormente por los gobiernos dictatoriales que le siguieron, es natural que muchas de las inquietudes de Raúl Roa desembocaran en sus colaboraciones periodísticas: analíticas, críticas, incisivas, pero también propositivas.

Ello le llevó a establecer vínculos estrechos con centros educativos y culturales, especialmente los universitarios, donde tuvo a su cargo proyectos culturales y fue autor de una vasta producción periodística.

En los años treinta no sólo participó en la resistencia estudiantil cuando la dictadura de Machado ocupó militarmente el recinto universitario, sino que fue su cronista. Y allí contemplamos su paso desde el Directorio Estudiantil Universitario (DEU), del cual fue uno de sus fundadores y al cual dejó por obsoleto, como lo vimos anteriormente, para crear una nueva agrupación: el Ala Izquierda Estudiantil.

Cinco años más tarde participaría en la huelga estudiantil contra el entonces incipiente dictador Fulgencio Batista. Ello le provocaría un exilio forzado hacia los Estados Unidos, donde, como ya se vio, aprovechó el tiempo haciendo posgrado en dos universidades.

En 1952, después del golpe militar de Batista, volvió a exiliarse, pero esta vez en México donde, como ya lo señalamos, fue profesor extraordinario de la Universidad de Nuevo León y director de la revista *Humanismo*.

Por su amplia producción periodística y literaria se hizo acreedor a los premios a que antes hicimos referencia. En el “Justo de Lara”, por ejemplo, fue galardonado por su artículo: “A dónde va Cuba”, que publicara el periódico *El Mundo*. Obtuvo también diversos reconocimientos.

Participó igualmente en varios periódicos y revistas. Entre los anteriores se encuentran: Suplemento literario del *Diario de la Marina (El sitio de ISRI, UBA)*.

Revistas: *Orto, El Fígaro, Social, Revista de Avance, América Libre, Universidad de La Habana, Bohemia, Índice, Baraguá, Mediodía, Repertorio Americano* (Costa

Rica), *Revista de las Indias* (Colombia), *Ruta y Cuadernos Americanos* (México), *Claridad* (Buenos Aires).

Periódicos: *Línea*, *Alma Mater*, *El Mundo*, *Ahora*, *El País*, *Pueblo*.

De la señalada revista cubana *Bohemia*, Mayra Cue Sierra nos presenta los siguientes trabajos. Cue, M. (2007):

1948

- “La Falacia del Humanismo”. 15 de Febrero, Págs. 32-33.
- “Desde Caracas, Evocación de Manuel Sanguily”. 11 de Abril, Págs. 32-34, 76.
- “Dos Revoluciones Similares y una contrastante verdad”. 23 de Mayo, Pág. 44.
- “La Disyuntiva electoral”. 30 de Mayo, Págs. 60-61.
- “No lo soñó nunca Isaías”. 1ro. de Agosto, Págs. 36-37, 62.
- “12 de Agosto”. 8 de agosto, pp. 56-57, 71.
- “Parece un Caballo”. 22 de agosto, pp. 68-70, 79.
- “Arenga soñada en 1944”. 29 de agosto, pp. 50-51.

1955

- “La nueva arquitectura mexicana”. 13 de marzo, pp. 52-54, 112.
- “Altitud y actitud de Alfonso Reyes”. 4 de diciembre, pp. 12-13, 136.

1956

- “Sobre la Conferencia Interamericana por la libertad de Cultura”. 21 de octubre, pp. 48-51, 84.

El escritor y poeta

Prosa elegante, pulida y con un perfecto dominio del castellano era la de Roa, quien también se mostró en sus escritos como un profundo conocedor de los modismos y del folklore lingüístico de su tierra. El canciller era a su vez terrible y mordaz en la polémica.

Roa era, por otra parte, no solamente un acucioso y entusiasta conocedor de la obra poética y en prosa del poeta cubano José Martí, sino uno de sus

más fervientes admiradores y seguidores. Y lo era en congruencia: lo mismo con la pluma que con la espada.

El doctor en ciencias históricas, maestro, diplomático y periodista, Leyde Ernesto Rodríguez Hernández, del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García”, nos traza el siguiente retrato del Canciller de la Dignidad, como escritor y periodista (Rodríguez, L. 2011):

Con la lectura de *Retorno a la Alborada*, *En Pie*, *La Revolución del 30*, *El fuego de la semilla...* —enciclopédicos y gruesos volúmenes— disfruté a un Roa cronista de su tiempo, genuino periodista de amplia cultura y locuaz capacidad expresiva, tribuno y diplomático que puso y expuso su vida al servicio de Cuba.

Al igual que su abuelo Ramón Roa —hombre del 68—, Raúl fue en el sentido épico y ético de nuestra cultura, un mambí de pluma y machete.

Cabe señalar que para Carlos Márquez Sterling, historiador cubano, el origen de la palabra mambí es afro-antillano y en el siglo XIX se calificaba así a los revolucionarios de Cuba y Santo Domingo (hoy República Dominicana); Elmore Leonard, por su parte, en su novela de ficción *Cuba Libre*, señala que el término viene de Eutimio Mambí, guerrillero que peleó contra los españoles en Santo Domingo; otros escritores han afirmado que la expresión se reserva en Cuba a los revolucionarios que durante la Guerra de Independencia (1895-1898) pelearon en contra de España.

Leyde comenta sobre Roa (2011):

Hay oficios mayores. El periodismo representó para él una de esas grandes pasiones humanas. La profusión de sus textos y la profunda vocación revolucionaria vertida en ellos, nunca hicieron mella en la belleza de estilo. Ni en la autenticidad de sus ensayos y comentarios.

Aunque en ocasiones se empeñó en afirmar que no era un “escritor” y alegaba: “Mi estilo se parece a mí como yo a él”, sus condiciones de literato excepcional trascienden en el tiempo. Nos legó —sin proponérselo— una obra que podemos calificar de única. Así lo es por el alto dominio del lenguaje culto y popular; por las expresiones que en forma de látigo utilizó para desenmascarar a los enemigos de la isla y exaltar —al mismo tiempo— lo mejor de nuestra cultura e identidad nacionales.

En Roa, tema, estilo y contenido trasuntaban evidente criollismo, sabrosa cuba (*sic*).



El doctor Leyde (2011), recuerda igualmente a la profesora Vicentina Acuña, quien en la ceremonia de investidura de Roa como profesor de Mérito de la Universidad de La Habana, manifestó con admiración:

A la trayectoria histórica de Raúl Roa, se halla indisolublemente vinculada su fecunda obra de creación literaria, que abarca los dominios de la prosa en el periodismo y el ensayo, en la biografía y en la crítica literaria, en la oratoria política y académica. Obra multifacética de un escritor revolucionario, es por su impulso vital y por su brioso contenido, historia y testimonio apasionante de la época tremendamente conmovida por transformaciones radicales que nos ha tocado vivir. Genuina voz del Alma Mater.

Los libros de Raúl Roa

La prosa de Roa, en el aspecto literario, era impecable, elegante, con manejo preciso de la metáfora y demás figuras literarias. Así, por ejemplo, su narración crea y recrea el desértico paisaje del noreste mexicano mientras lo contempla a través de los grandes ventanales del ferrocarril que lo conduce hacia esta metrópoli, entonces capital industrial de México. Y después, la emotiva descripción de los encuentros fraternales con los universitarios de Nuevo León, que le acompañarán a través de su existencia. Todo ello lo narraría más tarde en su libro *En Pie*, del que incluimos el capítulo alusivo, en Apéndice, del presente ensayo.

Ahora que, en su discurso político y parlamentario, el canciller Roa era tajante, incisivo, mordaz y apasionado.

En otro de los Apéndices del presente trabajo se incluye una investigación bibliográfica muy detallada del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García”, con la obra del escritor cubano, que fue dividida en dos apartados: Bibliografía activa y Bibliografía pasiva.

Roa y la Revolución Cubana

A Raúl Roa, como afirma la escritora cubana Lourdes Urrutia, “la Revolución



le corría por las venas, era algo como parte de su propio ser”.

Inquieto y sensible por naturaleza, lector apasionado desde sus primeros años cuando las letras le fueron descubriendo infinidad de mundos, especialmente en los campos de la literatura y la poesía y de todo el espectro de las ciencias sociales y del humanismo, Raúl Roa fue pasando de la fantasía a la realidad; de sus sueños juveniles a la lacerante situación del mundo en que se desenvolvía.

Y si las primeras lecturas de los clásicos le llevaban a sentirse en la imaginación como todo un caballero “desfaciendo entuertos” y liberando damas, tiempo después esta lucha se volvería más concreta.

Fue un apasionado lector del poeta nacional José Martí pero también, como el autor de los *Versos sencillos*, un aguerrido combatiente en la defensa de la patria.

Roa fue asimismo un acucioso investigador de la realidad social de su tiempo. Particularmente la de Cuba. Y pluma en ristre combatió a los enemigos de su patria en el lugar donde se encontrasen.

Y utilizó también, con este fin y con un estilo franco y abierto, la diplomacia.

A la Generación de Roa le tocó pasar de los albores de un siglo que preconizaba los avances de la ciencia y la tecnología y que tenía la certeza de que las anteriores propiciarían un mundo mejor, más justo y desarrollado, al despertar de la utopía y la llegada de los horrores de la primera guerra mundial y el retorno de los imperialismos que habían descubierto que era más lucrativa la esclavitud a través del mercado, que por la simple retención física de las personas. Al final de cuentas aquella no era sino otra de las facetas de la esclavitud.

Ante el despertar a este mundo sin conciencia, ¿cómo no convertirse en un revolucionario? Al menos esto es lo que suele suceder con las almas jóvenes, las almas con conciencia.

La Revolución Cubana de mediados del siglo XX fue un despertar de la juventud inquieta y revolucionaria de la irredenta América.

Eran aquellos los años en que el sargento Fulgencio Batista, bajo la tutela de los Estados Unidos, ejercía un poder dictatorial en Cuba. La isla antillana

se hallaba convertida, simplemente, en un centro de recreo, de explotación y en un prostíbulo de lujo de los magnates norteamericanos, tan sólo a 90 millas náuticas de distancia entre Miami (EUA) y Cuba.

En 1933, durante la grave crisis económica mundial, Fulgencio Batista y Zaldívar, jefe del Estado Mayor, se había convertido en el hombre de mayor poderío en Cuba con el apoyo de los Estados Unidos. Ello le llevó a transformarse en presidente de la isla antillana entre 1940 y 1944. No obstante, en 1952, se vería obligado a exiliarse en la Unión Americana.

Este año y de nuevo con el apoyo de los Estados Unidos, dio un golpe de estado que derrocó al presidente electo Carlos Prío Socarrás. De regreso al poder, Batista militarizó al país, agudizó la represión y abolió los derechos constitucionales. Su periodo se caracterizó por la corrupción y el empobrecimiento de la población. Sólo su fortuna personal se calculó entonces en 400 millones de dólares y sus desmanes e ineficiencia fueron de tal magnitud, que el mismo gobierno norteamericano, ante la impotencia del dictador para hacer posible la estabilidad en el territorio, tomó una actitud de aparente censura y le limitó los suministros militares.

El alto nivel de corrupción, de gansterismo y de represión que se dio durante el régimen de Batista trajo por consecuencia una fuerte oposición de la población en general. A la misma se adhirieron partidos políticos, sindicatos, grupos estudiantiles e inclusive empresarios.

Todos ellos sentían la necesidad de un cambio de gobierno, aunque diferían en la forma de lograrlo. Las propuestas iban desde las vías pacíficas como las electorales o las violentas, hasta la realización de una revolución.

Poco después del golpe de estado batistiano contra el presidente electo Prío Socarrás, arreciaron los movimientos opositores. Uno de estos grupos de jóvenes fue el que se autodenominó Generación del Centenario (para recordar de esta manera los cien años del natalicio del poeta y caudillo José Martí, acaecido en 1853).

Este grupo se había separado del Partido del Pueblo Cubano (que se consideraba como el virtual ganador de las elecciones de 1952 que habían sido frustradas por Batista), por considerarlo tibio y pasivo.

El grupo, liderado por Fidel Castro, dio a su movimiento una organiza-

ción militar. Y fue así como el 26 de julio de 1953 atacó infructuosamente el Cuartel Moncada, localizado en Santiago de Cuba, lo mismo que el cuartel Carlos Manuel de Céspedes. Esta fecha se convertiría en símbolo y bandera del Movimiento 26 de julio: M-26-7.

Esta frustrada acción guerrillera trajo por consecuencia una severa represión por parte del gobierno de Batista; dejó decenas de muertos y la detención de Fidel Castro y de varios de sus compañeros. Sujetos a proceso por el gobierno del dictador, fueron condenados a prisión en la Isla de Pinos.

Allí estuvieron confinados durante 22 meses, pero ante la presión de la comunidad internacional, fueron amnistiados y liberados por el gobierno de Batista. Fue precisamente en la prisión donde Castro fundó el Movimiento 26 de Julio (M-26-7).

Debido a esta presión fueron puestos en libertad el 7 de julio de 1956. A continuación, Fidel Castro partió hacia México con el propósito de organizar un nuevo grupo guerrillero y de esta manera continuar la lucha en contra del dictador Fulgencio Batista.

En México, Castro se reorganizó. Mantuvo una serie de contactos con diversas personas y agrupaciones y visitó varias ciudades de este país, entre ellas Monterrey, la capital nuevoleonense.

Finalmente, el 25 de noviembre de 1956, en el yate Granma y con 82 guerrilleros del Movimiento 26 de Julio (entre ellos: Raúl Castro, el argentino Ernesto "Che" Guevara, Camilo Cienfuegos, Juan Manuel Márquez y Juan Almeida Bosque), el grupo regresó a Cuba desde el puerto de Tuxpan, estado de Veracruz.

Después de varios días de tormentosa navegación, el 2 de diciembre de 1956 el yate encalló en la playa Las Coloradas, que se ubica en las costas orientales de Cuba.

Varios años duró la encarnizada lucha de la guerrilla castrista en contra del ejército de Fulgencio Batista. Los enfrentamientos entre los revolucionarios comandados por el comandante Fidel Castro y las bien pertrechadas y entrenadas fuerzas armadas de Fulgencio Batista, fueron siempre cruentos.

El 31 de diciembre de 1958, ante el embate de las fuerzas revolucionarias, Batista huyó con destino hacia Santo Domingo.

Al día siguiente, 1 de enero de 1959, Fidel Castro hacía su entrada triunfal en Santiago y la declaró capital provisional de Cuba.

Triunfaba así la primera fase de la Revolución Cubana.

Pero era tan sólo —aunque cruento—, el principio. El proceso revolucionario continúa hasta nuestros días. Como también persisten los incesantes ataques a la isla de Cuba por parte del gobierno norteamericano, así como los fallidos atentados en contra de la persona de Fidel Castro. Y lo más lamentable: aún se mantiene el bloqueo económico que el gobierno de Washington ha impuesto al gobierno revolucionario de Cuba. Bloqueo, no sólo de parte de los Estados Unidos, sino al que esta potencia ha obligado a que se sumen los demás países del resto del mundo, particularmente los latinoamericanos, so pena de represalias. Y sin embargo, a pesar de lo anterior, Cuba ha seguido y sigue adelante.

Desde luego, las anteriores líneas son tan sólo un perfil (más bien un pálido reflejo), de lo que ha sido la Revolución Cubana en la que Raúl Roa, el Canciller de la Dignidad, junto con otros caudillos, estuvo inmerso desde un principio.

Por lo demás, existe una amplia bibliografía y fuentes electrónicas abundantes y objetivas sobre la Revolución Cubana. Se trata de un acontecimiento de interés general y lo que es más: un tema que es, indiscutiblemente, obligado e imprescindible para conocer la realidad de uno de los movimientos reivindicatorios más importantes de nuestra América.

Figura clave de la Revolución Cubana, Raúl Roa García defendió siempre con pasión y con eficiencia el movimiento reivindicatorio que tuviera lugar en la isla antillana y del cual —como su antecedente en el siglo XIX— uno de sus más ilustres defensores había sido el poeta José Martí, acribillado en la defensa de su patria en la batalla de Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895.

Años después y a pesar de la ominosa Enmienda Platt que el gobierno de los Estados Unidos le había impuesto a Cuba en los inicios del siglo XX, un reducido grupo de jóvenes encabezado por el Comandante Fidel Castro logró la hazaña de derrocar, en 1959, a quien hasta ese momento parecía inexpugnable e invencible: el dictador Fulgencio Batista, dueño y señor de vidas y haciendas, en la paradisíaca isla del Caribe. De esta epopeya ya hemos trazado su perfil.



Pues bien, desde los inicios de la Revolución Cubana ya se había hecho notoria la presencia y la participación del doctor Raúl Roa García, precisamente a un lado del Comandante Fidel Castro. No es de extrañar entonces que al triunfo de la Revolución Cubana en enero de 1959 y ante la insuficiente capacidad y firmeza ideológica del primer canciller del Gobierno emanado de la Revolución, el 13 de junio del mismo año el doctor Roa García fuera designado como ministro de Estado. Muy pronto y de conformidad con la Ley número 663, del 23 de diciembre de 1959, este elevado cargo sería transformado en el Ministerio de Relaciones Exteriores del Gobierno de Cuba. Y por supuesto, el mismo llevaría el inconfundible sello de su titular.

Inquieto intelectual y polemista, pero llevando siempre como norma la razón y la justicia; vibrante orador y profundo conocedor de la historia de su patria, Raúl Roa dejaría la tradicional parsimonia y parquedad que caracteriza el ejercicio del ministerio de relaciones exteriores de los países de la comunidad internacional, para crear un nuevo tipo de ministerio: el de la diplomacia revolucionaria.

Pero, aunque firme, vibrante y congruente, se trataba de una diplomacia de altura y, sobre todo, de dignidad. Y así, desde esta elevada trinchera del Ministerio de Relaciones Exteriores, Raúl Roa sostendría verdaderas batallas diplomáticas e ideológicas para defender no solamente la libertad y la soberanía de la República de Cuba, sino la de los pequeños países sojuzgados por las potencias imperialistas del mundo.

Con justicia y con certeza, en la citada nota de *Ecu-Red*, se afirma:

En su papel de ejecutor de la política exterior de la Revolución cubana, [Roa] llevó a todos los confines del mundo la voz de una Cuba independiente, la voz de un país que había dejado de ser espejo de las posiciones de EE.UU. y del mundo desarrollado, para transformar su actitud plegada a los intereses yanquis en una política de principios.

El verbo ardiente y revolucionario

Y si bien es cierto que Raúl Roa fue un intelectual de primera línea, también fue un revolucionario fogoso y un brillante orador.





Para lo primero baste señalar que en el año de 1935 obtuvo su grado de doctor en derecho; que en 1940 ganó por oposición la cátedra de Historia de las doctrinas sociales; que en 1949 publicó el primer tomo de la obra con el mismo título; que desde este mismo año fue Director de Cultura del Ministerio de Educación, sitio desde donde promovió intensamente la cultura y llevó a cabo una profusa y brillante labor editorial.

Para lo segundo citaremos las mismas palabras de Roa, tan sólo en dos de las preguntas que le hiciera el escritor Ambrosio Fonet (2005).

Fonet pregunta:

-¿De dónde les venía a ustedes su conciencia antimperialista?

El proceso de formación de nuestra conciencia antimperialista se nutrió de varias fuentes: la revelación de la realidad semicolonial en los hechos inmediatos y en el conocimiento de la historia republicana, jalonada sombríamente por la Enmienda Platt, la penetración económica y financiera y las intervenciones yanquis directas o indirectas en Cuba y en América Latina, el redescubrimiento de Martí a partir de las “glosas” de Mella, el bloqueo norteamericano a la Revolución Mexicana, las lecturas de Ingenieros, Sanguily, Varona, Mariátegui, Marx y Lenin, y, singularmente, la epopeya de Sandino en Nicaragua. La primera vez que conocí un calabozo de la policía fue precisamente por haber suscrito, recién llegado a la Universidad, un manifiesto contra la invasión imperialista en la patria de Darío.

.....

-Usted mismo, ¿cuándo descubrió que era un intelectual revolucionario o simplemente un revolucionario?

Descubrí que era revolucionario el día que me sentí disconforme con el mundo estante y anhelé uno más justo y bello: Mella contribuyó decisivamente al sedimento inconsciente de mi progenie mambí. A la sombra iluminada de mi abuelo, Ramón Roa, hice yo mi primer vela de armas.

El maestro Pedro Antonio García (2007), describe elocuentemente su estilo personal de ejercer la diplomacia:

Roa llevó a los salones de los foros internacionales el estilo del agitador político y estudiantil de los años 30 que él siempre fue, el estilo de la barricada estudiantil, apertrechada por una amplia cultura y un profundo conocimiento del drama de nuestros pueblos. Raúl Roa, como representante de la Revolución Cubana y fiel a sus principios, supo arremeter en forma tajante y



firme ante sus enemigos, quienes le temían por su palabra precisa, candente y definitiva cuando su figura se erguía en las tribunas internacionales.

Lenguaje folklórico y centelleante

Una característica de Raúl Roa en la inquieta trayectoria de su existencia, desde su vida estudiantil hasta en el desempeño de los más elevados cargos diplomáticos que le confiriera el gobierno revolucionario de Cuba, fue la fogosidad de su oratoria, el conocimiento del lenguaje popular y folklórico de su pueblo, así como las expresiones irónicas con las que en diversas ocasiones solía fustigar a sus adversarios.

Y aunque sencillo en sus expresiones y en su trato, Roa era poseedor, asimismo, de una gran sensibilidad, talento y conocimiento del idioma. Baste con leer el ensayo que epiloga el presente trabajo: “Fragmentos. Mi cuate de Monterrey”, de su libro *En pie, 1953-1958*. (Roa, R. 1959), para constatar lo anterior.

¡Qué sencillez, profundidad de lenguaje y emotividad, es con la que describe su primera visita a la ciudad de Monterrey, en el lejano año de 1952!

¡Con qué sensibilidad y emotividad narra su encuentro con aquellos universitarios de entonces, particularmente: Raúl Rangel Frías, Francisco M. Zertuche, Alfonso Rangel Guerra, David Martell Méndez y sus demás “cuates” de Monterrey!

La forma de referirse a la entonces naciente Universidad de Nuevo León y en particular a su Escuela de Verano y a su director Francisco M. Zertuche, de quien, emocionado, expresó (Roa, R. 1959):

Zertuche sirvió silenciosa y tenazmente, desde aquel lejano rincón de México, las apetencias ideales de su patria y el superior destino de nuestra América. Para él, martiano en los dichos y en los hechos, difundir la cultura era bregar por la libertad, la justicia y el progreso.

Pero si bien su pluma y su lenguaje se revestían en sus conferencias, en sus ensayos y en sus libros, con los más elegantes, atractivos y fastuosos giros del



idioma de Cervantes, estos se convertían en látigo fustigante cuando respondía a las diatribas o necesidades de sus adversarios. Así se vio, por ejemplo y como lo relataremos líneas adelante, en sus encuentros en las más altas tribunas de los organismos internacionales, desde la OEA hasta la ONU.

Pero el Canciller también sabía guardar las formalidades cuando la ocasión así lo requería.

Cuentan sus biógrafos (García, P. 2007), que a un embajador que hacía a un lado el protocolo en el vestir, lo recibió en la Cancillería en camiseta y le dijo en tono irónico:

-“La próxima vez que usted venga en mangas de camisa, lo recibiré en calzoncillos”.

A veces los calificativos eran fulminantes como cuando a pregunta del escritor Ambrosio Fornet (2005), expresó: “El mayor farsante de la generación del 30 es Aureliano Sánchez Arango”.

Y enseguida, en tono humorístico, cuando el entrevistador le pregunta:

“¿...y el tipo más simpático?”, responde: “No me queda otra alternativa que reconocerlo: el tipo más simpático soy yo”.

Así era Raúl Roa: irónico, fustigante, humorista y serio. Según la ocasión lo requiriese.

El diplomático

Roa solía definir a la diplomacia como “el arte de la táctica, el tacto y el contacto”.

Y si la táctica era dinámica y fustigante cuando se requería, el tacto para llevar adelante las relaciones internacionales de su país era el adecuado: con firmeza ante las embestidas de las potencias, pero también con prudencia; y era solidario con las justas demandas de los pueblos débiles. En todo caso, Roa siempre mantuvo el contacto con todos los pueblos, especialmente los



latinoamericanos, buscando hacer realidad el sueño de la anfictionía americana que soñaran los caudillos del Cono Sur del Continente, desde Simón Bolívar hasta José Martí.

Habrà que recordar sobre lo anterior que así como se pronunció por la defensa del pueblo vietnamita, en la lucha por la preservación de la independencia y soberanía de los pueblos de Asia, África y América Latina, presidió en La Habana, en los inicios de 1966, la Primera Conferencia Tricontinental. De esta reunión internacional surgiría la Organización de Solidaridad con los pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL).

Así mismo, sería el principal promotor de la integración de Cuba al Movimiento de los Países No Alineados.

Los discursos en los foros internacionales de defensa de la soberanía de los pueblos de Puerto Rico o de Panamá, son otro ejemplo de su conciencia y solidaridad internacional.

Embajador en la OEA

Al triunfo de la Revolución Cubana, durante los primeros días de 1959, Roa fue designado como Embajador de Cuba ante la Organización de Estados Americanos (OEA).

Su nombramiento como representante diplomático de Cuba en el organismo regional no fue producto del azar, ni tan siquiera un simple acto de merecido reconocimiento a un esclarecido intelectual y leal revolucionario. Fue, si pudiéramos decirlo así: una ingente e inaplazable necesidad de Estado.

Nadie mejor que el doctor Raúl Roa García para desempeñar tan delicado encargo. Y el esclarecido y polifacético intelectual supo responder con creces al llamado de su patria. Lo mismo en esta tarea, como en los demás quehaceres diplomáticos que le fueron encomendados. Tenía el perfil requerido para desempeñar con eficiencia y sobre todo con dignidad, tan trascendente misión: maestro universitario destacado, profundo conocedor de la historia de su pueblo y de las ciencias sociales, jurista esclarecido e insobornable, escritor, poeta, aguerrido orador parlamentario, político y diplomático. Y así

se desempeñó hasta su deceso acaecido en la ciudad de La Habana, el 6 de julio de 1982.

Arduas fueron las batallas que en representación de su patria libró el doctor Raúl Roa en los organismos internacionales, particularmente en la OEA y en la ONU.

Casi desde el inicio de la Independencia, con la *Enmienda Platt*, Cuba había sufrido el imperialismo norteamericano. Con la creación de la OEA las cosas iban a empeorar.

Al referirnos a la OEA como organismo internacional creado principalmente y antes que todo (a pesar de sus Propósitos y Principios), para preservar los intereses de los Estados Unidos, será conveniente ir hacia el origen de esta nación, para comprender mejor la causa de la distorsión de este organismo regional y la antinomia que posteriormente se presentara entre la teoría (encomiable en muchos aspectos) y la praxis de su desempeño. Estados Unidos buscaba al final de cuentas limitar la acción del organismo mundial, la ONU, con el organismo regional (OEA), más propenso a actuar bajo su mandato y dirección.

Esboceemos pues el origen de esta utopía regional. Al nacer como país independiente, en los Estados Unidos se presentaron dos corrientes políticas e ideológicas: la de los Padres Fundadores (Tomás Jefferson –quien contempló al nuevo Estado como un gran “imperio de la libertad”-, James Madison, George Washington o Abraham Lincoln), que basaron el surgimiento de la nación en los ideales de la Revolución Francesa de igualdad, libertad y fraternidad; y la de quienes simplemente vieron en ella la oportunidad de imponer en la nueva república la tesis imperialista del “destino manifiesto”, o sea, un país destinado “por mandato divino”, a mandar sobre los demás y así nacieron, v.gr. la Doctrina Monroe, para pasar por otras como la “Enmienda Platt” y llegar hasta la OEA.

De esta manera el antecedente de la OEA se encuentra en las “Conferencias Panamericanas” convocadas por los Estados Unidos desde 1899 hasta 1945 y cuyo objetivo principal fue establecer el predominio económico, político y militar de dicha potencia en los países latinoamericanos.

Al término de la Segunda Guerra Mundial, en abril de 1945, se fundó la ONU.

A fines de marzo y principios de mayo de 1948, se crea la OEA. Cabe señalar que los Propósitos y Principios de la *Carta de Bogotá* —que es su norma fundamental—, eran superiores en algunos puntos a los del organismo mundial, como el de la No Intervención, y otros. Pero al final sólo quedaron en teoría, aunque sirvieron solamente para que los Estados Unidos conservara, mediante este organismo regional, su predominio sobre los países latinoamericanos. A tal grado que la OEA aparecía en el directorio telefónico de Washington, como una dependencia gubernamental de los EUA. ¡Y en verdad lo era! Muy pronto se conoció a la OEA como el “Departamento de Colonias” de los Estados Unidos.

Un ejemplo de esta embestida norteamericana contra Cuba, a través de la OEA, fue *La Declaración de San José*, del 29 de agosto de 1960.

La Declaración fue aprobada en la Séptima Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de las Repúblicas Americanas, en Costa Rica.

En esta ocasión se argumentó que Cuba representaba una amenaza para la paz del hemisferio, ya que propiciaba la intervención de una potencia extra continental.

A lo anterior Cuba respondió con *La Primera Declaración de La Habana* (OEA, 1960. págs. 1 y 2), que incluiremos líneas más adelante.

A continuación el texto de la *Declaración de San José*:

La Séptima Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores

1. Condena enérgicamente la intervención o amenaza de intervención, aun cuando sea condicionada, de una potencia extracontinental en asuntos de las Repúblicas americanas, y declara que la aceptación de una amenaza de intervención extracontinental por parte de un Estado americano pone en peligro la solidaridad y la seguridad americanas, lo que obliga a la Organización de los Estados Americanos a desaprobársela y rechazarla con igual energía.
2. Rechaza asimismo la pretensión de las potencias chino—soviéticas de utilizar la situación política, económica o social de cualquier Estado americano, por cuanto dicha pretensión es susceptible de quebrantar la unidad continental y de poner en peligro la paz y seguridad del Hemisferio.
3. Reafirma el principio de no intervención de un Estado americano en los asuntos internos o externos de los demás Estados americanos, y reitera que cada Estado tiene el derecho de desenvolver libre y espontáneamente su vida cultural, política y económica, respetando los

derechos de la persona humana y los principios de la moral universal y, por consiguiente, que ningún Estado americano puede intervenir con el propósito de imponer a otro Estado americano sus ideologías o principios políticos, económicos o sociales.

4. Reafirma que el sistema interamericano es incompatible con toda forma de totalitarismo y que la democracia sólo logrará la plenitud de sus objetivos en el Continente cuando todas las repúblicas americanas ajusten su conducta a los principios enunciados en la Declaración de Santiago de Chile, aprobada en la Quinta Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, cuya observancia recomienda a la brevedad posible.
5. Proclama que todos los Estados miembros de la organización regional tienen la obligación de someterse a la disciplina del sistema interamericano, voluntaria y libremente convenida, y que la más firme garantía de su soberanía y su independencia política proviene de la obediencia a las disposiciones de la Carta de la Organización de los Estados Americanos.
6. Declara que todas las controversias entre Estados miembros deben ser resueltas por los medios pacíficos de solución que contempla el sistema interamericano.
7. Reafirma su fe en el sistema regional y su confianza en la Organización de los Estados Americanos, creada para lograr un orden de paz y de justicia que excluye toda posible agresión, fomentar la solidaridad entre sus miembros, robustecer su colaboración y defender su soberanía, su integridad territorial y su independencia política, ya que es en esta Organización donde sus miembros encuentran la mejor garantía para su evolución y desarrollo.
8. Resuelve que esta declaración sea conocida con el nombre de «*Declaración de San José de Costa Rica*».

Al conocerse esta *Declaración*, el Comandante en Jefe, Fidel Castro, convocó el 2 de septiembre de 1960 al pueblo de Cuba a una Magna Asamblea General, que se celebró en la Plaza de la Revolución José Martí. Y allí se dio lectura a la proclama conocida como *Primera Declaración de La Habana*, en cuyo octavo y último párrafo dispositivo, se definía:

“*Cumpliendo un reclamo del pueblo, Fidel rompe la bochornosa declaración de San José*”. De esta manera, Cuba dejaba firme su posición frente a la OEA.

En el texto de la *Declaración de La Habana*, se establecía (Hernández, J. 2010):

“[...] La Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba reafirma su fe en que la América Latina marchará pronto, unida y vencedora, libre de las ataduras que convierten sus economías en riqueza enajenada al imperialismo norteamericano y que le impiden hacer oír su verdadera voz en las reuniones donde cancilleres domesticados, hacen de coro infamante al amo despótico.

Ratifica, por ello, su decisión de trabajar por ese común destino latinoamericano que permitirá a nuestros países edificar una solidaridad verdadera, asentada en la libre voluntad de cada uno de ellos y en las aspiraciones conjuntas de todos. En la lucha por esa América Latina liberada, frente a las voces obedientes de quienes usurpan su representación oficial, surge ahora, con potencia invencible, la voz genuina de los pueblos, voz que se abre paso desde las entrañas de sus minas de carbón y de estaño, desde sus fábricas y centrales azucareros, desde sus tierras enfeudadas, donde rotos, cholos, gauchos, jíbaros, herederos de Zapata y de Sandino, empuñan las armas de su libertad, voz que resuena en sus poetas y en sus novelistas, en sus estudiantes, en sus mujeres y en sus niños, en sus ancianos desvelados. A esa voz hermana, la Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba le responde: ¡Presente! Cuba no fallará. Aquí está hoy Cuba para ratificar, ante América Latina y ante el mundo, como un compromiso histórico, su dilema irrenunciable: Patria o Muerte”.

A continuación el comandante Castro, preguntó a la inmensa multitud congregada en la Plaza (Hernández, J. 2010):

“-Ahora falta algo. Y con la Declaración de San José, ¿qué hacemos?”.

El pueblo coreó: ¡La rompemos!, ¡La rompemos! Tomó en sus manos aquella bochornosa Declaración y la rompió ante la multitud.

Círculo sur, La historia de Cuba desde 1959. Las resoluciones expulsando a Cuba de la OEA. 1962.

Así pues, fue en el seno de la OEA donde Estados Unidos trazaría principalmente su estrategia política y legal para doblegar a Cuba.

Y aunque jamás lo logró, sí consiguió excluir a Cuba del organismo regional.

Fue precisamente en la Octava Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA, celebrada el 31 de enero de 1962, en Punta del Este, Uruguay, cuando Estados Unidos consiguió la expulsión de Cuba del organismo regional, no obstante que esta resolución fuera contraria a los principios establecidos por el mismo ordenamiento. Además, en la Carta de Bogotá —estatuto jurídico máximo de la OEA— no se contempla en ninguno de sus artículos la expulsión de alguno de sus miembros.

México, a través de su Canciller doctor Manuel Tello, puso en duda, inclusive, la autenticidad de la Reunión.

Los puntos resolutivos aprobados por esta Reunión de Consulta, fueron los siguientes:

1. Que la adhesión de cualquier miembro de la Organización de los Estados Americanos al marxismo-leninismo es incompatible con el Sistema Interamericano y el alineamiento de tal Gobierno con el bloque comunista quebranta la unidad y solidaridad del hemisferio.
2. Que el actual Gobierno de Cuba, que oficialmente se ha identificado como un Gobierno marxista-leninista es incompatible con los principios y propósitos del Sistema Interamericano.
3. Que esta incompatibilidad excluye al actual Gobierno de Cuba de su participación en el Sistema Interamericano.
4. Que el Consejo de la Organización de los Estados Americanos y los otros órganos y organismos del Sistema Interamericano adopten sin demora las providencias necesarias para cumplir esta Resolución.

Las resoluciones fueron adoptadas por el voto de catorce países a favor, uno en contra (Cuba) y seis abstenciones (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador y México).

Fue así como se excluyó al Gobierno de Cuba de participar en el Sistema Interamericano.

Al retirarse de la OEA, las palabras finales de Roa fueron lapidarias: “Me voy con mi pueblo y con mi pueblo se van también de aquí los pueblos de nuestra América”.

Sin embargo, hay un asunto importante sobre este tema: No obstante que el 3 de junio de 2009 los Ministros de Relaciones Exteriores de las Américas adoptaron la resolución AG/RES. 2438 (XXXIX-O/09) (como se observa en el apéndice), la cual estipula que la Resolución de 1962 -mediante la cual se excluyó al Gobierno de Cuba de su participación en el sistema interamericano-, quedaba sin efecto en la OEA, la misma, hasta los primeros meses del 2012, no se había hecho efectiva.

En la resolución de 2009 se declaraba que la participación de la República de Cuba en la OEA sería el resultado de un proceso de diálogo iniciado a solicitud del Gobierno de Cuba y de conformidad con las prácticas, los propósitos y principios de la OEA.

Y aunque el diálogo se ha dado, lo que no se ha dado es el consenso, ni la

voluntad de los Estados Unidos para admitir de nuevo a Cuba en el seno del organismo regional.

Así ha sucedido, v.gr., en las reuniones Cumbres de las Américas. Incluida la última, la VI, que tuviera lugar en Cartagena, Colombia, a mediados de abril de 2012.

Pero, regresemos a la trayectoria diplomática del doctor ROA.

Fue precisamente en las tribunas parlamentarias de la OEA (aunque también lo haría en la ONU) donde el canciller Roa desplegaría sus mejores armas diplomáticas en la defensa de su país.

Y con ello, además de lograr su objetivo, dejaría un gran ejemplo a los países menos desarrollados sobre la importancia que tiene en los foros internacionales esgrimir la fuerza del derecho antes que el derecho de la fuerza.

Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba

El 13 de junio de 1959 y ante las insuficiencias que tuviera quien fuera designado como el primer canciller del Gobierno de la Revolución, el doctor Raúl Roa García fue designado como Ministro de Estado. Muy pronto cambiaría el nombre de esta oficina gubernamental por el más apropiado de Ministerio de Relaciones Exteriores. En este delicado cargo permanecería hasta el año de 1976.

Roa se desempeñaría en este ministerio en un periodo político internacional calificado como la “Guerra Fría”. Fue la época que se caracterizó por el equilibrio del poder entre las entonces dos grandes potencias mundiales: los Estados Unidos y la Unión Soviética (URSS).

Esta política hizo posible el surgimiento de los movimientos de liberación nacional y la aparición de los países del Tercer Mundo, algunos de los cuales lograron abatir el predominio colonial y alcanzar su independencia.

Al canciller Roa le tocó presidir, por ejemplo, la Primera Conferencia Tricontinental que se realizó en La Habana el mes de enero de 1966, y sobre la cual comentaría (*Ecu-Red*):

La Conferencia Tricontinental cristalizó la solidaridad del movimiento de liberación nacional en África, Asia y América Latina, definió una línea común en la lucha frontal contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo y soldó vigorosamente la unidad estratégica y táctica en el combate, recogiendo la rica experiencia de los pueblos participantes.

Roa, Raúl, *Ecured*.

Asimismo, el canciller Roa fue el principal promotor para el ingreso de Cuba al Movimiento de los Países No alineados, desde su fundación.

En la ONU

Muchas fueron las batallas que el canciller Roa sostuvo en la ONU. Una de las más destacadas fue la que tuvo lugar en el foro de este organismo mundial durante el ataque a Playa Girón.

El 17 de abril de 1961, mientras el Ejército y las Milicias Nacionales Revolucionarias combatían contra las fuerzas mercenarias organizadas, armadas y financiadas por la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos, el canciller cubano presentó una enérgica, sonora y delicada denuncia (ECURED):

Yo acuso, solemnemente al Gobierno de los Estados Unidos ante la Comisión Política y de Seguridad de las Naciones Unidas y la conciencia pública internacional, de haber desatado contra Cuba una guerra de invasión para apoderarse de sus recursos, tierras, fábricas y transportes y retrotraerla a su oprobiosa condición de satélite del imperialismo norteamericano...

Y agregaba:

Un clamor unánime estremece hoy a toda Cuba, resuena en nuestra América y repercute en Asia, África y Europa. Mi pequeña y heroica patria está reeditando la clásica pugna entre David y Goliat. Soldado de esa noble causa en el frente de batalla de las relaciones internacionales —se autoproclamaba— permitidme que yo difunda ese clamor en el severo areópago de las Naciones Unidas. ¡Patria o muerte!, ¡Venceremos!

El 20 de abril se dio a conocer el Comunicado Oficial del Gobierno de Cuba, donde se informaba de la aplastante derrota sufrida por las fuerzas mercenarias invasoras.

Otra de las intervenciones espectaculares y que ocupó grandes espacios en la prensa internacional fue la que tuvo lugar en el seno de la ONU. Se suscitó en respuesta a los ataques del representante de Chile en dicho organismo.

Lourdes Urrutia (s/f), cita las propias palabras de Roa:

Ayer rebuznó el chileno. Tres cuartas partes de la sala me siguió cuando me levanté y me fui. Después le repliqué sepultándolo bajo una montaña de calificativos tremebundos. Pero se había ido. Me repuso el Bazin. Y lo convertí en el Pinocho de Pinochet, entre carcajadas y aplausos.

Y continuaba:

...¡Qué clase de jodienda se armó en la Asamblea! Mi discurso duró hora y media. Imagino lo oyeron. Se me escuchó con silencio imponente. La sala estaba repleta y también la galería pública. Recibí una ovación estremecedora. Pero luego vinieron las réplicas. La del chileno la primera. Comenzó a difamar e insultar; pero cuando dijo que Fidel se refocilaba con los cadáveres de los fusilados un impulso me levantó del escaño y salí disparado para la tribuna a propinarle una bofetada entre gritos de “HP...Mar..., Asesino!!! Se metió la gente por el medio y el Presidente tuvo que suspender momentáneamente la Asamblea...

El Presidente afirmó, con voz temblorosa que el hecho no tenía precedente en la ONU y rogaba orden y sosiego. Tres minutos de receso y siguió la sesión. Concluyó Pinocho y hablaron Paraguay, Bolivia, Uruguay, Brasil y USA en derecho de réplica. Después yo. Volví a blandir el espadón y fuerte para un lado y para el otro especialmente para Scali (embajador de EU). Cables, periódicos y televisión dieron primicia a la noticia. Pusimos a Chile otra vez en la primera plana. Todo salió punto en boca. Pero el escándalo ha sido mayúsculo. Nada parecido había ocurrido nunca. Estoy jubiloso por todo esto. Gran batalla por Chile.

No todas las intervenciones de Roa en los organismos internacionales fueron tan tormentosas. Sin embargo, sí se distinguieron por la misma pasión y por su irrestricta convicción en el derecho y la justicia. También, porque en ellas estaba inmersa, siempre, la defensa de los pueblos débiles ante el embate de los poderosos.

Sobre la intervención del doctor Roa en los organismos internacionales y su presencia en la ciudad de Monterrey, Nuevo León, nos reservamos unos comentarios generales que hiciéramos en la obra del suscrito: *El Colegio Civil. Un sueño compartido* (Flores, L. 2008), que citaremos más adelante.

El deceso del doctor Roa

El doctor Raúl Roa García falleció en la ciudad de La Habana el 6 de julio de 1982. El pueblo cubano se volcó en su funeral y se le rindió tributo en el Aula Magna de la Universidad de La Habana.

Con él se iba uno de los más aguerridos defensores de la libertad y de la soberanía no sólo de Cuba, sino de los países en vías de desarrollo sojuzgados por los grandes imperialismos del planeta.

Roa jamás se arrendó ante el poderío de los grandes países imperialistas ni se humilló ante la prepotencia de los representantes diplomáticos de los mismas. Al contrario, éstos temían a la fogosa oratoria del Canciller de la Dignidad, pero no sólo por el latigazo ardiente de su oratoria, sino por la contundencia de sus razonamientos y sobre todo porque éstos estaban fundamentados en el derecho y en la justicia.

¡Roa no le temía ni a la muerte y esto dicho sin hipérbole ni metáfora!

Varias veces el Canciller estuvo confinado en prisiones inexpugnables y no en una, sino en diversas ocasiones, se le sometió a la tortura psicológica para doblegarlo: se le colocaba frente al pelotón de fusilamiento y se simulaba su ejecución.

Y esta anécdota fúnebre y tenebrosa nos la contó el mismo Roa durante su estancia en Monterrey.

En la despedida de duelo del Canciller de la Dignidad, el maestro Armando Hart Dávalos (1980), expresó:

Cuando triunfó la revolución (...) toda su energía física y mental y su talento e imaginación creadora pudieron proyectarse en el cauce justo y alcanzar las cumbres más altas a que puede aspirar un hombre: la de servir fielmente al pueblo y a la revolución.

Hart Dávalos, Armando. "Despedida del duelo del compañero Raúl Roa García". Granma. La Habana, 8 de julio de 1982, p.3.

Era el año de 1982, cuando el maestro Raúl Roa partió hacia la eternidad en busca de nuevos senderos de justicia y dignidad.

Este año, en México, se presentaron dos acontecimientos significativos y

hasta simbólicos: Por un lado, el diplomático mexicano Alfonso García Robles y la sueca Alva Myrdal, recibieron el Premio Nobel de la Paz y, por el otro, el presidente José López Portillo ejecutaba uno de los últimos actos revolucionarios de la República: la nacionalización de la banca.

La paz muy pronto se diluiría ante los embates de la grave crisis económica que se presentó en ese tiempo, pero que años después se agudizaría.

Y aunque al nacionalizar la banca el presidente López Portillo expresó en su último informe de Gobierno: “!Ya nos saquearon!! ¡No nos volverán a saquear!”, la verdad es que después de tres décadas de distancia, nos siguen saqueando; y en forma despiadada.

Un recuerdo en su centenario natalicio

En abril del año 2007 se constituyó en la República de Cuba la Comisión Nacional por el Centenario del natalicio del doctor Raúl Roa García, conocido internacionalmente como El Canciller de la Dignidad.

Solemne y de suma trascendencia fue la ceremonia conmemorativa que con este motivo tuviera lugar el 18 de abril del mencionado año (fecha natalicia) en el Aula Magna de la Universidad de La Habana.

Profesante laico de la libertad y la justicia, Raúl Roa fue un distinguido humanista que supo armonizar las armas con las letras. Sólo que en Roa las letras se convirtieron en arma justiciera y fustigante.

Por cierto, una arma de dos filos:

Por su oratoria: fogosa y revolucionaria, valiente y contundente, no sólo por la firmeza y la templanza de su voz, sino porque siempre estuvo avalada por la más firme convicción de que le asistía la razón y la justicia.

Por sus escritos: que tomaron el doble sendero del periodismo y de los libros.

Desde muy temprana edad el periodismo fue marcando el ritmo constante de su inconformidad. A través de la prensa, primero la estudiantil y después la cotidiana y de gran tiraje, Roa fue manifestando sus desacuerdos y denunciando los atropellos y las injusticias, pero también sus ideas sobre los

grandes problemas de su tiempo, su concepto sobre la historia, la literatura, el derecho y demás ciencias sociales.

A través de sus libros trazó lo mismo la historia de las doctrinas sociales que el análisis sociológico o el estudio del proceso revolucionario de su país. En no pocas ocasiones sus colaboraciones periodísticas o sus discursos e intervenciones en los organismos internacionales o en las universidades y otros centros de educación y de cultura, quedaron estampados en sus ediciones bibliográficas.

Pero, definitivamente, el espíritu de sus letras fue siempre el fiel reflejo de sus ideales y estuvieron impregnadas de las enseñanzas de los grandes maestros y de los libertadores de la irredenta América, muy especialmente del inmarcesible poeta y defensor de su patria, el gran José Martí.

En la Velada Solemne por el Centenario del Natalicio de Raúl Roa García, manifestó el maestro Ricardo Alarcón De Quesada (2007):

Celebrar sus primeros cien años exige respetar su espíritu rebelde, creador, inapresable, imposible de encerrar en un discurso o en mil ceremonias.

No estamos marcando un día, ni siquiera un año, para rendirle homenaje. Queremos sobre todo que el aniversario sirva para impulsar y extender el conocimiento de una vida y una obra indispensables para todos los cubanos. Hacer que llegue a otros su inagotable magisterio y que perdure su ejemplo en incesante renovación es el desafío para quienes tuvimos el singular privilegio de haber conocido de cerca a quien fue, a la vez, maestro insuperable y leal compañero.

El maestro Alarcón De Quesada recreó en su mensaje un episodio de la vida diplomática de Raúl Roa, que retrata vivamente el ingenio y la templanza del Canciller de la Dignidad. No hemos resistido la tentación de incluirlo en el presente trabajo.

Primero, el comentarista afirma que “el ocultamiento de la verdad y la repetición constante de la mentira han sido armas predilectas del Imperio contra Cuba”.

Después, narra el episodio:

Aun veo el rostro congelado del Embajador yanqui en la reunión de Panamá del Consejo de Seguridad cuando Roa leyó:



*“Guardaos de la levadura de los fariseos que es la hipocresía.
Porque nada hay encubierto, que no haya de descubrirse; ni oculto que no haya de saberse.
Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá, y lo que habéis hablado al oído en los aposentos,
se proclamará en las azoteas”.*

Algo balbuceó aquel infeliz pero Roa replicó, Biblia en mano: esto no lo dijo Carlos Marx sino Jesucristo según San Lucas (12,1, 2 y 3), no está en El Capital sino en este libro que Usted tiene en la habitación del hotel y debería leer.

Recuérdese que a la salida de la reunión el aturrido vocero del Imperio, resbaló y cayó ante cámaras de televisión que registraron el percance (*Ibid.*).

Pero, anécdotas aparte, es muy importante el mensaje con que el maestro Alarcón De Quesada epilogó su intervención y recordó la responsabilidad de los intelectuales, ya que ellos pueden “ver más hondo y lejanamente que los demás”, subrayando lo grande y hermoso de la misión, que sabrán cumplir los jóvenes [todos, no sólo los cubanos]. Y finalizó con un llamado: “...a todos nos llama Roa ahora que sopla el viento sur con fuerza arrolladora. Sigámosle, el paso firme, unidos, con alegría, hasta la victoria siempre”.

¿Desestimaremos este llamado?





Raúl Roa, Francisco M. Zertuche y Alfonso Reyes Aurrecoechea

II./ ROA Y LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

ERAN LOS AÑOS CINCUENTA del pasado siglo cuando el maestro Raúl Roa y otros distinguidos intelectuales cubanos visitaron la ciudad de Monterrey, Nuevo León, México y, particularmente, a la recién creada Universidad de Nuevo León.

El México de la década de los cincuenta era, después de todo, un México optimista, a pesar de los problemas de desigualdad social que, aunque camuflados, allí se encontraban. En ese decenio se continuó la etapa que se había iniciado desde los cuarenta, conocida como el “milagro mexicano”. El crecimiento era, como decían los economistas, sostenido. Esta etapa correspondió a los periodos presidenciales de Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán. Más tarde se le denominaría como el “desarrollo estabilizador”.

Y aunque el presidente Alemán el 1 de diciembre de 1952 dejaría el poder a su sucesor, Adolfo Ruiz Cortines, bajo su mandato se había concluido en esta anualidad la majestuosa Ciudad Universitaria, que entraría en funciones en 1954. Fue sin duda una de las obras más espectaculares de su sexenio.

Por su parte, el Monterrey de los cincuenta era todavía una ciudad tranquila y optimista, como por lo general lo eran las del resto de la República. Tenía en ese tiempo una población de 339 mil habitantes. Muy pronto casi la dupli-

caría al transformarse en Área Metropolitana, durante la década 1950-1960.

El estado de Nuevo León tenía, para 1950, una población total de 740 mil 191 personas. (Cavazos, R., 2007 en Villegas, J. p.55).

Durante esta década fueron gobernadores del Estado de Nuevo León: Ignacio Morones Prieto (1949-1952); José S. Vivanco (1952-1955) y Raúl Rangel Frías (1955-1961). Los tres serían dinámicos promotores de la Ciudad Universitaria.

Monterrey, por su parte, era asimismo una ciudad industrial y una de las más importantes del país.

Por lo que a la educación superior se refiere Nuevo León contaba, en 1950, con dos grandes centros de enseñanza: el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (privado) y la Universidad de Nuevo León (público).

Dado el objetivo del presente trabajo, nos centraremos en esta última. Y de la misma, nos limitaremos a uno de sus proyectos culturales más ambiciosos: los cursos anuales de la Escuela de Verano, durante el periodo referido.

Antes, sin embargo, es importante señalar que la Universidad de Nuevo León (que había sido creada en 1933), tenía para enero de 1950 una población escolar de 4 mil 183 alumnos de los cuales 2 mil 966 eran varones y mil 228 mujeres.

En 1946 contaba con cinco facultades, siete escuelas y tres departamentos. Es de justicia señalar que algunas dependencias como Derecho (nacida en 1824), Medicina y la Preparatoria, eran centenarias.

Por lo que corresponde a la Escuela de Verano (Flores, S. 2007), esta prestigiada institución fundada en el año de 1946 por el maestro Francisco Mier Zertuche, fue una de las expresiones académicas y culturales más importantes del Monterrey de mediados del siglo XX. Fueron impulsores de la misma connotados universitarios encabezados por el licenciado Raúl Rangel Frías, quien fuera en su momento rector de la universidad y posteriormente Gobernador del Estado.

La Escuela de Verano estaba constituida no solamente por su actividad más relevante que era su Sección de Humanidades. La integraban, entre otras, además, las siguientes divisiones: Ciencias Jurídicas, Económicas y Sociales;

Ciencias Médicas y Odontológicas; Físico Matemáticas; Cursos de Recuperación Académica para Bachilleres; para posgrado; para Extranjeros; Idiomas; Ciencias Pedagógicas y Conciertos. Las Secciones podían variar. Tenían por sede a las distintas escuelas y facultades universitarias y las de Humanidades se realizaban en el Colegio Civil. Los más destacados científicos e intelectuales participaban en los anteriores cursos.

La Sección de Humanidades tenía como sede el venerable edificio del Colegio Civil y particularmente el aula que ahora lleva el nombre de Francisco Mier Zertuche.

Entre los maestros huéspedes más destacados se encontraban: el escritor Alfonso Reyes; los historiadores Daniel Cosío Villegas y Silvio Zavala; los poetas Octavio Paz, Pedro Garfias, Juan Rejano, Nicolás Guillén o Jorge Artel; el pintor José Luis Cuevas; los filósofos José Gaos y Leopoldo Zea; los ensayistas Edmundo O´Gorman y Manuel Moreno Sánchez; el periodista José Alvarado Santos; los escritores Raimundo Lida, Rafael Heliodoro Valle, Arturo Arnaiz y Freg, José Luis Martínez, Jesús Reyes Ruiz, Francisco Giner de los Ríos, Francisco de la Maza, Antonio Castro Leal, Fernando Benítez, Salvador Azuela, Raúl Roa García y Felipe Martínez Arango; el arqueólogo Vladimiro Rosado Ojeda, el polígrafo Francisco Monterde García Izcabaleta, el historiador, jurista y ensayista José María Gallegos y Rocaful; Ignacio Burgoa o el dramaturgo Rodolfo Usigli.

De la UNL había muchos y muy destacados, entre ellos Raúl Rangel Frías; el historiador Israel Cavazos Garza; el profesor Alfonso Reyes Aurrecoechea y el ensayista Alfonso Rangel Guerra.

En una interesante entrevista que en agosto de 1954 hiciera la abogada Ma. Guadalupe Alcalá al maestro Francisco M. Zertuche, sobre los objetivos de la Escuela de Verano, éste señaló, entre otras razones (Alcalá, M. 1956, pág. 10):

El ideal que como médula central alienta nuestra Escuela de Verano es aquel que señala nuestra misión como gestores de hombres que, al actuar en medios institucionales, aglutinen y hagan posible una nueva fisonomía de México, anulando los resabios del obscurantismo, de la miseria y de todas las lacras que han podido postergarse por nuestra falta de entendimiento.

Más adelante agregaba:

Su papel, en la cultura del noreste de México, es el de promover las más altas inquietudes del espíritu en la vida social; el de vigilar el rumbo de la juventud en el campo de la técnica, del humanismo, del arte, entidades que a la vez sirvan para dignificar la vida entera de las provincias norteañas de México.

Este es el México, el Monterrey y la Universidad de Nuevo León a los que desde el año de 1952 visitaran en varias ocasiones el doctor Raúl Roa García y otros distinguidos intelectuales cubanos como el doctor y escritor Felipe Martínez Arango y el poeta Nicolás Guillén.

Pero hay algo más, la Escuela de Verano de la UNL permitió a los jóvenes de aquella época no solamente la extraordinaria oportunidad de escuchar sus extraordinarias conferencias magistrales, sino convivir y cambiar impresiones con los intelectuales más connotados de este tiempo.

Así sucedió con el Regiomontano Universal Alfonso Reyes, que no se limitó a impartir su cátedra brillante, sino que apoyó en sus inquietudes literarias y humanísticas a varios de aquellos jóvenes, inclusive promoviéndolos como becarios a importantes centros educativos nacionales y extranjeros.

O como en el caso del poeta Premio Nobel de Literatura Octavio Paz, aconsejándoles y también colaborando en sus incipientes publicaciones literarias.

Raúl Roa no fue la excepción. En sus conversaciones extra cátedra o en bares y cafés compartía la charla amistosa con muchos de aquellos jóvenes, que lo escuchábamos con fruición. En nuestro país y particularmente en Monterrey, después de venir en asilo voluntario por la férrea y tenaz persecución del dictador Fulgencio Batista, tuvo momentos de tranquilidad y como él mismo lo manifestó: tiempo para dedicarse a la cátedra, a escribir sus ensayos y sus libros o a la literatura en general.

El desarrollo de la revolución en su país, era casi el tema obligado de las conversaciones y de nuestras preguntas. Pero también la literatura. Particularmente la obra del poeta José Martí o inclusive algunos sucesos de la vida personal del autor de los “Versos sencillos”. Teníamos curiosidad, por ejemplo, de aquel trágico acontecimiento por el que, se supone, María su novia

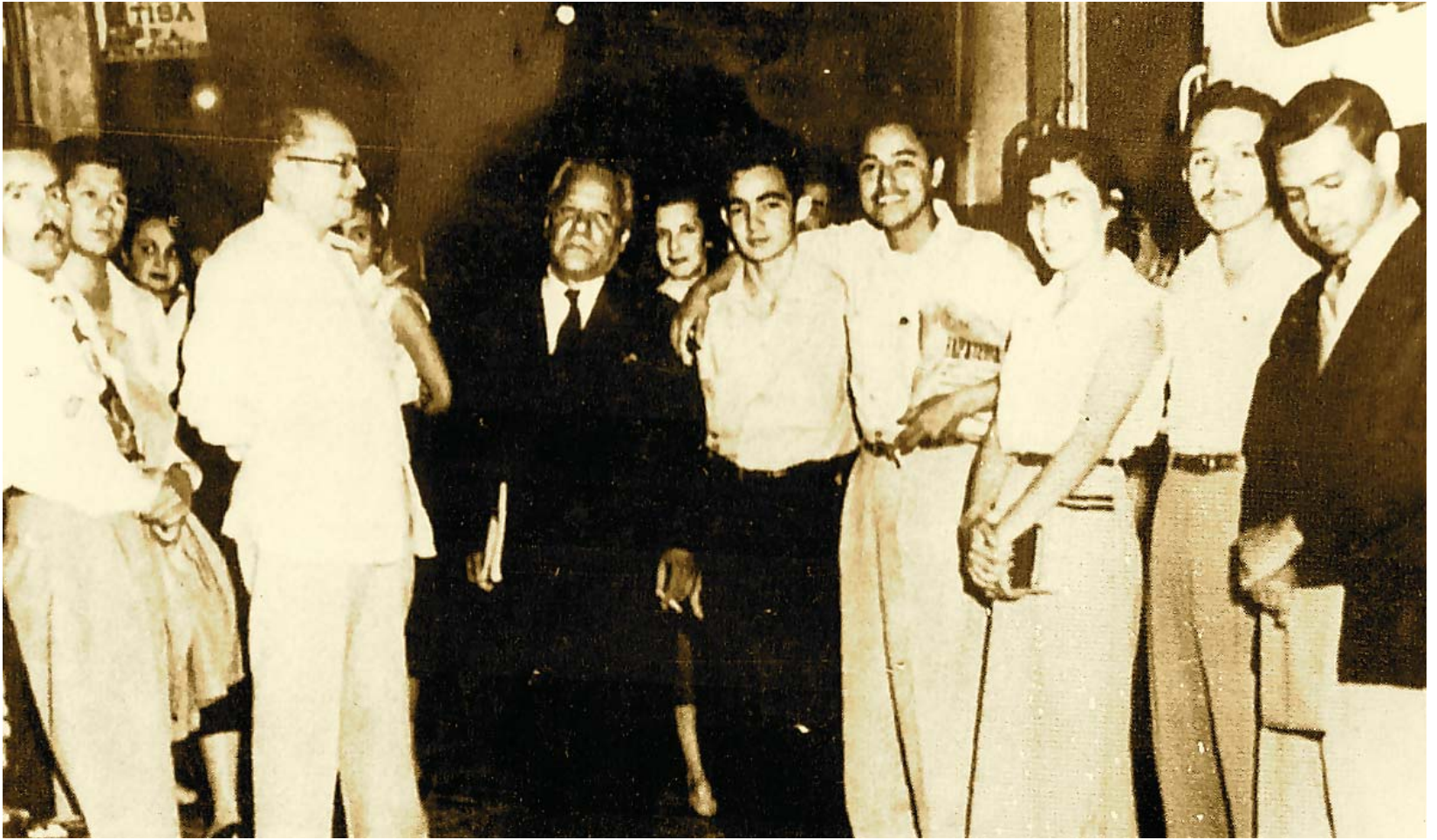


guatemalteca, se había suicidado a causa de la decepción amorosa que le había causado Martí, al haber contraído matrimonio en México. De allí surgió el sentido poema “La niña de Guatemala”. Como un ejemplo de estas charlas, incluimos en el Apéndice un fragmento de este episodio.

Así es que la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León, era algo más que escuchar las magistrales cátedras de sus exponentes. Supo informar, formar, orientar e imbuir el espíritu humanístico y el conocimiento técnico y científico, de una generación que tuvo la excepcional oportunidad de vivirla.

Su influencia, por fortuna, traspasó los linderos del tiempo y hoy el Colegio Civil, que fuera su sede principal, se ha transformado en un prestigiado centro de la cultura y del saber.





HOMENAJE A MARTÍ. En 1953 la Universidad de Nuevo León a través de su Escuela de Verano, celebró el centenario del nacimiento del libertador y poeta cubano José Martí con importantes actividades culturales y la erección de un obelisco con el bajorrelieve en bronce de su rostro, realizado por el artista Alfonso Reyes Aurrecochea. En la “Semana Martiana” participaron relevantes intelectuales cubanos y mexicanos. La fotografía corresponde a la llegada a la estación de ferrocarril de Monterrey, del poeta cubano Nicolás Guillén, participante destacado en la celebración, quien aparece al centro. A su izquierda, flanqueado por el escritor tabasqueño Andrés Iduarte, José Ángel Rendón y Daniel Ordaz, estudiantes universitarios. A su derecha están Raúl Roa Kouri, hijo de Raúl Roa García, y David Martell Méndez, María Guadalupe Alcalá, Juan Delgado Valero y Samuel Flores Longoria, entonces también estudiantes de la UNL.

III./ EN MONTERREY

EL MONTERREY de mediados del siglo XX era sin lugar a dudas un Monterrey muy distinto al de la primera década del siglo XXI.

Era, la primera, una ciudad tranquila, industrial, aunque con espíritu campirano, donde las familias, todavía, al anochecer, acostumbraban a convivir con el vecino en charlas animadas frente a las aceras de sus casas y arremolinadas cómodamente en sendas mecedoras o en rústicas sillas, donde el tema principal de la conversación era el chisme cotidiano o los cuentos de fantasmas. Al retirarse para el plácido descanso nocturnal, no era raro que dejaran puertas y ventanas abiertas y al aire libre, sin temor a la rapiña o al asalto.

En cambio, el Monterrey de hoy, el de los inicios de la segunda década del siglo XXI, es una urbe sombría, tétrica, una ciudad con toque de queda permanente, donde durante las 24 horas del día la delincuencia organizada ha sentado sus reales y los vecinos han dejado de convivir y se han atrincherado en sus moradas-fortaleza por temor y para protegerse de los embates de la delincuencia. La organizada y la cada día más numerosa ; la que se ha vuelto adicta de las drogas o la que se ha visto impelida a delinquir por un sistema económico neoliberal que los ha dejado en la miseria y sin oportunidades, ni siquiera para sobrevivir.

El doctor Raúl Roa García, distinguido intelectual cubano, visitó por primera vez la ciudad de Monterrey en el año de 1952. Le acompañaba otro ilustre antillano, el doctor Felipe Martínez Arango. El primero representaba a la Universidad de La Habana y el segundo a la Universidad de Oriente.

Roa había sido invitado por el profesor Francisco M. Zertuche, director de la Escuela de Verano de la Universidad de Nuevo León, para que sustentara un ciclo de conferencias en esta prestigiada institución educativa. Invitación que con entusiasmo se hizo extensiva al doctor Martínez Arango.

La empatía entre los intelectuales cubanos y los destacados maestros de la Universidad nuevoleonense, fue mutua. Como también lo fue entre los ilustres maestros antillanos y los regiomontanos en general: profesionales, obreros, artesanos, el hombre de la calle, etc., con quienes convivieron en forma fraterna, amistosa y cordial.

Nuestros adolescentes de hoy y los huéspedes y visitantes de nuestra urbe, los que la han contemplado sólo a partir de esta década trágica, no conocieron aquel Monterrey tranquilo, apacible e industrial, sino el actual, el de la delincuencia, los genocidios y los casinos. Y tal vez piensen que la otrora capital Industrial de México, la de mediados del siglo pasado y que se extiende hasta hace un par de decenios, fue también como la de ahora. ¡Pero el retrato de Roa nos pinta una ciudad muy distinta. Una urbe que se nos ha ido escapando de nuestras manos y que debemos, que tenemos la obligación de recuperar!

Nosotros, en recuerdo a otro momento trágico de nuestra América, el acaecido el 11 de septiembre de 1973 cuando las tropas al mando del coronel Augusto Pinochet bombardeaban el Palacio de La Moneda en Santiago de Chile, evocamos el último mensaje radial del presidente Salvador Allende dirigido a su pueblo. En esos instantes, antes de morir y entre el estruendo de las bombas y la metralla, expresó el mandatario chileno (Fundación Federico Engels, 1988, pág. 1):

...Superarán otros hombres este momento gris y amargo en el que la traición pretende imponerse. Sigán ustedes sabiendo que, mucho más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”.

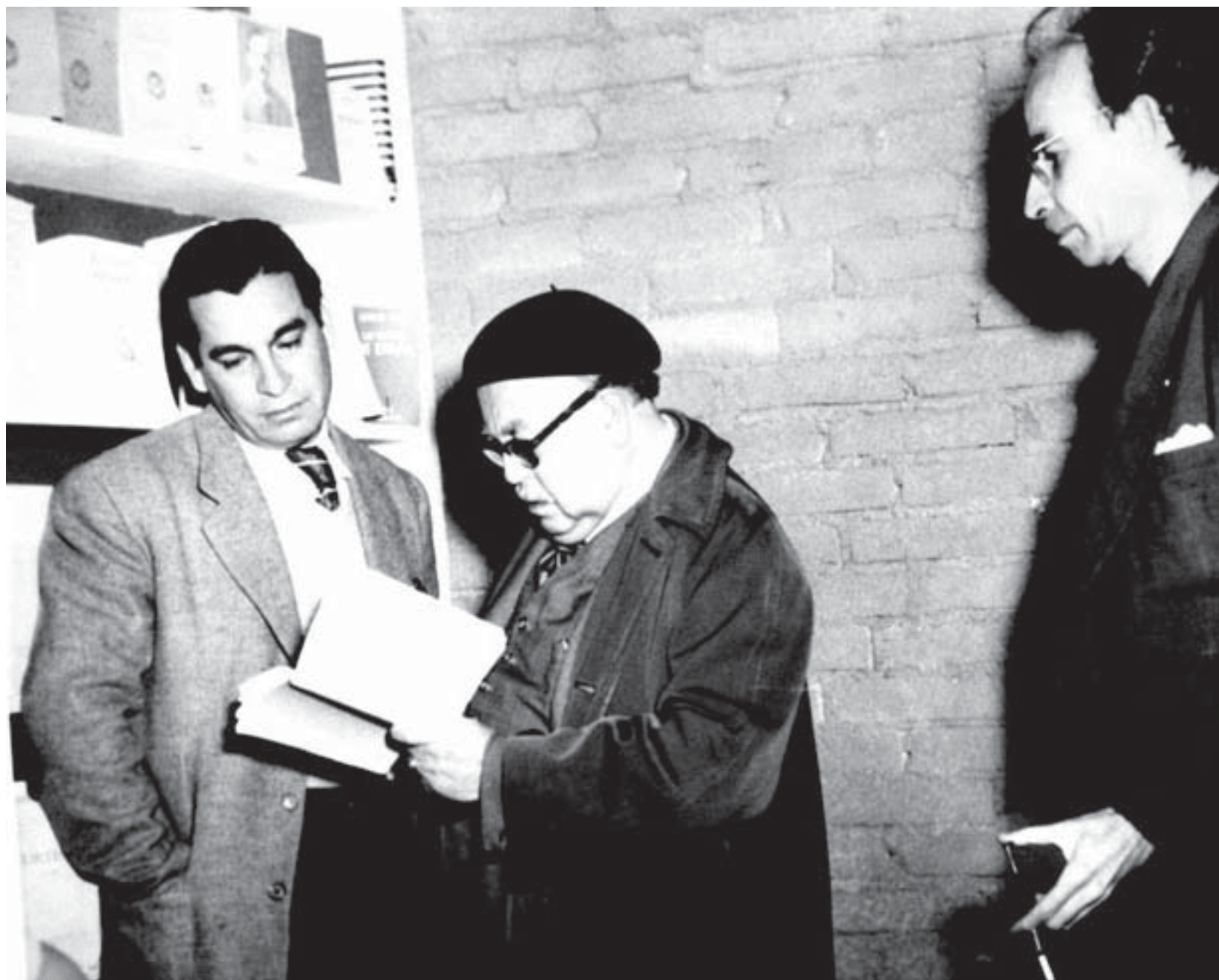


¡No, Monterrey no siempre ha estado como ahora!

Monterrey no siempre tuvo el oscuro y siniestro panorama que hoy presenta, aunque en el fondo el espíritu de sus habitantes siga siendo el mismo. Y es precisamente en base a este espíritu, en esta confianza, en la que hoy depositamos nuestra fe y nuestra esperanza.

El ensayo del maestro Roa, que incluimos en el Apéndice, nos retrata ese añorado Monterrey de ayer. Y lo insertamos no sólo como la imagen de la urbe de aquellos años, trazada significativamente por la pluma de un testigo presencial y de calidad, sino porque, como lo subraya el mismo e ilustre maestro antillano: “lo mejor del hombre prevalecerá sobre lo peor”.





“...Durante mi destierro en México, tuve la fortuna de encontrármelo una noche en la Feria del Libro. Había yo entrado a la caseta de Nuevo León a saludar a un excelente amigo regiomontano –que también lleva su nombre y su apellido– cuando irrumpió Alfonso Reyes con sus ojillos chispeantes, su ágil papada y su rechoncha humanidad pintorescamente tocada con una boina vasca...”



IV./ UNA FIGURA EJEMPLAR

RAÚL ROA GARCÍA fue una figura de proyección universal con un profundo sentido humanístico.

Su mayor pasión fue la lucha por la libertad y la defensa de la soberanía, no solamente de Cuba, su país natal, sino la del resto de los estados que integran a la comunidad internacional.

Para ello empleó todas las herramientas que le proporcionó el saber adquirido en las universidades, lo mismo que la praxis obtenida en su formación de luchador social.

Distinguido maestro universitario, el claustro académico fue el recinto apropiado para enseñar a la juventud los saberes de las ciencias sociales y el gusto por las humanidades, particularmente por el arte, la literatura y la poesía, siendo José Martí (el poeta y el revolucionario), el centro de sus preferencias.

Rebelde por naturaleza y revolucionario por convicción y por necesidad, desde sus años juveniles participó en los movimientos sociales y estudiantiles en la lucha contra la dictadura de los gobernantes de su tiempo, desde Machado hasta Batista.

Y al triunfo de la Revolución Cubana se destacó por su presencia en el

campo de la diplomacia, bien como ministro de Relaciones Exteriores de su país o como representante diplomático del mismo en los foros internacionales, especialmente en la Organización de Estados Americanos (OEA) y en la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

De esta manera, fueron legendarias las batallas que en defensa de la soberanía de su país y de la libertad de los pueblos menos desarrollados o del Tercer Mundo, como Chile, sostuviera este valiente y talentoso diplomático en las tribunas de estos foros internacionales.

Raúl Roa, el Canciller de la Dignidad, inauguró de esta manera en las tribunas parlamentarias, una singular diplomacia: la revolucionaria, muy alejada de la política acartonada y formalista que se acostumbraba en estos foros.

Profundo conocedor del lenguaje folklórico de su pueblo lo mismo que del académico, Roa supo emplearlo tanto en sus colaboraciones periodísticas que en la elaboración de su amplia tarea editorial, en la confección de sus libros.

Doctor en Derecho, exigió que la aplicación del mismo, en el campo de la política y la administración gubernamental, no se limitara a simples manipuleos legalistas sino que, como es su esencia, tuviera como firme basamento la justicia y la equidad.

Raúl Roa García, quien falleció en la ciudad de La Habana, el 6 de julio de 1982, fue maestro huésped de la Universidad (ahora Autónoma) de Nuevo León, a mediados del pasado siglo.

Llegó a nuestra ciudad y a nuestro país en momentos difíciles de su existencia, cuando era perseguido por la cruenta dictadura de Fulgencio Batista. Le acompañaron otros ilustres exiliados de su patria, como el doctor Martínez Arango o el poeta Nicolás Guillén.

Nuestra patria y particularmente la cátedra universitaria, les insuflaron nueva vida y les permitieron continuar con sus labores académicas y profesionales.

Como recipiendarios de su saber los asistentes a sus cátedras nutricias fuimos beneficiarios de su inapreciable legado espiritual, es decir, de las enseñanzas que nos dejaron en el campo de la educación, la ciencia y la cultura.

Como lo manifestó alguna vez el maestro Roa: la empatía entre los ilustres disertantes y su auditorio, fue mutua.



Ahora, al cumplirse el trigésimo aniversario del fallecimiento del doctor Raúl Roa García, hemos querido rendir un modesto homenaje al ilustre maestro cubano que, como el poeta José Martí, cultivara la rosa blanca de la amistad y dedicara su existencia a la defensa de la libertad y de la soberanía de los pueblos del planeta, particularmente los latinoamericanos, que todavía sufren los embates de los poderosos y apátridas imperialismos trasnacionales.



permite, por esos aires, — aunque
típica — las pruebas de la utopía
hacia mí una nota adjunta
te dice que si Federico me invoca
la crisis de iniciamos aceptación

Efectivamente lo primero que
al topamos en Bellas Artes, fuere
entre un círculo de 5 conferencias.
nos en su reserva por la figura
de Martí; pero luego lo que
que acaso sea mejor describir
narración de la vida cubana en
lo genérico de "Presencia de Cuba
y de la vida" la última conferencia
anti-México. De todo suerte, así
de ahí nada que en estos asuntos
los que he di a Cuba y que
titan indispensables para el

V./ CARTAS DE RAÚL ROA A ALFONSO REYES AURRECOECHEA, [1953-1955]

EL DOCTOR Raúl Roa García visitó por primera vez la ciudad de Monterrey, Nuevo León, México, el año de 1952.

Distinguido intelectual, Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público de la Universidad de La Habana y aguerrido y congruente revolucionario, el golpe militar de Fulgencio Batista lo forzó una vez, en marzo de 1952, a exiliarse en la ciudad de México.

Y fue así como en abril de dicho año, invitado por la Universidad de Nuevo León, visitó la ciudad de Monterrey, capital del Estado de Nuevo León, para dictar una serie de conferencias en la máxima Casa de Estudios nuevo-leonesa. La invitación le fue hecha por el profesor Francisco M. Zertuche, en aquel tiempo director de la Escuela de Verano de dicha institución educativa, a sugerencia del escritor Andrés Iduarte.

Este viaje y este encuentro con las autoridades universitarias lo narraría más tarde el propio Roa en su libro *En Pie, 1953-1958*, cuyo capítulo alusivo lo hemos incluido en un Apéndice de este trabajo.

A partir de esta visita se estableció una fraterna relación cultural y amistosa entre varios de los más destacados intelectuales cubanos y los universitarios de Nuevo León. Particularmente entre el doctor Roa y el profesor Alfonso

Reyes Aurrecochea, en aquel tiempo director del periódico hebdomadario *Vida Universitaria* y Secretario Ejecutivo del Patronato Universitario de Nuevo León.

Producto de este encuentro cultural y amistoso es la correspondencia epistolar que desde aquel tiempo se estableció entre el doctor Roa García y el profesor Reyes Aurrecochea.

En el presente trabajo hemos incluido la correspondencia que durante los años de 1953 a 1955 le dirigió el doctor Roa al profesor Reyes Aurrecochea. Seguramente no es el total de las cartas, sino las que pudimos encontrar y que nos fueran facilitadas por la familia Reyes Martínez a través de Alfonso Reyes Martínez, quien tuvo la gentileza de transcribirlas y digitalizarlas.

El doctor Roa llegó a Monterrey en momentos difíciles de su congruente carrera de revolucionario y en estas tierras encontró afecto y apoyo. Y así, el 6 de enero de 1953, desde la ciudad de México, le escribe al profesor Reyes: “No sabes cuánto te agradezco tus letras. Amigos como tú no suelen abundar en las horas adversas. Soy yo el que me siento honrado con tu aprecio y afecto”. Allí le cuenta de “los procesos incoados por las autoridades militares” del doctor Felipe Martínez Arango; le acusa recibo del periódico *Vida Universitaria* y le informa del acuerdo del Consejo Universitario, de “deplorar la ausencia forzada” de su persona en las sesiones del mismo y le envía saludos a sus amigos de Monterrey.

En octubre 31, desde La Habana, subraya su nostalgia por Monterrey. Y el 27 de diciembre, desde la ciudad de México, narra su forzada salida de Cuba, “bajo amenaza de muerte” y su asilo en la Embajada de Uruguay.

En enero 1 de 1954, desde la ciudad de México, le escribe que se ha instalado en la ciudad de México, con su esposa e hijo, en el “segundo destierro que le debo a Batista en 12 años...” El 20 de este mismo mes y año le agradece la invitación que le hiciera la Universidad de Nuevo León, para dar un cursillo de cinco conferencias en Monterrey.

En mayo 27 de este año le habla sobre el monumento a Martí que se erigirá a iniciativa de la UNL, así como de la participación de distinguidos intelectuales cubanos como el poeta Nicolás Guillén en los Cursos de Verano de esta Casa de Estudios e, igualmente, la asistencia a los mismos, del novelista

y ex presidente venezolano Rómulo Gallegos y del escritor mexicano Andrés Iduarte.

En enero 17 de 1955, desde La Habana, deplora el accidente (del que tuvo noticia por carta del licenciado Alfonso Rangel Guerra) que le acaeció al profesor Zertuche y del que desea tenga pronta recuperación. Le habla de su hijo Raulito, dedicado a su carrera y anuncia un viaje a Monterrey para el mes de marzo.

En abril 19 de este año, desde México, se congratula de que el cambio de Rector (Roberto Treviño González) no afecte el desarrollo de los Cursos de Verano. Habla de su posible regreso a Cuba a mediados de mayo, gracias a la amnistía del gobierno cubano.

La última carta es la del 24 de septiembre de 1955, desde La Habana. Le informa que el Consejo Universitario se sumó a la iniciativa para otorgar el Premio Nobel de Literatura a don Alfonso Reyes y del homenaje que le rendirá el Lyceum y en el cual él tendrá a su cargo el ofrecimiento respectivo.

La correspondencia del doctor Raúl Roa al profesor Alfonso Reyes Aurrecoechea, no hace sino refrendar el espíritu humanista del distinguido intelectual y diplomático cubano.

El 3 de mayo de 1956 fallecería el profesor Francisco M. Zertuche, quien ya había dejado perfectamente organizados los Cursos de la Décima Anualidad de la Escuela de Verano. De ello dio sentida cuenta el doctor Roa en el texto que se incluye en los apéndices del presente trabajo.

El profesor Zertuche fue sustituido en la dirección de la Escuela de Verano, UNL, por otro distinguido universitario: el licenciado Santiago Roel García, quien más tarde sería ministro de Relaciones Exteriores durante la administración del presidente José López Portillo.

México, Enero 6, 1953

Sr. Lcdo. Alfonso Reyes Aurrecoechea
Monterrey, N. L.

Mi querido Alfonso:

No sabes cuánto te agradezco tus letras. Me han reconfortado profundamente. Amigos como tú no suelen abundar en las horas adversas. Soy yo el que me siento honrado con tu aprecio y afecto.

Hace días te remití, por correo certificado, las pruebas revisadas. Espero ahora que envíes las que faltan para en seguida revisarlas y devolvértelas. Estoy gozoso con su próxima publicación y con el sobretiro.

Mucho te agradezco el ofrecimiento que me haces de publicar el artículo que remití a Elizondo. No quiero perderlo, pues forma parte de un librito que estoy haciendo sobre México. Ya tengo escrita la mayor parte. Varios artículos aparecieron ya en Cuba en el periódico “El Mundo”.

Felipe aún continúa por el altiplano. No me parece que esté presto al regreso. Sería, por otra parte, una imprudencia. Tiene los procesos incoados por las autoridades militares. Te envía muchos saludos por mi contacto.

Hoy recibí carta del Rector en que me comunica que ya el Consejo de Directores de nuestra Escuela de Verano había aprobado, a propuesta suya, los (envíos) de ustedes. De un momento a otro recibirán los detalles (todos) por vía del Secretario de la Escuela, doctor Abelardo Moreno.

En mi carta a Zertuche le decía que me gustaría mucho –de ser posible– que “Vida Universitaria” reprodujera mi escrito al Consejo Universitario.

Hoy recibí también copia del acuerdo adoptado por éste, que dice textualmente así:

“El Consejo Universitario en sesión celebrada el 16 de Diciembre de 1953 adoptó, entre otros, el siguiente acuerdo: Deplorar la ausencia forzada del Dr. Raúl Roa de las sesiones de este Consejo, al cual brindó, como Decano de la Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, todos sus esfuerzos en pro del mejor gobierno de la institución, calificándose siempre. Por su elevada actitud, puramente universitaria, y consecuente en todo momento con las grandes responsabilidades y la alta dignidad de su investidura de Profesor y Decano. El Consejo Universitario deja pública constancia de su reconocimiento hacia el compañero Dr. Raúl Roa y confía en que pronto habrá de contar de nuevo con su inteligente y entusiasta cooperación.”

Te incluyo el texto del acuerdo por si les parece pertinente reproducirlo.

No he recibido contestación de Zertuche, ni tampoco de Fidencio. ¿Están en los (mundos?)

Estoy laborando ya en la terminación de un libro que estaba escribiendo sobre Martí.

Tengo la seguridad absoluta de que podré recibirlos en el Aeropuerto José Martí el próximo verano.

Muchos saludos míos a Zertuche, Fidencio, Martell, Ita y para ti, con el ferviente deseo y toda clase de venturas, un fuerte abrazo de tu agradecido amigo,

Raúl Roa



Raúl Roa por el caricaturista mexicano Luis Chessal



La Habana, Octubre 31, 1953

Sr Lic. Alfonso Reyes Aurrecoechea
Monterrey, N.L.

Muy querido amigo:

Esta mañana he tenido la grata sorpresa de tus letras estaba ya un poco preocupado por no haber tenido respuesta a mi carta de México, en la que te incluía el texto de la entrevista. Justamente hoy acabo de recibir un número de “Vida Universitaria” —vía Washington— en que aparece, supongo que, de un momento a otro, arribarán los ejemplares que me envías. Gracias otra vez por vuestras gentilezas y atenciones, que ansío reciprocación.

Hace unos días le escribí a Zertuche una larga epístola. Y, asimismo, le escribí a Elizondo y a Fidencio, pero desde México. Nada he sabido aún si llegó a poder de Fidencio —como convinimos— el texto de mis conferencias. No dejes de darme noticias al respecto en tu próxima.

Te envió, por correo aparte, un ejemplar del número cuarto del Anuario de nuestra Facultad, dedicado a Martí; y en esta te incluyo un recorte del periódico “El Mundo” en que se reproducen párrafos de una carta de Zertuche y el editorial de Excelsior en ocasión de mi partida. La entrevista publicada en “Vida Universitaria” la reproducirá próximamente nuestra “Vida Universitaria” También en el número ya a punto de salir, vienen fotocopias mías y una información sobre mi estancia en Monterrey.

El otro lunes —nueve de noviembre— inicia nuestro curso, con un mes de atraso, y ante inciertas perspectivas. Confiamos en sortear debidamente todos los escollos.

Ahora, en este trajín, recuerdo más vívidamente los apacibles y dichosos días que pasé entre ustedes. No es posible la serenidad de espíritu cuando se está en el vórtice de un ciclón.

No dejes de enviarme rápidamente el esquema de tu curso y tu “curriculum vitae”; igual requerimiento hago a Don Pancho Zertuche por tu conducto.

Salúdame a todos los amigos de esa y en especial esta vez para Martell y para el fotógrafo que me “sacó” con pelo. Es pertinente una fuerza digna de festejarme con un regiomontano.

Esperando próxima carta tuya, te saluda y abraza fraternalmente,

Raúl Roa

México, Diciembre 27, 1953

Sr Lic. Alfonso Reyes Aurrecochea
Monterrey, N. L.

Mi querido amigo:

A mi retorno a tu tierra le hice unas líneas a Zertuche. No sé si las habrá recibido. En ellas le daba cuenta a ustedes, por su conducto, que me había visto forzado a salir de Cuba, bajo amenaza de muerte. Imagínate que tuve que asilarme en la embajada de Uruguay. De allí salí para el avión, con mi mujer e hijo, entre fusiles. Sencillamente resultó lo que yo había previsto. También le decía a Zertuche que la invitación a ustedes ya está firme. Supongo que el Rector se los habrá comunicado oportunamente.

En mi carta a Zertuche intuía, con el ruego de que fuera reproducida en “Vida Universitaria”, mi copia de mi comunicación al Consejo Universitario. (Te agradecería que me enviaras la revista a mi dirección en México).

¿Salió ya la “Revista de la Universidad” con mis conferencias?

Me gustaría revisar el texto, si fuera posible, para el tiro aparte, a fin de subsanar erratas, si las hubiera. Si ya está el material parado ¿podrías enviarme una prueba?. Te la devolvería enseguida.

Si mi carta a Zertuche no le llegó, avísame, al objeto de enviarte una copia de mi comunicación al Consejo Universitario.

No sé el tiempo que tenga que estar ahora aquí. Dependerá de la evolución de los acontecimientos en mi país. Si el desenlace demorara mucho, tendría naturalmente que buscarme una “chamba intelectual”. Tengo la esperanza, sin embargo, de que cuando ustedes vayan pueda yo acompañarles y recibirles.

¿Elizondo publicó por fin mi artículo en “Armas y Letras”? Nunca tuve noticias al respecto.

Un cordial saludo para todos los amigos de Monterrey y para ti un fuerte abrazo de

Raúl Roa

México, Enero 1, 1954

Lcdo Alfonso Reyes
Monterrey, N.L.

Mi querido Alfonso:

Esta mañana me llegaron las pruebas; esta propia tarde te las devuelvo revisadas. Pero sólo de cuatro de las conferencias. No vino la de Martí. ¿Se te olvidó incluirla, o es que todavía no está parada?

He tenido que hacer muy pocas correcciones. Casi limpio está el texto. Supongo que la escrupulosa atención debe ser obra tuya.

Como no he tenido carta tuya, nada sé aún si Zertuche recibió mi carta. Ni nada tampoco respecto a si ya les llegó o no la invitación del Rector.

Ya me he instalado en la mera capital, con mi mujer y mi hijo. Este es el segundo destierro que le debo a Batista en doce años. Menos mal que todavía me sobran arrestos y esperanzas.

Aún no he decidido que hacer aquí. El Rector me escribió advirtiéndome que no podía retornar por ahora a Cuba so pena de riesgo de vida. La Universidad permanece abierta y funcionando. Hay auxiliar de cátedra y ocupa de dar mis clases, el Decanato lo desempeña, por sustitución, el Vice-Decano de la Facultad. La verdad es que no me siento fuera de mis actividades vocacionales. Con firme entusiasmo había yo comenzado mis cursos y tenía la ilusión de haber podido ir escapando a las garras de la dictadura. Hubiera sido, en verdad, un milagro que no pasara lo ocurrido, dada mi posición militante contra el régimen. Varios profesores sufren como yo idéntica suerte.

Andrés Iduarte y gente del gobierno me han ofrecido cátedra en la Universidad de Veracruz o de Guadalajara, mientras dure mi exilio. Pero nada he decidido por el momento, no obstante lo apremioso de mi iniciada situación.

No dejes de ponerme más líneas cuando tengas tiempo.

Saludos a todos los amigos y para ti un fuerte abrazo de

Raúl Roa

México, Enero 20, 1954

Mi querido Alfonso:

Hace varios días te remití, por correo aéreo —aunque sin certificar— las pruebas de la última conferencia mía y una nota adjunta en la que te decía que si Fidencio me invitaba a los cursos de invierno aceptaría encantado.

Efectivamente lo primero que hizo, al toparnos en Bellas Artes, fue ofrecerme un cursillo de 5 conferencias. Quedamos en que versaría sobre la figura y la obra de Martí; pero luego de pensarlo en que acaso sería mejor desarrollar una panorámica de la vida cubana en el título genérico de “Presencia de Cuba en América” y dedicar la última conferencia a Martí y México. De toda suerte, aún no he decidido nada porque estoy aguardando unos libros que pedí a Cuba y que me resultan indispensables para ese tipo de curso. De ahí que no haya enviado todavía a Fidencio —como quedé— el temario del cursillo.

Lo que sí es importante es que me hagan el favor de decirle que el cursillo debe ser del 8 al 12 de marzo, ya que la semana anterior estaré en San Luis Potosí, donde daré cinco conferencias en la Universidad invitado por Jesús Silva Herzog.

También le envié a Fidencio una foto que me pidió.

Te ruego decirle que no se olvide de enviarme un oficio invitándome, a fin de incluirlo en mi expediente universitario. En eso quedamos.

Pronto pues, estaré otra vez entre ustedes, con gran júbilo de mi parte. Monterrey es ya mi patria chica.

Saludos a todos los amigos y para ti un hondo abrazo de

Raúl

México, D.F., Mayo 27, 1954

Mi querido Alfonso:

Aprovecho el viaje a esa de mi compatriota Ignacio Botas, para enviarte unas letras. En cuanto lo veas, lo reconocerás en seguida: te lo presenté justamente en mi última visita a tu tierra.

¿Qué pasa que no has respondido a mis últimas cartas? He recibido sí, todos los números de “Vida Universitaria” que te pedí. Muchas gracias por haber reproducido la conferencia sobre Barba Jacob.

Supongo que están ya preparándolo todo para vuestro viaje a Cuba.

Quiero hablarte ahora sobre la inauguración del monumento a Martí y los cursos de verano. Esto le interesa, por igual, a Zertuche, y en modo fundamental, a él toca decidir.

A fin de darle mayor realce a dicha inauguración, he hablado con Rómulo Gallegos y Nicolás Guillén, que acaba de llegar de Europa. Ambos están dispuestos a asistir a Monterrey a la inauguración y dar, Rómulo, una conferencia en la Escuela de Verano, y Nicolás, un recital. La cuestión es que ninguno podría ir hasta el mes de julio, primera quincena.

A mí se me ocurre lo siguiente, de ser posible. Inaugurar el monumento el primer domingo de julio, o el segundo. En ese caso, combinar la conferencia de Rómulo y el recital de Guillén, con otra charla mía sobre Martí en la Escuela de Verano, a parte de nuestra asistencia a la ceremonia, con otro grupo de cubanos, Felipe Martínez Arango, en primer lugar, y Andrés Iduarte, que está dispuesto a ir y los hallaría en la inauguración. También ese tiempo le es propicio, según me informa.

Concretando: 1º Iríamos a la inauguración Rómulo, Nicolás, Felipe, Andrés y yo, amén de un grupo de cubanos por su cuenta. 2º Conferencias de Rómulo y mía en la Escuela de Verano (una cada uno). 3º Recital de Guillén en dicha Escuela. 4º Conferencia de Felipe en la Escuela de Verano. 5º Discurso de Andrés en el acto de revelación del monumento. Si juzgan pertinente, otro mío, encantado. La conferencia de Rómulo versaría sobre la mujer en su novela.

Saldríamos dos días antes para estar allá el sábado anterior a la ceremonia; el lunes podría ser la conferencia de Rómulo, la mía el martes y el recital el miércoles; o juntos mi conferencia y el recital; aunque quizás fuera preferible separado éste de aquella, para infundirle mayor relieve.

Necesito respuesta inmediata de todo esto para arreglar el compromiso con Rómulo, con Nicolás, que va a dar un breve viaje a Guatemala.

Si mi proposición es viable, considero que deben hacer las invitaciones ya y dirigirlas todas a mi dirección; para Rómulo, Nicolás, Andrés, Felipe y yo. Pueden hacerse conjuntamente para la inauguración y la Escuela de Verano, o separadas, según prefieran.

A última hora, para ganar tiempo, decidootra cita en enero, pues Botas no sale ya hasta el próximo lunes y podría demorarse.

Saludos para todos y para ti un fuerte abrazo de

Raúl

P.D. Enséñale ésta a Zertuche

La Habana, Enero 17, 1955

Mi querido Alfonso:

Acabo de recibir letras tuyas.

Me alegra mucho saber que mi envío te llegó a tiempo; y mucho te agradezco también, que hayas insertado el material y fotos en “Vida Universitaria”. Esta sigue llegando regularmente a las personas que la remiten, y es siempre un verdadero regalo para los que, como yo, se sienten entrañablemente vinculados a tu tierra y en particular a Monterrey.

No sabes cuánto me satisfaría que pudiera aparecer mi conferencia sobre don Alfonso en el segundo tomo ya en prensa. Precisamente hoy me han llegado unas líneas de él en las que da por hecho que se publicará en ese tomo. ¿Es cierto?

Aún no he recibido el volumen I romano, ni los “Índices”; pero regularmente estarán al llegar.

Ignoro el accidente sufrido por don Pancho. Por suerte, según colijo de otras frases, ya parece encontrarse en franco proceso de restablecimiento. Que no pierda el espíritu y le haga zancos a la tierra con el bastón. Se lo exigen Sinaloa y Cuba. Y, también, el cerro de la Silla, y el de la Mitra y yo. Me agradecería sobremanera recibir noticias directas tuyas. Sería el mejor testimonio de que ya anda presto a todo...hasta a ejercitar el género epistolar.

Oportunamente me llegó tu envío, y fue usado en nuestra “Vida Universitaria”. Ahora proyectamos recoger el acto efectuado en la Capilla Alfonsina, y las palabras de don Alfonso, y un artículo mío alusivo, publicado en “El Mundo”.

Nuestro edificio “José Martí” se inaugurará próximamente. Te remitiré fotos y discursos en seguida que el fausto suceso ocurra.

Raulito está estudiando empeñosamente su carrera universitaria, y el pan sigue dándole a la péñola con gusto y provecho. Ha publicado numerosos artículos. Le diré que te mande alguna colaboración y que te escriba.

En marzo iré, como ya te dije en mi anterior a la mera capital, como colaborador de los cursos de invierno de la UNAM. Si me es dable, saltaré hasta Monterrey. Necesito respirar su aire y conversar con ustedes (“platicar” mejor).

Muchos afectos de toda la tribu Kouri y amigos comunes para ti. Saludos para mis cuates y particularmente para don Pancho, Martell, Fidencio, Cerda y el infame chaparrito.

Un fraternal abrazo de Raúl Roa

P.D. Contéstame.

La frase a que te refieres está deliberadamente interpolada; pertenece a una cita que recoge – de sí mismo—don Alfonso; pero yo la intercalé donde me pareció más apropiada a los fines que perseguía.

Raúl Roa

México, D.F., Abril 19, 1955

Mi querido Alfonso:

Hace días recibí tus letras fecha 6 de los corrientes y ayer tu artículo para el número de “Humanismo” dedicado a México. Es espléndido.

Mucho me alegra saber que el cambio de Rector no les afecta a ustedes. Tenía especial preocupación por Pancho. Pero veo que seguirá al frente de la Escuela de Verano y todos ustedes al pie del cañón.

El número de “Vida Universitaria” sobre Alfonso Reyes es, sencillamente, antológico. Lo he deseado.

Es probable que regrese a Cuba a mediados de mayo. Acaba de dictarse una amnistía que me incluye. Pura filfa en definitiva. Pero no hay más remedio que correr los riesgos del caso: allá está mi puesto y lo demás son gajes del oficio. Te avisaré oportunamente mi salida.

Le escribí a Fidencio hace ya varias semanas, pidiéndole el número de “Armas y Letras” dedicado a don Alfonso. Mas no he tenido contestación hasta ahora.

Hubiera querido, antes de volver a mi tierra echar.... otra vez en Monterrey. No ha sido posible. Pero no pierdo la esperanza de retornar algún día. Los lazos y relaciones que hemos ligado deben mantenerse vivos.

Dile a Alfonso Rangel que me envíe algo para el número de “Humanismo” sobre México. Aún hay tiempo. Quisiera publicar un artículo suyo sobre algún aspecto de la cultura mexicana. También saldrá el de Zertuche.

Te agradezco sobremanera que hayas publicado el artículo de Raulito. Ningún espaldarazo mejor que ese para quien se inicia en las letras. Ya Monterrey es también para nosotros” cosa del corazón”. Próximamente te enviaré yo un trabajo mío.

Salúdame a todos los amigos comunes para ti—con el afecto de los míos—un fuerte abrazo de

Raúl

La Habana, Septiembre 24, 1955

Mi querido Poncho:

Hace ya muchos días que estoy por escribirte. Pero he tenido un trabajo enorme con motivo de la organización del nuevo curso y de mi readaptación al ambiente.

Estuve en México recientemente dos semanas a ver a mi mujer, que se sintió mal. Ella retornó para concluir su entrenamiento en el Instituto de Cardiología. Estuve tan atareado por ello, y por darle los últimos toques a la revista, cuyo traslado se efectuará próximamente a la Habana, que me fue imposible saludar a los amigos que ahí he dejado y escribirte a ti.

El miércoles pasado —21—El Consejo Universitario, a propuesta mía, acordó sumarse a la iniciativa de la Universidad de Nuevo León, auspiciando la candidatura de don Alfonso para el Premio Nobel de Literatura. También se acordó que el Dr Massit, decano de Filosofía y Letras, fuera, conmigo, a entregarle las insignias del Doctorado Honoris Causa en Filosofía y Letras de nuestra Universidad. Mi designación no se ha hecho aún, pero es segura. Dichos acuerdos se los comunicará oficialmente al ingeniero Treviño.

El día 3 de noviembre el Lyceum le rendirá homenaje a Don Alfonso y yo soy el que lo ofrecerá.

He escrito un largo artículo sobre tu Para “Bohemia”, y necesito que me procures, a la mayor brevedad posible, copias de las fotos en que aparecí yo con don Alfonso en el pabellón de Nuevo León en la feria del libro. Seguramente el chaparrito guardará los negativos. Te ruego ese envío con toda urgencia, por aéreo certificado, a la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la Habana. Confío, en vos, manito. Entre tanto, tendré el artículo en el refrigerador.

Hace tres días embarcó Andrés para Nueva York, con su mujer. Por fin, lo rehabilitarán en Columbia y allá se fue a “cena íntima”)))))) . no tenía otra alternativa, dada la actitud de sus pretensos amigos en México.

Mucho me gustaría llegarme hasta Monterrey n mi primer salto al altiplano. Ojalá fuera posible. Bien sabes el acendrado afecto que les profeso a mis cuates regiomontanos y particularmente a ti y a Pancho Zertuche.

Escríbeme cuando puedas, a fin de mantener vivos nuestros contactos. Sigo recibiendo, regularmente, “Vida Universitaria”. No te olvides de procurarme mi ejemplar del libro que están ustedes editando sobre Reyes.

¿Qué te pareció el número de “Humanismo” dedicado a México?. ¿Y a Pancho?.

Salúdame afectuosamente a todos los amigos —incluyendo al chaparrito y a Martell— para ti un fraterno abrazo de tu invariable “compay” criollo,

Raúl





APÉNDICES





1.

ALGUNOS TEXTOS DE *EN PIE*, [1953-1958-1959]

Mi cuate de Monterrey

HACE VARIAS SEMANAS murió en Monterrey el maestro Francisco Mier Zertuche. Supe de su repentino deceso casi a raíz de haberse producido. Me lo participó en letras apretadas de congoja Alfonso Rangel Guerra: “Usted lo recuerda, estoy seguro y siendo su amigo en la distancia, he querido comunicárselo. La Universidad, sus compañeros de trabajo, sus alumnos y sus amigos todos sentimos la pérdida de este amigo magnífico, que bien sabe usted que poseía las mejores calidades humanas”. También sentí yo esa pérdida como mía y mío fue también ese duelo. No en balde era Pacho Zertuche uno de los más queridos y apreciados amigos que México me deparó en tiempos de rudas pruebas y agónicas vigiliadas. Solía llamarle mi “cuate” de Monterrey. Y, si no le rendí tributo al recibir la infausta noticia, debióse, exclusivamente, al régimen de censura de prensa a la sazón imperante.

Sabio en letras coloniales, escritor de castizas galanuras, mílite de generosos ideales y dispensador infatigable de bondades fue, a un tiempo, Francisco Mier Zertuche. Le conocí allá por el verano de 1952. Regresaba yo de prolongada y fructuosa excursión por el Bajío, la más pintoresca y feraz región de la meseta, cuando me llegó una invitación suya, como director de la Escuela de Verano, para dar unas conferencias en la Universidad de Nuevo León. Mayúscula fue mi sorpresa. ¿Qué sabía Zertuche de mi existencia y cómo había averiguado mi dirección? Andrés Iduarte, mi “cuate” tabasqueño, me descifró en seguida el enigma; interesado en que conociera aquella tierra ancha, fuerte, diáfana y vibrátil, le había escrito, durante mi ausencia, sugiriéndole que me invitase a Monterrey.

Lié mis bártulos y, en compañía de Felipe Martínez Arango, tomé el “Águila Azteca” el tren más rápido y lujoso de los ferrocarriles mexicanos. En el largo trayecto –prodigioso desfile de contrastes, sinfónico derroche de plásti-



cos arpegios— me asaltó, más de una vez, la gozosa desazón que suscita toda experiencia por vivir. Ir a Monterrey, significaba, para mí, descubrir una faceta nueva de la poliédrica realidad mexicana. Cuanto sabía de aquella remota y trepidante urbe, era mero reflejo de ocasionales lecturas o de vagos decires. Se trataba, pues, un poco, de un viaje a *terra incógnita*.

El turbador deleite de lo desconocido se acentuó al desplegarse ante nuestros ojos, bajo el fulgurante sarape de la noche, el mar inmóvil del desierto. Los cactus parecían retorcerse a la sensual caricia de la luna. Alcores pelados surgían, de trecho en trecho, como montículos de arena, decorando de fantasmas el ralo paisaje. Un trozo de Arabia en pleno corazón de América.

Arribamos a Monterrey con los despuntes de la madrugada. Pero la fatiga y el sueño nos habían rendido, de tal modo, que ni siguiera nos despertamos con las rudas sacudidas del *Pullman* al ser desenganchado. Y, lo que es aún más grave, al levantarnos supimos, por el conductor del tren, que Zertuche nos había ido a esperar. No pueden ser más expresivos los lacónicos renglones que dejara: “Vine a darles un abrazo. Los espero a las diez en mi despacho”.

Tras un ligero desayuno, fuimos, a escape, a su encuentro. Mediaba ya la mañana. La ciudad emergía del descanso con renovados bríos. Nos extrañó sobre manera el *tempo*, la indumentaria y la actitud de la gente. Dominaban la prisa, la guayabera y el bullicio. Pero, aún más nos extrañó, la calidez de la atmósfera y la azul transparencia del cielo. ¿Qué era aquello? ¿México o Cuba?

En la vieja plaza que está frente a la Universidad, abejeaban los estudiantes y los vendedores de “nieve”. Traspusimos los umbrales del antiguo Colegio Civil del Estado como quien entra en casa propia. En su despacho, a donde nos condujeron sin trámites protocolarios, nos aguardaba Francisco Mier Zertuche, rodeado de papeles y libros y con la sonrisa triste, la mente alerta, el humor picoso y la mano cordial. Vestía con peculiar desenfado: saco a cuadros, camisa detonante, corbata a medio hacer. Era la viva estampa de la bohemia mexicana del siglo pasado.

Uno a uno nos fue presentando a las personas que le acompañaban: Alfonso Reyes Aurrecoechea, Director de *Vida Universitaria*, Fidencio de la Fuen-



te, Director del Departamento de Acción Social de la Universidad, Alfonso Rangel Guerra, Secretario de la Facultad de Filosofía y Letras, David Martell, periodista, y el chaparrito Manuel Martínez Ita, fotógrafo de la Universidad. Por singular coincidencia, anudaríamos, con todos, rápida y perdurable amistad. Breve y llana fue la visita al Rector, licenciado Raúl Rangel Frías, hoy gobernador del Estado de Nuevo León. Se advierte, de inmediato, que es hombre de rico saber, lúcida inteligencia y vigoroso temple. Yo le trasmití los saludos que, por mi conducto, le enviaba el Rector, doctor Clemente Inclán, y Felipe Martínez Arango, los de la Universidad de Oriente. Cuba y México se trenzaron en la plática con sus problemas, agonías y esperanzas. “no tengo que decirle –resumió al despedirnos– que tiene usted absoluta libertad para decir cuanto siente y piensa en nuestra tribuna”

Era ya mediodía y, por ende, “hora de comer”. Pancho Zertuche dio el santo y seña: “Cabrito al pastor, con cerveza Bohemia”. Y, entre perniles y espumas brotaron la confianza y el tuteo. El tema de Cuba renació con el café aguado. Zertuche era un apasionado devoto de Martí. Andaba, precisamente por esos días, en los trajines iniciales de la erección de su busto en la avenida Madero. Y charlamos, asimismo, sobre Monterrey, la Universidad de Nuevo León y la Escuela de Verano, el amor de los amores de su madurez grávida de afanes.

La Universidad de Nuevo León

LA SIEMBRA DE UNIVERSIDADES es una de las características más acusadas de la colonización española en América. No hubo paraje importante de Las Indias en que no surgiese una institución de alta cultura. Cierto es que, durante casi tres centurias, la estructura de esas Universidades fue típicamente medieval y privaron en sus cátedras dogmas, silogismos y latines; pero, no lo es menos, que constituían un *corpus* intelectual cuyo modelo fue, ora Salamanca, ya Alcalá de Henares. Las primeras Universidades se fundaron en 1538 y 1540, todavía fresca la proeza del descubrimiento, y ambas en La Española, hoy, como ayer, “tierra tiranizada y de señorío”. En 1551 se instituyeron en

México y en Lima, capitales de los dos únicos virreinos entonces existentes, el de Nueva España y el del Perú. Varias Universidades fundadas en aquél, particularmente la de Morelia, figuran entre las más antiguas del continente.

No abonan pergaminos venerables, ni rancios blasones, el sólido prestigio de que disfruta la de Nuevo León. Es la más joven de todas las Universidades mexicanas. Se fundó en 1933. Pero, si joven por su edad, aún más joven por el espíritu. No en balde la levadura con que amasa los valores que predica lealtad a la patria –culto a la soberanía de la conciencia, respeto a la dignidad humana– proviene de los hornos en que se caldeó la insurgencia revolucionaria de 1910 y en que se fraguan las directrices cardinales de nuestra época. Hija del siglo, va con el siglo. Es orgullo de Monterrey y honra de México.

Sus títulos de nobleza los debe, exclusivamente, a la laboriosidad, a la disciplina y al entusiasmo, como todo lo que vale y significa en aquella dilatada e inhóspita planicie. El extraordinario desarrollo material y espiritual alcanzado por Nuevo León y, singularmente por Monterrey, es un producto auténtico de la cultura: triunfo del hombre sobre la naturaleza. Ya lo advirtió, con lapidaria sobriedad, Alfonso Reyes, el regiomontano de más fama y jerarquía en el mundo de las letras: “El hombre ha tenido allá que hacerlo todo. Nuevo León es hijo de la voluntad humana, hijo del civismo y la capacidad de sus hombres”.

En compañía de Francisco Mier Zertuche, Fidencio de la Fuente y Alfonso Reyes Aurrecochea, visité yo las distintas dependencias de la Universidad, la recién estrenada biblioteca, el hospital universitario –aquí se agregó el doctor Guillermo Cerda– y los hermosos terrenos en que próximamente, habrá de erigirse la Ciudad Universitaria, matriz de la Universidad del Norte ya en proyecto. Dos publicaciones excelentes edita la imprenta universitaria: *Universidad y Armas y Letras*. El Patronato Universitario sostiene un ágil hebdomadario informativo. La impresión no pudo ser más halagüeña. Baste decir que, en todas partes, respiré afanoso aire de taller.

Sin embargo, a fuer de sincero, diré que fue la Escuela de Verano lo que más me impresionó. Es, en su tipo, una institución ejemplar. Se creó a iniciativa de Pancho Zertuche y fue él quien la organizó, cimentó y acreditó. Ninguna de los centenares de páginas que dejó escritas, dignas de perdurar

por la finura de juicio y la lozana erudición que atesoran, es superior a este empeño plenamente cuajado. La impronta de su dinámica personalidad permanecerá intacta en el decurso ineluctable del tiempo. Zertuche hizo de la Escuela de Verano una tribuna abierta a todos los temas de la cultura, a todos los matices del pensamiento y a todas las expresiones de la sensibilidad. Las más empinadas figuras de la inteligencia nacional e hispanoamericana –desde Alfonso Reyes hasta Rómulo Gallegos, pasando por José Gaos– iluminaron sus aulas con su talento, sabiduría y conducta. Zertuche sirvió silenciosa y tenazmente, desde aquel lejano rincón de México, las apetencias ideales de su patria y el superior destino de nuestra América. Para él, martiano en los dichos y en los hechos, difundir la cultura era bregar por la libertad, la justicia y el progreso.

Bien ha hecho la Universidad de Nuevo León en grabar, con letras de oro, el nombre de Francisco Mier Zertuche en su sala de conferencias. Bien haría, porque harto lo merece, añadirlo al de la Escuela de Verano. Creación suya, debe perpetuarse en ella y con ella. Estoy seguro de que, al proponerlo, interpreto, fielmente, el sentir de las autoridades, profesores y alumnos de la Universidad de Nuevo León.

Deuda imprescriptible fue la contraída por mí con el maestro prematuramente fallecido. Gracias a Francisco Mier Zertuche me fue doble, durante mi destierro en México, retornar, más de una vez, al ejercicio de mi vocación y oficio. A generosa instancia suya, auspiciosamente acogida por Fidencio de la Fuente, el Departamento de Acción Social editó, en pulcro librito, el texto de las conferencias que dicté, con el título genérico de *Variaciones del espíritu de nuestro tiempo*. Y, gracias también a su desprendimiento, entereza, solicitud, comprensión y afecto, renové mi fe en que, algún día, “lo mejor del hombre prevalecerá sobre lo peor”-. Cuando volví a Cuba a él escogí para testimoniarle a la Universidad de Nuevo León, y a los amigos que gané bajo el cielo diáfano de Monterrey, mi imperecedera gratitud por la hospitalidad y adhesión que me brindaron en días aciagos para Cuba y la Universidad de la Habana. Como trazo de luz, alienta hoy en mí su recuerdo.

Jardín en la Estepa

UNA TARDE LÍMPIDA Y CÁLIDA fui a “El Obispado” con Francisco Mier Zertuche, Fidencio de la Fuente y Felipe Martínez Arango. “El Obispado” es una colina que señorea todo Monterrey y domina sus alrededores hasta donde alcance la vista. Debe su nombre al obispo Rafael José Verguer, quien tras la fatídica helada de 1785, allí construyó un albergue y una capilla para los menesterosos. Pero El Obispado es, además, una colina histórica e historiada. Sus más claros timbres provienen de su heroico papel en diversos avatares de la epopeya mexicana.

El paisaje que se columbraba desde aquella estratégica eminencia era como un lienzo palpitante de luz. Vellones de nubes pretendían, baldíamente, empañar la cristalina limpidez del cielo. El sol prodigaba sus oros más finos sobre cúpulas, azoteas y tejados. Pinos y palmeras, nogales y fresnos convivían, paradisiaca mescolanza, en los barrios residenciales. En los suburbios, el humo de las fábricas –“incienso del trabajo”– ascendía en morosos arabescos. Dos cerros grisáceos el de La Silla y el de La Mitra, empinados contrafuertes de la Sierra Madre, montaban la centinela en el abra estrecha del inmenso valle. La mirada se perdía ansiosa de horizonte, en la ocre vastedad de la estepa, ornada de tunas y guijarros. De súbito, vibrantes clarinadas quebraron el luminoso silencio. Pancho Zertuche, lírico impenitente, se había puesto a recitar uno de los poemas épicos de José Manuel Othón. Sonreí. Hubo de ocurrirme lo mismo cuando subí al teocalli de Cholula: los versos de José María Heredia afluyeron a mis labios como sonora miel acendrada en nostalgia.

La ciudad se abría a nuestras plantas como diáfano jardín de piedra. Verla así, en perspectiva de conjunto–extramuros como diría Artemio del Valle Arizpe– era la única dimensión que me faltaba para completar la imagen que de ella me había ido elaborando, subconscientemente, en mis peripatéticos asedios a sus avenidas, plazas, callejuelas y escondrijos. No me fue difícil, en verdad, arrancarle a Monterrey sus secretos. Difícil sí fue asomarme apenas al alma enigmática de la antigua Tenochtitlán, de Morelia, de Puebla, de San Luis Potosí. El misterio de Monterrey consiste, paradójicamente, en no tener ninguno.



No deja de sorprender, al pronto, que, formando parte de un pueblo en que el arcano suele ser el contenido inmediato de su conciencia individual y colectiva, carezca el neoleonés y, por ende, el regiomontano, de los repliegues, bardas y meandros psicológicos que configuran y caracterizan el tipo predominante en la meseta. La gente de Monterrey, como la de Veracruz, Tabasco y Campeche, no obstante sutil tristeza, es, por lo común, enteriza, locuaz y expansiva. Si la montaña inhibe, encaracola y confina, el desierto es como el mar: incita a uno a salirse de sí y a volcarse en el mundo. El único mexicano universal, hasta ahora conocido, lo engendró Monterrey. Ni que añadir tengo que me refiero a Alfonso Reyes. Universal no sólo porque la fama pregone su nombre *urbi et orbi*. Universal, sobre todo, por haberse espiritualmente enajenado, conservando intactas las raíces.

Vinieron a cuento, como era lógico, tradiciones, leyendas y hazañas de Monterrey. La mitología mexicana es tan rica, compleja y sugestiva como la griega. *Ilíadas* y *Odiseas* brotan, como surtidores policromados, de las flechas, plumas, ídolos y pirámides de la época precolombina. El virreinato, la independencia, el imperio, la reforma y la revolución, aún aguardan al Homero que las cante y transfigure. En las entrañas convulsas de la historia de México, raíz de su presente y sustancia de su futuro, se esconde un tesoro poético inagotable.

Nuevo León ocupa lugar señero en esa historia. Su colonización es un capítulo aparte de la egregia aventura española en México. Conquistar el territorio en que está enclavado Monterrey, fue proeza tan ardua, como la realizada, años antes, por Hernán Cortés. Avara y ruda era la naturaleza, extremo el clima, hostiles, desarraigados y ariscos los indios. Monterrey se fundó, y creció a contrapelo de su agrio contorno. Varias veces la destruyeron los elementos y los hombres; otras tantas, fue reconstruida. Se irguió en la independencia, dispersó a los invasores, levantó el estandarte de la reforma. Figuró en la vanguardia de la revolución. La puntería y el coraje de sus rifleros aún rueda por los corridos nortños.

Aquella voluntad indomable se dio un día a la erección de una morada clara, trepidante, liberal y próspera. Monterrey fue la coronación de ese empeño. Es hoy la segunda ciudad de la república, su primer centro ferro-



viario y su capital industrial. Aceros, vidrios, tejidos y lúpulos acreditan su genio técnico. Ha tenido gobernantes filósofos y filósofos gobernantes. La estructura social es de una elasticidad extraordinaria. No se advierten los tremendos contrastes económicos típicos de nuestra América, y, particularmente, de México. Los frutos del trabajo se distribuyen con sentido práctico de la justicia social. La libertad que predicán los conductores, la practican los ciudadanos. Se rinde culto a los valores del espíritu. El desarrollo cultural de Monterrey corre parejo con su desarrollo material. Allí, tal dijera Alfonso Reyes, Mercurio y Minerva han contraído matrimonio, como en los áureos y jugosos tiempos del humanismo renacentista.

“Monterrey –resumió Pancho Zertuche– es obra del temple, entusiasmo y capacidad de sus hijos”. Y, en tanto asentíamos, el crepúsculo empurpuraba el valle, los cerros se tornaban morados y se prendía el alumbrado.

Martí en Monterrey

JOSÉ MARTÍ ANHELÓ y quiso que su posteridad americana fuese beligerante función de esclarecimiento, fundación, guía y servicio. Como anheló y quiso, sobrevive el cubano impar en la conciencia de México. Es dable advertirlo, desde lejos, con sólo asomarse a la copiosa y excelente bibliografía que ha suscitado su proteica y subyugante personalidad. Pero cuando se va a México se verifica, cabalmente, el aserto. A poco que se indague, se descubrirá, que esa pasión por la letra arremolinada y llameante de Martí, tiene raíces muy hondas, y que la sustancia ideal de su pensamiento es fuente de normas y acciones en la tenaz porfía del pueblo mexicano por su albedrío, decoro y ascenso. Baste con decir que México conmemoró el centenario de su natalicio como si Martí fuera un héroe nacional. Ni más ni menos, que si se tratase de Cuauhtémoc, Hidalgo o Juárez. Nada podría serle, en verdad, más grato a sus manes.

Monterrey descolló, señeramente, en la celebración del fausto suceso. No se ciñó a loar las virtudes, cantar las hazañas, exaltar el genio y difundir el mensaje de aquel Nazareno que traía, con la estrella en la frente, la espada

en el brazo y la paloma en el corazón. Hizo más: esculpió, en piedra viva, el aliento inmarcesible de su espíritu. En la Avenida Madero, la más hermosa y moderna de la ciudad, se alza hoy un sobrio y elegante obelisco que perpetúa su memoria. A Francisco Mier Zertuche se debió la iniciativa, y al fuego que puso, la rápida culminación de la empresa. Tan sobria, como elocuente, es la dedicatoria grabada en la lápida: “A José Martí, Apóstol de la independencia de Cuba. El pueblo de Monterrey”. Su costo se sufragó, en buena medida, por espontánea contribución popular. Aportaron el resto la Universidad de Nuevo León, las logias masónicas y el gobernador del Estado. Fue un homenaje limpio, desde su raíz hasta el ápice. Nadie ignora eso en Monterrey. Pero es pertinente y saludable recordarlo en Cuba, donde muchos titulados martianos se han distribuido, a prorrata, pingües beneficios a cambio de sumarse a la “terrible procesión de culpables” que invoca y glorifica, farisai-camente, a Martí.

Las honras cívicas que auspició la Universidad de Nuevo León en el primer cumpleaños de José Martí jamás habremos de olvidarlas los que tuvimos el honor de compartirlas. La “semana martiana” –jornada plena de luz a la sombra de la Sierra Madre– fue iniciativa, también, de Pancho Zertuche y tuvo por teatro la sala de conferencias de la Escuela de Verano. Cuba estuvo representada por los profesores Juan B. Kouri y Felipe Martínez Arango, por el poeta Nicolás Guillén y por quien esto escribe. Andrés Iduarte ostentó, por derecho propio, la de México. Y el verbo de América –transido de amor, agonía y esperanza– lo encarnó Rómulo Gallegos. De corte boliviano y médula humanista fue su centelleante y jugosa arenga civil y, severamente martiana, su admonitoria divisa: “No prostituyas tu dignidad intelectual”. Andrés Iduarte habló del americanismo de Martí, Juan B. Kouri de la libertad mental en Martí, Felipe Martínez Arango de la estatura humana de Martí, Nicolás Guillén recitó sus poemas más representativos, y yo hablé sobre Martí en México y de México en Martí.

No concurriríamos los cubanos, desde luego, ni tampoco Rómulo Gallegos, a la inauguración oficial del obelisco. Nuestra presencia era moralmente incompatible con la de quien representaba a un régimen que, de vivir José Martí, lo hubiera amordazado y perseguido. La decisión adoptada fue com-



prendida y justificada por nuestros amigos regiomontanos. Incluso fue objeto de encomios. Horas después, y acompañados de Pancho Zertuche, Andrés Iduarte, Alfonso Reyes Aurrecoechea, Guillermo Cerda, Alfonso Rangel Guerra, Tomás Garza Salinas, David Martell y José María Luján, depositamos ofrendas florales con los colores de México, Venezuela y Cuba, y rendimos silencioso tributo al “último santo de la libertad”.

Esta vez serví yo de cicerone a Rómulo Gallegos y a los familiares y amigos que habían ido con nosotros, entre éstos Luis Casero y Fernando Flores. La temperatura era tórrida. Bufando y sudando, a despecho de la fresca indumentaria tropical, deambulamos por avenidas, calles y plazas y visitamos edificios públicos, fábricas y templos. La recién edificada iglesia de La Purísima, cuya primitiva construcción se atribuye a un milagro referido con picaresco desenfado por fray Servando Teresa de Mier, nos produjo singular desconcierto por la audaz estructura cubista de su base y la anacrónica belleza de su torre medieval. Las noches fueron prodigiosamente claras y, más de una vez, las disfrutamos hasta el alba en bulliciosa plática. Ni que añadir tengo que, a la efusiva cordialidad regiomontana, se sumó su proverbial esplendidez. Fuimos materialmente abrumados a agasajos, excursiones y comidas. Los más finos lúpulos de la región rociaron, con generosa abundancia, los sabrosos platos norteños y las fantásticas salsas de guacamole.

De esa estancia mía en Monterrey surgió el propósito de iniciar relaciones de intercambio entre la Universidad de Nuevo León y la nuestra. Escribí yo en seguida al Rector, doctor Clemente Inclán, y, pocas semanas más tarde, recibían sendas invitaciones para dar un ciclo de conferencias en la Escuela de Verano, los profesores Francisco Mier Zertuche, Fidencio de la Fuente y Alfonso Reyes Aurrecoechea. Con gozo profundo los despedí yo en el aeropuerto de México; con mayor gozo, aún, escucharía sus cálidas alabanzas de mi isla distante. Cuba se metió en ellos, y ellos en Cuba, con la misma facilidad con que yo me metí en Monterrey y Monterrey en mí. Ahí está la simiente. Y es deber ineludible, de ambas partes, impedir que se agoste por falta de abono y riego.

En la lección inaugural de su cursillo sobre letras coloniales mexicanas en la Universidad de la Habana, Francisco Mier Zertuche pronunció férvidas y



significativas palabras de salutación. Yo quiero recogerlas ahora, como fiel testimonio de su nobleza de espíritu, calidad de escritor y enjundia humana:

“Al trasponer los luminosos umbrales de la prócer y secular Universidad de la Habana, me ha envuelto la unciosa impresión de que llevo largos años conviviendo dentro de sus ilustres muros, alentado por el aire siempre en renuevo de sus clásicas tradiciones, en las que la brega por el bien común y el sacerdocio de las letras es su desiderátum más esclarecido. Me avengo a la fácil y cariciosa ilusión de que estoy en la casa antañona donde me enseñaron el insuperable ejercicio de pensar; me son familiares las voces graves y sapientes de sus maestros y la constante irrupción de la camaradería estudiantil, que garla y trasiega por auditorios, aulas, laboratorios y prados, en una inquieta ebullición, reflejo de la sana y jocunda alegría de la tierra antillana. Sobre sus muros y patios y en la felpa de sus tersos jardines, cae el sol que hace amable la vida e invita al laboreo de los negocios del espíritu y a las más sentidas empresas de libertad. Es el mismo que alumbró en la manigua, allá por mayo de 1895, en cuya fecha un universitario de sangre sidérea cayó profesando su última cátedra, luminosa e impar. La ficción que me avasalla no es sino la identidad singular coexistente en el hombre de Cuba y en el hombre de México”.

Este martiano de pura cepa se nos ha ido en la granada madurez de su vida y de su obra. Estaba encinta de nuevos quehaceres y de nuevos proyectos cuando, súbitamente, dejó de existir. La juventud ha perdido a un maestro genuino, la Universidad de Nuevo León a su adalid más esforzado, México a un hijo ejemplar y nuestra América a un milite insobornable. Yo he perdido a un gran amigo, a un fraternal amigo, que fue y será siempre mi “cuate” de Monterrey.

Actitud y altitud de Alfonso Reyes

EN ESTOS DÍAS celebrará Alfonso Reyes sus bodas de oro con las letras. Escribir ha sido su vocación, oficio y destino. Niño aún empezó a sembrar de misteriosos signos cuanto papel le caía a mano. Abrió su diario al despuntarle

la adolescencia. Eso fue allá por 1900. ¿Qué podría anotar, a esa edad, que tuviera relevancia? Apenas los sucesos trascendentales de su intrascendente vivir: “Y hoy tomé café con leche con bastante pan y mantequilla”. El 28 de noviembre de 1905 alumbró en letra impresa su premonitorio ejercicio: tres bruñidos sonetos inspirados en un grupo escultórico de Cordier. “Yo –dirá luego– comencé escribiendo versos, y me propongo continuar escribiéndolos hasta el fin; según va la vida, al paso del alma, sin volver los ojos”. Si su primer libro vio la luz en 1911, seis años antes se había ya desposado con la pluma, aún la lleva en ristre y jamás la rendirá hasta que los hados se la arrebatan. Y para esa pluma implume parece haber esculpido esta palabra Cide Hamette: “Para mí sola nació, y yo para ella; ella supo obrar y yo escribir; sólo dos somos para el uno.”

Alfonso Reyes ha pasado ya por dos estaciones ubérrimas y está ancorado en la tercera con el huerto en sazón y el granero repleto. Desde el *teocalli* de sus libros, cien cuando menos, nos contempla hoy –frágil corazón encinta de primavera– esa ancianidad lozana, jovial y resplandeciente que trasmina juventud en perenne renuevo. Yo le sorprendí una vez como nos está ahora mirando desde su oratorio: en grato convivio con sus simpatías y sus diferencias, sus incunables y sus papeles, sus memorias y sus esperanzas; y, a sus pies, entre tezontles y mármoles, y sobre deslumbrante sarape, la capa madrileña, el bastón de mariscal y el casco de emperador azteca.

De sus trabajos y sus días surgió esa obra copiosa, proteica y unívoca en la que se reclina a dormir la siesta con la mente insomne. Laboreo tenaz, temática innumerable, horizonte creciente: haciendo esa obra se hizo a sí mismo cabal hombre de letras. Pero si el aliento es cósmico y ecuménica la perspectiva, la solera es mexicana, el abono mestizo y criolla la uva. Vano fuera buscar en bodegas ultramarinas el leve-inconfundible-matiz de su vino. Español por la lengua en que se vierte y expresa con personales acentos, primores y luces, su sensibilidad es americana. En esa levedad del matiz está, precisamente, el secreto de su emancipación espiritual y de su soberanía literaria. “Advierto desde que piso tierra de España –observaría– que se apodera de mi mente un esfuerzo de traducción. ¡Y yo soy discípulo de las disciplinas lingüísticas del siglo de oro! ¡Cuánto mayor no será el esfuerzo para cualquier

hijo, plenamente dialectal, de mi pueblo!” Y agrega: “Me ocurre pensar que esta desviación dialectal puede servirnos de índice para ir construyendo una teoría de nuestra sensibilidad diferente, americana, y hasta –en mi caso– mexicana”. Pero sobre su mexicanidad universal y su universal mexicanismo volveré más adelante.

¿Poeta o ensayista? Ni uno ni otro: ambos. De aquí que por el verso le conozcáis la prosa y por la prosa el verso. La unidad de estilo, pensamiento y mensaje es perfecta en Alfonso Reyes. ¿Sabio? Sin duda, y mucho más que el Alfonso de las Siete Partidas. De su sabiduría podría decirse lo que Goethe de la de Humboldt: “Parece una fuente con muchos años; corre inconteniblemente, y no necesitamos más que poner debajo una vasija”. De su plática salí yo una vez empapado de pies a cabeza: chorro fecundante en irisado despliegue de abanico. Cada varilla, una faceta: el poeta, el crítico, el filósofo, el erudito, el memorialista, el *gourmet*, el historiador, el geógrafo, el sociólogo, el filósofo; y, no obstante su cromática polifonía, limpia y fúlgida el agua del surtidor. Todos los Alfonso Reyes en un solo Alfonso Reyes.

Dejo a otros la seductora aventura de explorar los ricos veneros al arcano hontanar y el arduo empeño –nigromancia y alquimia– de destilar el agua múltiple en concentrados pomos de esencias. Yo simplemente voy a referir, con obligados apremios, la historia de una vocación consciente de sus deberes y responsabilidades. Al cabo, si bien se calibra, lo que más debe importar en un escritor es que oficio y conducta, letra y espíritu, sean uno y lo mismo.

Si hay escritores en los que el pensamiento y la existencia van por caminos distintos, y, a veces, contrapuestos, los hay, asimismo, en que la existencia prostituye el pensamiento y éste corrompe hasta lo más puro que roza. Vida y obra –pensamiento y existencia– se adunan, ejemplarmente, en Alfonso Reyes. Este los trasunta y se trasuntan en éste. No cabe, pues, en su caso, prescindir del hombre: parentalía, formación, acarreo, rutas, actitud, altitud. Ni tampoco de la obra, expresión del hombre, de su vida. “El arte de la expresión –ya él mismo lo dijo– no me apareció como un oficio retórico, independiente de la conducta, sino como un medio para realizar plenamente el sentido humano”. Ni Julien Benda ni Archibald McLeish podrían llamarlo al orden: su vocación literaria es compromiso ético y forma la más alta de vivir.



No es difícil seguir la trayectoria vital y literaria de Alfonso Reyes. Ya se encargó él de hacer el inventario de aquella y de esclarecer sus experiencias. Manía de bojearse a sí propio, aducen algunos. Vanidad incoercible, refunfuñan otros. Ni vanidad ni manía: cosa de aseo y apetito de historia. En Monterrey, la más dinámica y laboriosa ciudad de México –milagro arrancado al desierto a puro coraje y ahincado esfuerzo– nació Alfonso Reyes, el 17 de mayo de 1889. Su niñez discurrió a la sombra del cerro de La Silla, punto de arranque, según propia confesión, de toda su geografía y base de sus andanzas por el mundo.

Noveno vástago de doce hermanos, fueron sus padres Bernardo Reyes, militar, político y escritor –“varón sin lágrimas”– y Aurelia Ochoa, mujer sensitiva y entera, “capaz de seguir a su Campeador por las batallas, o de recogerlo ella misma en los hospitales de sangre”. Oriundos de Jalisco, donde nadie pierde ni se raja, soldado y soldadera fueron también custodios celosos de la prole y esposos modelos. El General Reyes manejaba con pareja soltura el sable y la péñola. Su afición a las letras y artes lo impulsó a difundirlas y protegerlas. Julián Carrillo, creador del sonido 13, y Juventino Rosas, autor del vals “Sobre las Olas”, le debieron apoyo y estímulo en los inicios de su carrera. Enamorado de la repujada prosa y del tónico idealismo de José Enrique Rodó, editó su sermón laico a la juventud hispanoamericana. Fue amigo de Rubén Darío, de Porfirio Barba Jacob y de Manuel José Othón. A este extravagante potosino y errabundo poeta le confió el padrinazgo literario de Alfonso. Pero, de súbito, el general Reyes se ceñía las espuelas y partía al galope, con Rodó en el arzón, ávido de proezas. Durante varios años fue aquel un hogar a caballo, bajo el ala rutilante de Ariel. No olvidaría Alfonso Reyes este singular connubio de armas y letras y, más de una vez, se enorgullecerá melancólicamente, al cotejarlo con su frecuente divorcio en nuestra América.

De su padre –“alegría torrencial, vitalidad gozosa de héroe que juega con la tormenta”– heredó Alfonso Reyes cuanto hay en él de Juan que ríe; y de la madre –don de lágrimas sofrenado por la lucidez y la zumba– el Juan que-llo-rra y “cierta delectación morosa en la tristeza”. Pero en esa herencia se cruzaron apolíneos influjos y dionisiacos ancestros: “Castas, naciones, sangres y humores”. Obra y actitud le delatan la mixtura: “¡Oh dioses! –exclama–.



¿Tanta revoltura de atavismos será posible? Como si no fuera ya bastante que este pagano del Mediterráneo por afición se sienta asiático de repente, se le añadieron condimentos de Reyes, andaluces y manchegos, y de Ochoas, navarros, extremos y centro de Iberia; se arrojaron juntos en el crisol de la sustancia hispánica y la indígena americana, para que allá dentro sigan libando batallas Cortés y Cuauhtémoc, a la hora del insomnio (porque, dice el epigramatario, en México lo Cortés no quita lo Cuauhtémoc); se mezclaron salpimientas de Francia y del Pays Basque; y, en fin, las hogazas de Gerona, que por allí vinculo yo el nombre de Ogazón”. De esa confusión de naciones, sangres, castas, humores y aliños salió indemne por haberla aceptado como dato previo y la redimió por la cultura y el verbo, abarcadores de orbes a partir de los orígenes. No en balde sentenció Unamuno que, por ser muy de la Mancha, pudo ser Don Quijote universal.

De los azares de la guerra y de los rigores del cuartel, el general Reyes saltó al cargo de gobernador del estado de Nuevo León. Con puño suave, energía creadora y honradez acrisolada lo rigió durante algunos años, promoviendo su adelanto en todos los órdenes. En las postrimerías de su gobierno fue nombrado secretario de Guerra y Marina, trasladándose a la capital con toda la familia. Once años ha cumplido ya Alfonso. El aire sutil de la meseta –la región más transparente del aire– le afinó el aliento y la nitidez de la atmósfera le abrigó las quimeras. Concluyó sus estudios primarios y efectuó examen de admisión a la Escuela Nacional Preparatoria. Tejió rimas a hurtadillas e inició su diario. Departió, a menudo, con el padre y muchas veces las del alba serían cuando abandonaba la lectura. Pero el general se cansó pronto del despótico estilo y del altanero talante de Porfirio Díaz y la familia retornó a Monterrey. En el Colegio Civil del Estado cursó el mozalbate año y medio de bachillerato.

En 1905, concluido ya su mandato y en abierto disenso con el dictador, a quien llegaría a discutirle la presidencia, el general Reyes se instaló en México. Años decisivos serán éstos para la formación del escritor y del hombre, que maduran en la vigilia, el estudio, la revolución y la tragedia. Cuando Alfonso Reyes traspuso el vetusto portón de la Escuela Nacional Preparatoria se topó en el patio con José Vasconcelos, Julio Torri, Martín Luis Guzmán,

Carlos González Peña, Alfonso Cravioto, Jesús T. Acevedo, Alejandro Quijano, Genaro Fernández Mac Gregor, Luis Castillo Ledón y Ricardo Gómez Robledo. Aquella hornada de mozos provenía de todo el país y como a una cita inexorable con la patria. Se encontraron sin buscarse: la agonía de México los juntó. La imponente estructura del porfiriato comenzaba a agrietarse. El subsuelo hervía de miserias, afrentas, ansias y cóleras. Soplaban aires extraños. No eran vientos de fronda: eran vientos de pueblo decidido a rebelarse.

Cierto es que aquellos jóvenes preferían, por educación y temperamento, la pugna de ideas en el ágora al zafarrancho en las serranías. Salvo José Vasconcelos y Martín Luis Guzmán, ninguno era hombre de acción. Pero todos se enfrentaron al pasado y pusieron el hombro para acelerar el desplome. Se aprovecharían del silencio de la paz porfiriana para templar los aceros espirituales que cruzarían invictamente con los espadones enmohecidos de los “científicos”. No eran milites de ninguna organización política; más, tenían ostensibles puntos de contactos con el partido antirreleccionista y con el partido liberal. “Formaron –puntualiza José Alvarado” –un grupo de conspiradores y combatientes contra los cuarteles culturales del porfirismo y fueron uno de tantos batallones de la revolución”. Pero eso fue sólo parte de su quehacer. La generación del centenario echaría, también, las bases de la futura Facultad de Filosofía y Letras y los cimientos de la cultura contemporánea de México.

El Benjamín de esa generación era Alfonso Reyes. Luis G. Urbina y Enrique González Martínez, los hermanos mayores, y Justo Sierra, Antonio Caso y Pedro Henríquez Ureña, los maestros. La prócer constelación se agrupó primero en torno a la revista *Savia Moderna*, levantó tribuna propia en el Ateneo de la Juventud y fundó más tarde la Universidad Popular, “escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros”. Austeridad, disciplina y perseverancia en el trabajo intelectual eran los timbres morales de aquella generación; y patriotismo escarmentado y curiosidad insaciable –nacionalismo y universalismo– las notas más acusadas de su actividad espiritual. El afán por el conocimiento de México y de la cultura hispanoamericana ocupó el primer plano de sus preocupaciones; y, a seguidas, con el amor a Grecia en algunos –particularmente en Alfonso Reyes– el interés “por la

literatura clásica española, por las letras inglesas y francesas antiguas y modernas, por las últimas corrientes del pensamiento, por los nuevos métodos críticos, filosóficos y literarios y por la integración de la disciplina cultivada en el cuadro general de las disciplinas del espíritu”.

En diciembre de 1910, todavía en las calles los arcos triunfales erigidos por la dictadura para conmemorar el centenario de la independencia, se desbordó la disconformidad represada y México entró en revolución. Se derrumbaron ídolos, instituciones, valores, jerarquías y símbolos. Todo un orden social cayó verticalmente. Fue tan vasta y profunda la conmoción que la torrenciosa revolucionaria se salió de madre, expendiéndose con caótico ímpetu. El empeño original pareció atomizarse y cundió la confusión. Caudillos militares y caudillos civiles se disputaron en campos y ciudades la jefatura de la insurgencia. Los que ayer peleaban juntos, ahora se exterminaban sin miramientos. El río revuelto proporcionó ganancias a los demagogos y barro a los filisteos. Aquéllos atizaron pasiones y discrepancias; éstos declararon guerra sin cuartel al espíritu. Tembloroso de ira, lo rememoraría Alfonso Reyes: “¿Universidad, Altos Estudios, Facultades, Doctorados? ¿Traje de frac para un pueblo que anda descalzo? No, la cultura es aristocracia. ¡Abajo la cultura! Por respeto a los pies –nueva fábula de Menenio Agripa– querían cercenarnos la cabeza”. Pero la torrenciosa revolucionaria volverá al cabo a su cauce y proseguirá su curso hasta imprimirle a México el vigoroso y estable perfil que hoy exhibe a la vera de sus volcanes amodorrados.

En 1911 se casó Alfonso Reyes; en 1912 nació su primer y único hijo. Ya era abogado y profesor de lengua y literatura española en la Escuela de Altos Estudios cuando, en el mismo año de sus esponsales, se estrenó como autor con su libro *Cuestiones estéticas*, encomiásticamente prologado por Francisco García Calderón e impreso en París. Suscitó en unos asombro: “Sorpresa de la prematurez”. En otros, resentimiento: “Este Henríquez Ureña, con sus consejos, nos ha matado en flor un poeta.”

Por su vuelo y calado, *Cuestiones estéticas* era un libro adulto; y, por su contenido, un semillero de logros y perspectivas. En sus páginas aflora la preocupación mexicana y están ya en germen los derroteros cardinales de la obra posterior de Alfonso Reyes: clásicos griegos y españoles, teoría literaria y

filosofía de la cultura, ensayo y narrativa, crítica y didáctica, filología y dramática, Goethe y Mallarmé. Eso explica la inusitada acogida que mereció en Europa y México y la significación miliar que reviste en la historia de su vocación: se adivina ya en proceso de cuajo la conciencia del oficio.

No le fue dable a Alfonso Reyes saborear las mieles de su primer triunfo literario. A poco muere de peritonitis. Vinieron “luego luego” días amargos, duros, sombríos, terribles. En vez de Platón en la cabecera de la cama, un 30-30 debajo de la almohada, listo para defender la vida. Si de la venganza de don Porfirio había podido escapar el general Bernardo Reyes, no lograría evadir, en cambio, la vendetta revolucionaria. El 9 de febrero murió, con las botas puestas, frente al Palacio Nacional.

Conturbado y dolido, Alfonso Reyes resolvió poner tierra y mar por medio y embarcó rumbo a Europa como segundo secretario de la legación en París, “nombramiento –apunta– con su poquillo de destierro honorable”. El impacto psicológico del drama ensombrecerá, a veces, sus versos y sus prosas. Nunca, sin embargo, pondría su amargura ni su conciencia al servicio del porfirismo sobreviviente. Se sobrepuso a su desgracia y, en imperecedera lección, permaneció fiel al ideal revolucionario.

El mar. Europa. París. “Mi imagen de París, con la moda de aquellos días –anota en uno de sus ensayos– es cubista. Cierro los ojos y miro un París fragmentario, disperso en diminutos planos que no encajan unos a otros, como dividido y entrevisto por las cuatro patas de la torre Eiffel”. La pupila de Alfonso Reyes se dilató súbitamente hasta los confines del mundo. En París vislumbra un futuro cargado de promesas y de realizaciones. Pero la legación fue disuelta al asumir la presidencia Venustiano Carranza y quedó fuera del servicio diplomático.

Estalló la guerra. Traspuso los Pirineos y se radicó en Madrid. Allí vivirá hasta 1924. Época fue ésta esencialmente integradora: su sensibilidad, estilo, persona y saber alcanzarán plenitud de madurez. Universalizó su pensamiento, acendró su españolismo, afirmó su americanidad, redescubrió a México y alquitaró su mexicanismo en el alambique de la nostalgia. Afrontó estrecheces y privaciones, sin empeñar su capa madrileña. En el Centro de Estudios Históricos, y bajo el magisterio de Ramón Menéndez Pidal, adqui-

rió, junto a Federico de Onís, Américo Castro y Tomás Navarro Tomás, las más finas y eficaces técnicas de investigación filológica y literaria. Colaboró en el diario *El sol* y en la revista *España*, que dirigía José Ortega Gasset. Fue el pionero de la crítica cinematográfica en nuestra lengua. Sus versos, artículos y ensayos le granjearon amigos y ensancharon su nombre. Azorín, Eugenio D'Ors, Juan Ramón Jiménez y Ramón María del Valle Inclán lo frecuentaban. Antonio Machado, Unamuno y Ortega Gasset lo distinguían. José Moreno Villa y Enrique Diez-Canedo compartieron fraternalmente sus ilusiones y sus agobios. Frecuentó el Ateneo. Era su secretario Manuel Azaña. Anudaron honda y perdurable amistad. De la estima que le tuvo como escritor da exacta medida este dictamen: "Pertenece a la gran familia de Quevedo". No fue menor el aprecio que le mereció el político: "Brava lección moral en que el hombre se levanta sobre los destinos mortales y se adelanta al juicio de la historia, dictándole de antemano la sentencia."

En ese largo interregno publicó un rimerero, *Huellas*, varios libros de ensayos, *El suicida*, *Cartones de Madrid*, *El Cazador*, *Simpatías y Diferencias*, un fresco reverberante. *Visión de Anáhuac* y una tragedia, *Ifigenia Cruel*, que "no es evocación del pasado o del ambiente geográfico, sino mitología del presente y descarga de un sufrimiento personal".

En 1924 regresó a México por unos meses. Sus treinta y cinco años de edad eran cifra de una vocación desvelada, de una conciencia alerta, de una sensibilidad exquisita y de un pensamiento cuajado. De sus compañeros de promoción —la mayoría dispersos y algunos a la greña— sólo él ha llevado "al máximo de sus posibilidades y a su mayor esplendor el espíritu del Ateneo".

En ese mismo año inauguró, propiamente, el ciclo diplomático de su vida. Otra vez París. Nunca tuvo México personero tan empuinado y celoso de su soberanía, dignidad y cultura. Era la suya "una diplomacia nueva y viva. En busca, como él dice, de la respiración internacional de México". Pero el diplomático no extravió, ni amputó, ni venció al escritor. Este siguió leal a sí mismo y laboró sin tregua. Su capacidad creadora adquirió ritmo vertiginoso. Versos, ensayos, libros irán hacinándose en las gavetas hasta rebosarlas.

Trasladado en 1930 a Brasil, irá luego, en comisión de servicio, a Argentina, Uruguay y Chile. Continuó acopiando cuartillas. Su imagen de América,



presagio y utopía de sus más caros anhelos –enriquecida por la experiencia y la meditación– se redondeó en esta etapa final de su ciclo diplomático, que se cierra en 1939. En ese tiempo se agudizó también, depurándose, su pasión por España: tampoco lo Cuauhtémoc quita lo Cortés. Y, cuando la república española fue traicionada por Franco e invadida la península por los condottieros de Hitler y Mussolini, el escritor y el hombre suplantaron al diplomático y definieron caramente su posición junto al pueblo, que pueblo siempre se sintió Alfonso Reyes, “Pueblo me soy” –ha escrito.

La reintegración de Alfonso Reyes a México culmina su vida y corona su obra: siembra y vendimia en prodigioso laboreo y óptima recolecta. Dará a las prensas los libros acumulados y los nuevos libros, que brotan densos de ideas y aligeros de forma, sus libros grandes y sus grandes libros: *Ultima Tule*, *La crítica en la Edad Ateniese*, *La Antigua Retórica*, *Junta de Sombras*, *La Experiencia Literaria*, *El deslinde*. Se inicia la plenitud de plenitudes que ahora vive: la época serena y pródiga de la capilla alfonsina, en la que nunca se pone el sol.

“Al acercarnos a Alfonso Reyes –afirma Raimundo Lazo– estamos ante un caso de concurrencia de notas excepcionales, pluralidad excepcional de aptitudes y realizaciones, de dimensiones y realizaciones, de dimensiones y calidades, de valores y enseñanzas. En él se entrelazan y complementan el concepto y la imagen, la intuición fresca y gozosa, iluminadora de la vida, animadora del Hombre y del artista, y la aventura intrépida del pensamiento, señorialmente dominador de la circunstancia”. “La universalidad de Alfonso Reyes –postula Jorge Mañach– es el signo más señero de su eminencia”. Ya había escrito Federico de Onís, al insurgir en la vida literaria española el egregio escritor neoleonés: “Americano, europeo y universal”. En las citas que acabo de transcribir se plantea, en sus genuinos términos, el problema literario y humano de Alfonso Reyes, el problema de su mexicanidad universal y de su universal mexicanismo, el problema de su vocación, oficio y conciencia.

Alfonso Reyes es, sin duda, el más completo hombre de letras que ha dado México hasta ahora. No sé, empero, si, por comedimiento, me quedo corto en el juicio. ¡Por qué —me pregunto– confinarlo a México? ¿Acaso hay en su tipo quien le resista el parangón en nuestra América? Véase que lo subra-



yo: en su tipo. Ni tampoco olvido que Martí, Sarmiento y Darío le aventajan en genio. Cabría acaso el paralelismo con Martí, completo hombre de letras doblado de apóstol. Pero incluso Martí encarna otro tipo. Alfonso Reyes, digámoslo ya, es nuestro humanista moderno. Flecha viajera, clava su impronta en todas partes y de todas partes recibe, asimila y trasfunde tradiciones y novedades que metaboliza su sensibilidad mexicana, americana. Curiosidad, ubicuidad, receptividad, expresividad: sólo ignora lo que le es ajeno y lo que sabe lo recrea. No almacena: reelabora y difunde. Y, asimismo, como Goethe, crea y elabora: inventa. Es clásico y moderno.

Esa universal curiosidad y ese enciclopédico saber le han permitido cultivar todos los géneros y obtener proficuo rendimiento. Se ha ganado en algunos el bastón de mariscal: en la poesía, en el ensayo, en la teoría literaria.

Si parva en contraste con la selva radiante y melódica de su prosa, la poesía de Alfonso Reyes es de las más cernidas, delicadas y hechas de la literatura hispanoamericana. Sus esmeros y deliquios traducen, como en ningún otro género, la lealtad a la vocación y la conciencia del oficio. Es poesía vivida y revivida la que fluye por sus versos: hermética y popular, inefable y coloquial, esencial y contingente, recatada y cantarina. Es parte consustancial de su espíritu y de su obra, y la ilumina toda y preña de sentido.

En el ensayo, ese peculiar género literario en que las inteligencias plásticas se mueven a sus anchas, Alfonso Reyes sólo tiene un par en lengua española: Ortega Gasset. Lo ha transitado en todas sus formas y direcciones y ha descubierto todos sus secretos: léase *Visión de Anáhuac*, *Las vísperas de España*, *Pasado Inmediato* y *Trayectoria de Goethe*. Y, como estilista, ya lo señaló José Luis Martínez, domina todos los registros, todos los matices, todas las galas y todos los rigores. Su abundancia es lúcida, y sujeta a norma, sobriedad y limpieza. “Cuanto tema toca Alfonso Reyes con su pluma –concluye el crítico mencionado– diríase que le devolviera su yacente riqueza y nos lo entregara pulido y animado, organizado como una unidad sinfónica, caprichosa y sabia en su capricho, movible y sosegada”.

Aportaciones fundamentales ha hecho Alfonso Reyes a la teoría literaria. *La crítica en la Edad Ateniense* y *La Antigua Retórica* constituyen un buído examen de la contribución de la antigüedad al problema de la filosofía y de la

ciencia del fenómeno literario y es la clave de bóveda de ulteriores indagaciones y análisis que van a nutrir *La Experiencia Literaria*, libro que ya anuncia *El Deslinde*, su obra más ambiciosa, compleja y esclarecedora. No hay que dejarse engañar por el subtítulo de ésta: “Prolegómenos a la teoría literaria”. *El Deslinde* es todo un tratado de la descriptiva literaria: armado del método fenomenológico Alfonso Reyes asedia y rinde al fenómeno literario y precisa su esfera óptica, sus atributos formales, sus funciones, sus categorías y las disciplinas conexas, desentrañando “los problemas internos y la complicada estructura existente bajo el obvio designio de literatura”. En esta obra monumental. Alfonso Reyes se ofrece a sí mismo en la experiencia de su vida y en el fruto entrañable de su pensamiento; es la obra en que la vocación, el oficio y la conciencia se funden en la gracia, sabiduría y acuidad de un espíritu generosamente derramado. “Cuánto me hubiera gustado asistir al asombro que hubiese producido en Aristóteles –escribe Warner Jaeger, el más reputado helenista contemporáneo– la lectura de *El Deslinde*”.

Mexicano, americano, universal, y, por universal, americano, mexicano. Pero “mucho muy mexicano” como se dice en su solar nativo. Sin embargo, se le ha reprochado, más de una vez, que su obra es ajena al espíritu de México y a su realidad cultural y social. Es ésta la peor censura que puede hacerse a Alfonso Reyes. Se amotina contra ella.

Razón le sobra. “Para bien o para mal –ha escrito recientemente– yo pertenezco a la literatura mexicana”. Pero muchos años antes había escrito: “Yo sueño en emprender una serie de ensayos que habrían de desarrollarse bajo esta divisa: en busca del alma nacional. *La Visión de Anáhuac* puede considerarse como el primer capítulo de esta obra, en la que yo procuraré extraer e interpretar la moraleja de nuestra terrible fábula histórica, buscar el pulso de la patria, en todos los momentos y en todos los hombres en que parece haberse intensificado, pedir a la brutalidad de los hechos un sentido espiritual, descubrir la misión del hombre mexicano en la tierra, interrogarlo pertinazmente en todos los fantasmas y las piedras de nuestras tumbas y de nuestros monumentos”. Y, cuando Héctor Pérez Martínez, le imputó a tenor de sus *Notas a Góngora* y de sus buceos en *El cementerio marino* de Paúl Valery, “evidente desvinculación de México”, Alfonso Reyes se apresuró a aclarar lo



que no pasaba de ser una leyenda o un equívoco. “Quien tuviera la paciencia de leer –le arguyó– los libros que he publicado en estos veinte años fácilmente se convencerá de que no hay uno solo en que no aparezcan el recuerdo, la preocupación o la discusión directa del tema mexicano. Si el ejemplo de mi vida significara una desvinculación internacional –como lo afirman las palabras de interpretación que contesto, que sin duda fueron escritas por ignorar el daño que hacen y lo injustas que resultan para el centinela mexicano destacado en tierras distantes, entonces yo quiero que desaparezcan de mi lado las más caras conquistas de serenidad y alegría que hasta ahora puede arrebatarme al destino. Habían de ser los míos quienes me escatimaran la satisfacción que todos los extraños hasta ahora me han concedido: la de reconocer que vivo por y para servicio de mi tierra hasta donde me alcancen los alientos”. Y ya, más a fondo: “¿De modo que por ser mexicano tengo que desentenderme de los demás? Al contrario: a México le conviene que su voz se oiga en todas partes”. Pero no hace falta que aduzca, en su defensa, el testimonio de sus actividades literarias y de su obra escrita: ahí está él –voz universal de México–orgullosa de ser regiomontana, mexicana de abajo arriba, depositaria de su estirpe y fiadora de México ante el mundo y por el mundo con su casco de emperador azteca. Ningún encomio literario podría compensarle de que le arrebatan la virtud de ser mexicano. Y, con afilada percepción de los dramáticos tiempos que nos han venido encima, y de las viejas y nuevas codicias que se ciernen amenazadoras, agravando nuestro calvario, colofona su réplica con esta severa e incitadora advertencia: “Cuiden de otra cosa los hijos de las naciones que ya están de vuelta en la historia. Para nosotros, la nación es todavía un hecho patético, y por eso nos debemos a ella. En el vasto deber humano, nos ha incumbido una porción que todavía va a darnos mucho que hacer. Yo diría, trocando la frase de Martí, que Hidalgo no se quita todavía las botas de campaña.”

Ese beligerante sentido de nación y destino traspasa su doctrina americana, ancho cuenco en que confluyen los problemas, agonías y afanes del continente, vistos desde su raíz y en su floración humana. Alfonso Reyes recoge y renueva la tradición de Alberdi, Sarmiento, Martí, Hostos, Sierra, Varona y Rodó. Elucida, sugiere y convoca: la estatura de América alcanzará su ápice



cuando adquiriera efectiva conciencia de sí misma y su cultura se haga inteligible para las demás culturas. América, nuestra América, sigue siendo “la última Tule, límite de la esperanza”.

Altitud intelectual y actitud ética se funden y confunden en Alfonso Reyes. No hay desniveles ni fisuras entre el escritor y el hombre. Su palabra es conducta y su pensamiento es acción. Pero no olvida que la palabra puede servir de vehículo a la superstición, a la doblez, a la mentira y a la opresión. La más alta incumbencia del escritor es justamente impedir que la palabra se dedique a oficios espurios y demandar que se administre como sacramento de redención humana. “No importa lo que en la fórmula lingüística se dice –previene– sino lo que se hace con ella: ¿se propaga la muerte, o se propaga la vida? ¿Se procura la libre felicidad de los hombres, o se les reduce a la triste condición de las bestias?” Y exhorta a los escritores a que cumplan el deber que les impone su calidad de tales: “Maestros definidores, caballeros de la palabra, templada cada día en la verdad”. En haberlo siempre cumplido estriba la grandeza humana de la obra literaria de Alfonso Reyes.

Suele ya verse, muy de tarde en tarde, a don Alfonso deambulando por la avenida Juárez. No asiste a tertulias, ni a banquetes, ni a saraos. Sus disertaciones en el Colegio Nacional, verdaderos lujos del espíritu, se espacian cada vez más. La vida corre y hay que aprovecharla. Se percató de ello en su juventud y lo dejó hincado: “Voy de prisa. La noche me aguarda y está inquieta”. De ahí la generosa avaricia con que distribuye su tiempo. La mayor parte de la noche y casi todo el día lo pasa en su biblioteca, empollando ideas y decantando vivencias. De ese fecundo y tenso apartamiento han brotado los más pulposos frutos de su mente.

Durante mi destierro en México, tuve la fortuna de encontrármelo una noche en la Feria del Libro. Había yo entrado en la caseta de Nuevo León a saludar a un excelente amigo regiomontano –que también lleva su nombre y su apellido –cuando irrumpió Alfonso Reyes con sus ojillos chispeantes, su ágil papada y su rechoncha humanidad pintorescamente tocada con una boina vasca. Los que allí estábamos lo saludamos efusivamente y le pusimos cerco. Si Alfonso Reyes es un monarca de la pluma, es también un señor de la palabra: sólo que se limita a subyugar a puro ingenio y sapiencia. Su insólita



presencia en aquel feérico mercado de revuelta literatura se explicaba por sí misma. Si bien ningún apetito podían ya despertar en él —de vuelta de todas las tentaciones y de todos los sibaritismos de la sensualidad intelectual —los confites y enchiladas al por mayor que desbordaban los vistosos escaparates, aquella caseta de Nuevo León era, en cambio, como una prolongación de su propia vida y de su propia obra y sólo a estar un rato en ella había venido. De Monterrey, su cuna, vivía él ufano y siempre ensalzándolo y allí estaban sus libros reunidos como trofeos y presidiéndolo todo su bonachona efigie, iluminada de candores e ironías. “Alfonso Reyes, mexicano universal” —rezaba una inscripción en la pared central.

No pudo esta vez torcerle el cuello a la emoción. Sonreía conmovido. Y la equis que llevaba en la frente, como un oráculo de Quetzalcoalt, le fulgía con transparencia clásica. Era como si se hubieran fundido, repentinamente, en su húmeda y encendida mirada, la visión dionisiaca de Anáhuac y el ritmo apolíneo de Atenas. Simbólica transfiguración aquélla. Esa ha sido y es la obra de Alfonso Reyes: honda raíz mexicana y flor nutrida con zumos de todos los climas y de todos los tiempos.

El palique discurrió entre aladas anécdotas y sabrosas evocaciones autobiográficas. No se equivocan quienes lo pintan en perenne bojeo de sí propio. Sus mismas rimas y prosas son, como las de Goethe, “fragmentos de una confesión general”. Alguien aludió a la necesidad de recoger su opulenta cosecha en una edición que la junte, debidamente clasificada y anotada. Supimos entonces que ya estaba en marcha la empresa. Y, al referirme yo al homenaje continental en proyecto para festejar su jubileo literario, se limitó a recordar, con picaresco mohín, que cuando en el juego de la gallina ciega le preguntan: ¿Qué quieres, ruido o silencio —él contesta invariablemente: silencio—. Pero el homenaje, iniciativa de Félix Lizaso, se está ya celebrando con ruido de alabanzas y silencio de objeciones. A México irá una delegación de la Universidad de la Habana, compuesta por Luis A. Baralt, Calixto Masó y yo, a entregarle las insignias de “Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras” y a testimoniarle la adhesión de los intelectuales que en Cuba permanecen en pie. Son los únicos que cuentan. Los otros, esos que se han vendido por treinta dineros o andan gozosamente en cuclillas, que se traicionaron a



sí mismos y traicionaron al pueblo cubano, nada significan ni representan, bufones o lacayos de un reyecito de cuerda.

Alfonso Reyes se ha ganado, juntamente con el novelista Rómulo Gallegos y el filósofo Francisco Romero –hombres de una sola posición en la existencia– la admiración, el aprecio y el cariño de nuestra América. Ningún ejemplo más reconfortante de escritor entregado a su vocación literaria como expresión auténtica de vida. No ha sido, ciertamente, un agonista; más, tampoco un contemplativo. Ha peleado sus batallas –las batallas del espíritu– y se ha atrevido a ser quien es. “El don de admirar la belleza –le oí yo decir– es el más alto don concedido al hombre. Pronto he de recoger mi barco en la ataranza, y os dejo, jóvenes, esta palabra de aliento. Defended, contra las nuevas barbaries, la libertad del espíritu y el derecho a las insobornables disciplinas de la verdad, No me arrepiento de mi oficio, a pesar de sus contratiempos y torturas. Todo halla compensaciones en el júbilo de la creación. Tened un ideal, tened una aspiración, y si los vais satisfaciendo durante toda vuestra vida, ya habréis encontrado la razón de vivir”.

Helo ahí entero y verdadero: un humanista que jamás soslayó los deberes y responsabilidades de ser un hombre y un escritor que nunca prostituyó su dignidad intelectual. Nada más lejos de Erasmo. Nada más cerca de Sócrates.

Tributo a Don Alfonso Reyes

EN LA LUMINOSA Y CÓNCAVA intimidad de su biblioteca, Luis A. Baralt, Calixto Masó y yo hemos puesto en manos de Don Alfonso Reyes el título de “Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras” que le otorgara la Universidad de la Habana hace ya varios años. Tan grata y honrosa encomienda me ha traído de nuevo a la antigua Tenochtitlán.

Acaso pueda parecer desusado el trámite seguido en esta ocasión. Sin duda, lo es. Más aún: nunca antes se había hecho excepción alguna al respecto. En tales casos, es de rigor que el beneficiario acuda al Aula Magna y el Rector le imponga, en solemne ceremonia la toga, la muceta y el birrete. Pero la quebrantada salud de don Alfonso le obligó a ir posponiendo el

proyectado viaje a la isla de sus amores. Casi a raíz de habersele conferido el más preciado galardón universitario, el eterno viajero tuvo que hincar, por prescripción médica, la proa de su nao fatigada en el quieto ribazo del hogar. De ahí que el Consejo Universitario, resolviera que, como homenaje a las egregias calidades de su obra literaria y a los altos timbres morales de su vida, los mencionados profesores y este prójimo se trasladaran a México y le entregaran el diploma correspondiente en fausto tan significativo para nuestra cultura como la celebración de sus bodas de oro con las letras.

Aunque hartamente justificado por merecido, el singular gesto de nuestra bicentaria institución fue cálidamente agradecido y loado por las autoridades universitarias y por los intelectuales y periodistas del país hermano; pero, si a eso se añade nuestra condición de cubanos, explicado queda que se produjera el milagro de casi agotarse los infinitos matices de la cortesía y de la hospitalidad mexicanas. Desde que arribamos, hemos sido materialmente abrumados a agasajos y gentilezas. Mención aparte debo a Benito Coquet y a su esposa, que nos abrieran, de par en par, las puertas de su casa y nos obsequiaron con manjares y licores dignos de figurar, por exquisitos, en las *Memorias de bodega y cocina* de don Alfonso Reyes. No faltó, desde luego, quien lo consignara en la chispeante sobremesa.

De Félix Lizaso fue la iniciativa de organizar un homenaje continental a don Alfonso con motivo de cumplirse sus cincuenta años de noble, fecundo y vertical ejercicio literario. Entusiasta y unánime fue la respuesta. Adhesiones y tributos afluyeron de todas partes. La Universidad Nacional Autónoma de México y la Universidad de Nuevo León, sita en Monterrey, cuna del ilustre humanista, acordaron editar sendos libros jubilares en su honor. Ya ha visto la luz, pulcramente impreso, el primer volumen de los dos que esta última dedica a valorar el vasto y cernido aporte de don Alfonso a la literatura, a la historia y a la filosofía. Los suplementos literarios de los principales diarios hispanoamericanos han confeccionado números especiales en que recogen sus rimas y prosas y juicios críticos de las plumas más representativas de nuestra habla. Hubo que suspender, empero, por razones del corazón, el gran acto público que coronaría estas honras vivas a quien se ganó la posteridad en su plenitud de plenitudes.



La excepción que hizo la Universidad de la Habana con don Alfonso Reyes fue reciprocada por éste con otra excepción: la entrega formal del diploma que le trajimos. El acto se efectuó, como ya dije, en su biblioteca, en la célebre Capilla Alfonsina, prodigioso anfiteatro constelado de libros, mariposas, cuadros, pergaminos y estatuillas. Minúscula la concurrencia y caldeada la atmósfera. En nombre de nuestra Universidad y de la comisión, leyó acendradas y efusivas palabras Luis A. Baralt. Mariano Brull, poeta de la más pura estirpe, recitó unos claros y hondos versos de ovación que sacudirán, perennemente, a don Alfonso. Este respondió con un irisado surtidor de ingenio, donosura y gratitud. El recuerdo de Cuba y la presencia de México se le fundieron en plástica y melódica imagen.

Arte mayor en tono menor, fue la tónica de aquel platónico banquete del espíritu en el que se afirmó la libre comunión de los hombres en el amor a la belleza, a la justicia, y a la verdad. No en balde era el homenaje de una Universidad erecta a un escritor insobornable. Un homenaje, en suma, de la cultura digna a la dignidad culta.

Las obras completas de Alfonso Reyes

¿QUÉ ESCRITOR en el cenit de su carrera no amamantó el sueño de reunir, ordenar, prologar y publicar sus obras completas, consagración en vida de la inmortalidad ambicionada? Son muy escasos, sin embargo, los que han podido gozar en plena faena, del singular deleite de la posteridad anticipada. La gloria suele ser avara de sus dones con los vivos. Hasta, hace muy poco, sólo Rómulo Gallegos en nuestra América –me refiero, naturalmente, a los escritores egregios– había logrado entrar en la historia, sin dejar de seguir haciéndola. Ya le acompaña, par legítimo en el talento y en la conducta, Alfonso Reyes. Acaba de ver la luz, en edición pulquérrima del Fondo de Cultura Económica, el volumen I de sus *Obras Completas*.

Harto lo venía mereciendo ya el humanista regiomontano. No dio nunca México, en verdad, pluma de más altos vuelos, hondas raíces, repujados primores, claros timbres y gallardas cortesías que la de Alfonso Reyes. Ha sido,



y es, el más mexicano y el más universal de sus escritores, y figura ya, como Sarmiento y Martí, entre los prosistas señeros de la lengua. Su magisterio es reconocido y acatado donde quiera se hable o escriba en español. Pero este gran señor de las letras no es de los que se pavonean, soberbiamente, pregonando su fama. Hombre sencillo, candoroso, afable, efusivo y tolerante, no necesita de heraldos que lo anuncien: se le descubre a la legua. Su grandeza se impone sin sentirse.

En ocasión de mi último viaje a México, con motivo precisamente de festejar sus bodas de oro con la pluma, laboraba Alfonso Reyes en la revisión de las pruebas del I volumen de sus *Obras Completas*. Listos estaban ya para las prensas los cinco volúmenes siguientes. Noches enteras había consumido en el fatigoso empeño sin que se le trasluciera en la chispeante mirada. Recuerdo su intencionada apostilla:

–Mi corazón está apechugando maravillosamente la sobrecarga de vigilia a que lo tengo sometido.

En este volumen I de sus *Obras Completas*, todavía oloroso a tinta fresca, Alfonso Reyes recoge *Cuestiones Estéticas*, su primer libro, y los *Capítulos de literatura mexicana*, en que descuellan sus apologéticos ensayos sobre José Manuel Othón, su penetrante estudio del paisaje en la poesía mexicana del siglo XIX, diversos bocetos de escritores de la época y trementes ofrendas a Enrique González Martínez. En la parte final del volumen, rotulado *Varia*, aparecen la memorable “Alocución Preparatoriana” –gema esplendente de su mocedad– finos artículos, y una plástica evocación del “*Diario de México*”, centro de la vida literaria en los albores de la pasada centuria.

No resisto a la tentación de transcribir el dictamen, definitivo a mi ver, de Alfonso Reyes, sobre nuestro José María Heredia, el grande como suele llamarle: “Si no pertenece a México por su nacimiento, nos pertenece por nacionalización, cuando no también por haber consagrado a México uno de sus mejores poemas. Es, sin disputa, uno de aquellos arcángeles poéticos que imperan siquiera un instante en las más altas cimas y prueba, con su ejemplo, que no es la uniformidad la virtud más noble, cuando ella sólo significa monotonía y cansancio, y que valen más las audacias con que los poetas, como superándose a sí mismos, proyectan el alma por encima de sus



vuelos frecuentes. Heredia es, en fin, un alto cantor. Acaso por lo mismo que posee mayor calidad, suscita reacciones más intensas; pero, por sobre las preferencias temperamentales, nos seduce, al cabo –aun cuando pudiera no convencernos– el mensaje profundo y apasionado que trajo en el vuelo de sus cantos, la inconfundible manifestación de un alma a través de sus gritos líricos. Heredia es un poeta; no la cosa alada y ligera de las ironías socráticas o platónicas, sino un ser dotado del noble interés de transfundir y corregir por medio del canto, como en una *catarsis* aristotélica, el informe lastre de las pasiones.”

Aunque en este volumen fluye algún zumo de estío, es casi todo vendimia de juventud, rica cosecha de uvas maduras al fuego de una mente prematuramente adulta. Los gérmenes de su obra de plenitud fermentan en la temática y en el estilo de estas páginas primaverales. No desmerecen, por cierto, de las que ha escrito en el pródigo y sereno otoño de su genio. Pocas veces un proyecto de vida se realizó tan cabalmente como en Alfonso Reyes. De él puede decirse que es un escritor predestinado. Ser clásico era su meta y nació para perdurar.



2. LOS LIBROS DE ROA

EL INSTITUTO SUPERIOR DE RELACIONES INTERNACIONALES “Raúl Roa García”, traza el siguiente listado de lo que denomina como la “Bibliografía activa” y la “Bibliografía pasiva”, del doctor Roa:

Bibliografía activa

- *Carta abierta a Raúl Maestri*. La Habana, 1933.
- *Reacción versus revolución. Polémica sobre las minorías revolucionarias*. Manzanillo (Oriente), editorial El Arte, 1933.
- *La jornada revolucionaria del 30 de septiembre*. La Habana, Cultural, 1934.
- *Bufa subversiva* [Trabajos varios]. «Trago inicial», por Pablo de la Torriente Brau. «Fin de fiesta», por Aureliano Sánchez Arango. La Habana, Cultural, 1935.
- *Martí y el fascismo*. La Habana, Úcar, García, 1937.
- *Pablo de la Torriente Brau y la revolución española*. La Habana, Empresa Editora de Publicaciones, 1937.
- *José Martí y el destino americano*. La Habana, Imp. y Papelería de Rambla Bouza, 1938.
- *Vocación, palabra y ejemplo de José Gaos*. La Habana, Publicaciones de la Revista Universidad de la Habana, 1939.
- *Mis oposiciones. «Valoración» por Emilio F. Camus*. La Habana, Editorial Alfa, 1941.
- *Programa de Historia de las Doctrinas sociales*. La Habana, Universidad de la Habana. Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público, 1944.
- *Don Fernando y Don Francisco*. Conferencia leída en el Lyceum el 12 de agosto de 1949. La Habana, Editorial Lex, 1949.
- *Historia de las doctrinas sociales*. T. 1. La Habana, Imp. de la Universidad de la Habana, 1949.

- *Rómulo Betancourt; el combatiente* [La Habana, 1949?].
- *15 años después*. La Habana, Editorial Librería Selecta, 1950.
- *Viento sur* [Trabajos y artículos]. La Habana, Editorial Selecta, 1953.
- *Variaciones sobre el espíritu de nuestro tiempo*. Monterrey (México), Universidad de Nuevo León. Publicaciones del D.A.S.U., 1954.
- *Cuba responde a la nota de EE.UU., en defensa de la soberanía nacional*. Ministerio de Estado. Depto. de Relaciones Públicas [La Habana, Talleres Gráficos del Ministerio de Estado, 1959].
- *Discurso del Dr. Raúl Roa, ministro de Estado de Cuba, pronunciado en la Asamblea General de las Naciones Unidas* [La Habana, Ministerio de Estado, 1959].
- *En pie*. La Habana, Universidad Central de Las Villas, 1959.
- *La posición de Cuba. Nota que el Ministro de Estado dirigió al Embajador norteamericano acreditado ante el Gobierno Revolucionario en respuesta a otra del Gobierno de ese país*. Panamá, Embajada de la República de Cuba en Panamá, 1959.
- *Problemas sociales*. La Habana, Universidad de la Habana. Facultad de Ciencias Sociales y Derecho Público. Instituto de Administración Pública, 1959.
- *Respuesta de Cuba a la nota de los Estados Unidos de Norteamérica*. Santiago de Cuba, Universidad de Oriente. Depto. de Extensión y Relaciones Culturales, 1959.
- *En defensa de la soberanía nacional*. La Habana, Ministerio de Estado. Depto. de Relaciones Públicas, 1959.
- *Cuba denuncia al patrullaje yankee en el Caribe como actividad intervencionista del imperialismo. Carta del Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba al Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas* [La Habana], Imp. Nacional de Cuba, 1960.
- *Cuba tiene la razón. Texto del discurso pronunciado ante el Consejo de Seguridad de la ONU*. San José (Costa Rica), Sociedad de Amigos de la Revolución Cubana de Costa Rica, 1960.
- *Cuba en la ONU. Discurso del Ministro de Relaciones Exteriores del Gobierno Revolucionario [...] en la Asamblea General y en el Consejo de Seguridad*. [La Habana] Imp. Nacional de Cuba, 1961.
- *Ser y devenir de Antonio Maceo*. La Habana, Ministerio de Relaciones Exteriores, 1962.

- *Retorno a la alborada [Crónicas y ensayos]*. La Habana, Universidad Central de Las Villas, 1964. 2 t.
- *Escaramuza en las vísperas y otros engendros (ensayos)*. «Breve pról.», por Samuel Feijóo. La Habana, Editora Universitaria, Universidad Central de Las Villas, 1966.
- *La revolución del 30 se fue a bolina*. La Habana, Instituto del Libro, 1969.
- *Cuba responde al documento de la OEA sobre la Tricontinental*. La Habana, Ministerio de Relaciones Exteriores. Dirección de Información [196-].
- *Aventuras, venturas y desventuras de un mambí*. La Habana, Instituto del Libro. Editorial de Ciencias Sociales, 1970; La Habana, Instituto del Libro. Eds. Huracán, 1970; México, Siglo Veintiuno, editores [1970].
- *Evocación de Pablo Lafargue*. La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1973 (Cuadernos de historia de salud pública, 58. Organismos).
- *Chile en el panorama internacional (discurso pronunciado el 10 de octubre de 1973 en la XXVIII Asamblea General de las Naciones Unidas)*. La Habana, Instituto Cubano del Libro. Editorial de Ciencias Sociales, 1974.
- *El fuego de la semilla en el surco (biografía)*, 1982.

Bibliografía pasiva:

- Aguirre, Mirta. «Retorno a la alborada», en *Cuba Socialista*. La Habana, 4 (33): 138-142, may., 1964.
- Amat, Víctor. «La jornada revolucionaria del 30 de septiembre», en *Ahora*. La Habana, 2 (325): 4, sep. 4, 1933.
- Augier, Ángel. «Raúl Roa en la alborada de Cuba», en *Bohemia*. La Habana, 56 (15): 82, 83, 90, abr. 10, 1964;
- «Obra de meditaciones y combate: Escaramuza en las vísperas», en *El Mundo del Domingo*. Suplemento del periódico *El Mundo*. La Habana, 3, abr. 2, 1967.
- Bueno, Salvador. «Raúl Roa escritor», en *Bohemia*. La Habana, 62 (22): 4-15, may. 29, 1970.
- Córdoba, Federico de. «Aventuras, venturas y desventuras de un mambí» en *Bohemia*. La Habana, 62 (23): 20-21, jun. 5, 1970.

- Darias, Agileo. «La voz de los otros. El 30 de septiembre expuesto por Raúl Roa», en *Ahora*. La Habana, 2 (338): 4, ago. 27, 1934.
- Fernández Retamar, Roberto. «Alborada de verdad», en *Bohemia*. La Habana, 56 (51): 20-22, dic. 15, 1964.
- García Pons, César. «Un libro de Raúl Roa», en *Ahora*. La Habana, 2 (339): 4, ago. 18, 1934.
- Gavrikov, Yuri Pavlev. «El libro de una generación», en *Bohemia*. La Habana, 56 (39): 80-81, sept. 25, 1964.
- González, Manuel Pedro. «Raúl Roa-ideología y estilo», en *Cuadernos Americanos*. México, D.F., 27, 96 (1): 75-94, ene.- feb., 1968.
- M[arinello] V[idaurreta] J[uan]. «La jornada revolucionaria del 30 de septiembre, por Raúl Roa» en *Masas*. La Habana, 1 (5): 24, sep., 1934. Morales, Salvador. «Crítica. Las peripecias de un mambí», en *El Caimán Barbudo*. La Habana, 2a. época (40): 31, 1970.
- [Nadeau, Maurice]. «Ecrivains de Cuba», en *Les Lettres Nouvelles*. Numéro Spécial. Paris.: 160-164, déc. 1967-jan. 1968.
- Navarro Luna, Manuel. «Un libro de Raúl Roa. La jornada revolucionaria del 30 de septiembre», en *Ahora*. La Habana, 3 (454): 2, 14, feb. 8, 1935.
- Portuondo, José Antonio. «A propósito de Raúl Roa», en *Índice*. La Habana, 2a. época, 2 (10): 9-10, oct., 1937.
- Suárez Solís. Rafael. «Entre paréntesis. La jornada revolucionaria del 30 de Septiembre», en *Ahora*. La Habana, 2 (296): 1, 6, ago. 5, 1934.

3. RESOLUCIÓN SOBRE CUBA

MINISTROS DE RELACIONES EXTERIORES DE LAS AMÉRICAS
TRIGÉSIMO NOVENO PERIODO ORDINARIO DE SESIONES

2 al 4 de junio de 2009

AG/RES. 2438 (XXXIX-O/09)

San Pedro Sula, Honduras

9 junio 2009

Original: español

AG/RES. 2438 (XXXIX-O/09)

RESOLUCIÓN SOBRE CUBA¹

(Aprobada en la tercera sesión plenaria,
celebrada el 3 de junio de 2009)

LA ASAMBLEA GENERAL:

RECONOCIENDO el interés compartido en la plena participación de todos los Estados Miembros;

GUIADA por los propósitos y principios establecidos por la Organización de los Estados Americanos (OEA) contenidos en la Carta de la Organización y en sus demás instrumentos fundamentales relacionados con la seguridad, la democracia, la autodeterminación, la no intervención, los derechos humanos y el desarrollo;

1. Revisada por la Comisión de Estilo celebrada el 3 de Junio de 2009.



Raúl Roa y Fidel Castro

CONSIDERANDO la apertura que caracterizó el diálogo de los Jefes de Estado y de Gobierno en la Quinta Cumbre de las Américas, en Puerto España, Trinidad y Tobago, y que con ese mismo espíritu los Estados Miembros desean establecer un marco amplio y revitalizado de cooperación en las relaciones hemisféricas; y

TENIENDO PRESENTE QUE, de conformidad con el artículo 54 de la Carta de la Organización de los Estados Americanos, la Asamblea General es el órgano supremo de la Organización,

RESUELVE:

1. Que la Resolución VI adoptada el 31 de enero de 1962 en la Octava Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores, mediante la cual se excluyó al Gobierno de Cuba de su participación en el sistema interamericano, queda sin efecto en la Organización de los Estados Americanos (OEA).
2. Que la participación de la República de Cuba en la OEA será el resultado de un proceso de diálogo iniciado a solicitud del Gobierno de la República de Cuba y de conformidad con las prácticas, los propósitos y principios de la OEA.

4.

RAÚL ROA Y LOS REGIOMONTANOS*

[FRAGMENTO]

... Pero las pláticas con Roa no sólo eran sobre la dura lucha que se libraba en su tierra contra la dictadura de Batista. Nos emocionaba escuchar los relatos sobre el poeta José Martí y cómo el autor de los *Versos sencillos* —él, que no era un guerrero—, había enarbolado la bandera de su Paria y por ella había caído acribillado en “Dos Ríos”. Y recordaba entonces aquellos versos de Martí:

*Yo quiero,
cuando me muera
tener en mi tumba
un ramo de rosas
y una bandera.*

“La Niña de Guatemala”

Teníamos curiosidad, en la vida personal de Martí, sobre el trágico episodio de “La niña de Guatemala”. En este país, el poeta cubano había tenido una inusitada actividad tanto en lo político como en lo literario. Entre sus alumnas de la Normal había conocido a una frágil y sentimental jovencita, María García Granados, hija de un poderoso político. Martí frecuentaba la casa de los García Granados, donde era objeto de admiración por sus charlas y poesía encendida y apasionada. María se prendó efusivamente del cubano. Pero como lo señaló el escritor Ernesto Madero, Martí ya se había comprometido en matrimonio con una chiapaneca, Carmen Zayas Bazán, con quien, en un

* El presente texto es un fragmento del libro de S. Flores, *El Colegio Civil, Un sueño compartido*, editado por el Centro de Información de Historia Regional de la Universidad Autónoma de Nuevo León, en 2008.



viaje relámpago a esta tierra, cumplió su palabra matrimonial. Lo paradójico de esta situación es que su esposa no compartía del todo el apego de Martí a la causa revolucionaria.

Comenta Madero que Martí regresó a Guatemala, ya casado, en 1878 y entonces... (*Armas y Letras*, Núm. 4, Abril de 1953, p. 3):

María lo ve deambular por las calles, acompañado de Carmen. Y poco después, consumida por quién sabe qué enfermedad de abandono y decepciones, agoniza como orquídea sin sombra. Martí le había escrito antes de partir, como para desviar el amor que ella le ofrecía y que él mismo no tuvo la decisión de cortar a tiempo: “Sólo con fraternal amor habla el proscrito...”

Ahora no le quedaba sino el desahogo sincero, pero puramente literario

Así brotó del alma de Martí el sentido poema que arriba citamos y ahora reproducimos:

*Quiero a la sombra de un ala
contar este cuento en flor:
la Niña de Guatemala,
la que se murió de amor...*

*Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor.
El volvió, volvió casado
y ella se murió de amor.*

*Se entró una tarde en el río;
la sacó muerta el doctor.
Dicen que murió de frío:
iyo se que murió de amor!*

Por cierto hubo una época que en Guatemala se recriminó a Martí por este episodio y por su sentido poema. Pero el tiempo termina por apacentar las pasiones.

Tales eran las charlas que los jóvenes de los cincuenta teníamos con nuestros ilustres visitantes antillanos.



FUENTES

- Alarcón, R. (2007). Velada Solemne por el Centenario del Natalicio de Raúl Roa García. Cubarte. El portal de la cultura cubana. Recuperado el viernes, 09 de marzo de 2012 desde <http://www.cubarte.cult.cu/periodico/letra-con-filo/en-velada-solemne-por-el-centenario-del-natalicio-de-raul-roa-garcia/4801.html>
- Alcalá, M. (1956). Entrevista con el maestro Francisco M. Zertuche. Monterrey: Año VI No. 268 *Vida Universitaria*.
- Armas y Letras*, (1954) D.A.S.U., Año XI, Núm. 3.
- Armas y Letras*, (1953) Núm. 4, Abril de.
- Cavazos, R. (2007). *Monterrey: Evolución económica en la segunda mitad del siglo XX y hasta nuestros días*, en Villegas, J. Dirección General, *Monterrey entre siglos*.
- Cue, M. (2007). *Raúl Roa García: Un intelectual y periodista prolífero*. Periódico *Cubarte*. Recuperado el 10 de enero de 2012 desde: <http://www.cubarte.cult.cu/periodico/opinion/4746/4746.html>
- EcuRed. Enciclopedia cubana. *Raúl Roa*. Recuperado el 20 de febrero de 2012 desde: http://www.ecured.cu/index.php/Ra%C3%BAI_Roa
- Flores, S. (2007). “Los años 50’s Monterrey y la Universidad de Nuevo León”, Monterrey: Villegas, J.
- Flores, S. (1963) La tesis latinoamericana de No Intervención. Monterrey: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad de Nuevo León.
- Flores, S. (2008) *El Colegio Civil de Nuevo León, un sueño compartido*. México: Centro de Investigación de Historia Regional, UANL.
- Fornet, A. (2005). *Tiene la palabra el camarada Roa*. La Jiribilla, Revista digital de cultura cubana, 192. Recuperado el 3 de febrero de 2009 desde: http://www.lajiribilla.cu/2005/n192_01/192_20.html
- Fundación Federico Engels(1988). *Lecciones de Chile a 25 años del golpe militar*. Recuperado en enero de 2012 desde: http://www.fundacionfedericoengels.org/index.php?option=com_content&view=category&layout=blog&id=30&Itemid=49.
- García, P (2007). *El verbo como arma*. Revista *Bohemia*, Año 101, Martes 3 de febrero de 2009. Recuperado el 3 de febrero de 2012 desde <http://www.bohemia.cu/2007/03/20/historia/raul-roa.html>
- Hart, A. (1982). “Despedida del duelo del compañero Raúl Roa García”. *Granma*, Periódico La Habana 18 de julio,
- Hernández, J. (2010) *2 de septiembre de 1960, Primera Declaración de La Habana*. Repositorio de artículos CI-MEQ, Recuperado el 10 de enero de 2012 desde <http://articulos.sld.cu/cimeq/?p=3740>
<http://www.oas.org/39ag/documents/AGRES-2438S.doc>
- ISRI: Instituto de Relaciones Internacionales. Raúl Roa García. Escritor, político. Recuperado el 14 de marzo de 2012 desde http://www.isri.cu/raul_roa/biografia_roa.html
- Marrero, J. (2007). *Centenario del natalicio de Raúl Roa*. Cuba periodistas.cu. El sitio de la unión de periodistas de Cuba. Recuperado el 12 de febrero de 2012 desde http://www.upec.cu/columnistas/juan_marrero/22.htm
- OEA (1961). Acta Final de la Séptima Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores. San José, Costa Rica, 22 al 29 de agosto de 1960. Unión Panamericana, Washington.
- Roa, R. (1959). *En pié, 1953-1958*. La Habana: Universidad Central de las Villas, Departamento de Relaciones Culturales.
- Rodríguez, L. (2011). *Raúl Roa: genio y figura*. Otras visiones políticas. Recuperado el 20 de octubre de 2011 desde: <http://leyderodriguez.blogspot.com/2011/08/raul-roa-genio-y-figura-leyde-ernesto.html>
- Urrutia, L (s/f). *Raúl Roa y la Revolución Cubana*. Recuperado el 15 de octubre de 2011 desde: <http://www.siporcuba.c/>
- Zertuche, F. (1956). “Epígrafe a la Escuela de Verano”, 1954. Monterrey: *Vida Universitaria*, Año VI, Núm. 268.



ÍNDICE

PÓRTICO / 9

A MANERA DE PRÓLOGO / 11

INTRODUCCIÓN / 17

I./ RAÚL ROA EN EL CORAZÓN DE AMÉRICA / 21

II./ ROA Y LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN / 57

III./ EN MONTERREY / 63

IV./ UNA FIGURA EJEMPLAR / 67

V./ CARTAS DE RAÚL ROA A ALFONSO REYES AURRECOECHEA, [1953-1955] / 70

APÉNDICES

1. ALGUNOS TEXTOS DE *EN PIE*, [1953-1958-1959] / 87

2. LOS LIBROS DE ROA / 117

3. RESOLUCIÓN SOBRE CUBA / 121

4. RAÚL ROA Y LOS REGIOMONTANOS [FRAGMENTO] / 123





Raúl Roa y la Universidad de Nuevo León se terminó de imprimir en Monterrey, México, en el mes de octubre de 2012. En su composición se utilizaron los tipos *Baskerville* y *Trajan Pro*. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor. Formación electrónica de Francisco Javier Galván Castillo.











